

Las Canteras 1900 - 2000

José Barrera Artiles



5
49
3
1



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE G. CANARIA	
N.º Documento	<u>239568</u>
N.º Copia	<u>302344</u>

Las Canteras
(1900 - 2000)

*A mis tres mujeres, Nema, Cris y
Sara, y a la memoria de mi padre
Salvador Barrera, Yayo*

INDICE

Presentación	11
Prólogo	13
¿Por qué Las Canteras?	15
CAPITULO I. El origen de la playa.	17
La playa y los canarios	21
El istmo de Guanarteme	25
Un poco de Historia	29
Los hombres que se fijaron en Las Canteras	30
La expansión de la playa. Los primeros planes de ordenación del litoral	34
CAPITULO II. Recuerdos.	47
El gran espacio peatonal	53
Las Canteras, plató cinematográfico	66
Siempre a la orilla del mar	68
El deporte en la playa	72
Las construcciones no turísticas	79
Italcable	79
La Clínica San José	80
El Real Club Victoria	84
La Cícer	89
La Caseta de Galán	90
El cine Hermanos Millares	93
El Club PALA	94
El Colegio Viera y Clavijo	97
CAPITULO III. El 'boom' del turismo.	101
La arquitectura en Las Canteras	103
El boom del turismo	104
La decadencia de la capital y el auge del Sur	110
El 'suequeo'	116
Por encima de los 15°	116
Del bañador con peto al top less	120

CAPITULO IV. El espacio natural.	127
El entorno medioambiental	129
La Barra	129
La playa y sus peñas	133
La arena	137
La evolución en el estado sanitario	138
La limpieza de la playa	141
La flora en Las Canteras. Las algas	145
La riqueza piscícola. Especies animales	149
Las aves, el obligado paso migratorio	154
Cetáceos y mamíferos marinos	155
CAPITULO V. Mirando al siglo XXI.	157
Las Canteras del siglo XXI	159
Los materiales del nuevo Paseo	165
Los nuevos usos	171
Los remates de la playa	173
El Confiat	176
El Auditorio	178
El Parque de la Música	182
Bibliografía	185

Agradecimientos

A Tato Gonçalves, que de su laboratorio fotográfico sacó intactas las imágenes de Las Canteras de hace décadas, algunas de las cuales, aunque le pese, tomó él mismo; al hombre de La Isleta que se atrevió a prologarme, Vicente Llorca; a José Luis Méndez, que no tuvo reparos en hacer el diseño aún sabiendo cuánto diferimos de are; a Chano Franquis, criadito en las arenas de La Cicer; a Pepe Collado, que se sabe los nombres de los peces en latín; a Cris, mi filóloga particular, a la que obligué a leer el libro y, en venganza, tachó y puso comas donde yo pasé de largo; a Fernando Paetow, maniático irreversible de todo aquello que tenga que ver con la Historia de este pueblo, autor de muchos de los recortes que llenaron mi mesa; a Octavio Trujillo, Biólogo especialista en Ornitología, capaz de identificar cualquier animal que vuele; a Nieves González, doctora en Biología Botánica que aportó sus muchos conocimientos sobre la vegetación de la playa; a Antonio Betancor, ex concejal, amigo e isletero a mucha honra; a Félix Juan Bordes, doctor arquitecto, que tanto participó en levantar las construcciones de la primera línea de playa; a la dirección de Canarias7, representada por José Luis Torró, que me abrió su archivo fotográfico, y a los que lo han hecho posible, Fernando Ojeda, Gerardo Montesdeoca, J. Pérez Curbelo, Arcadio Suárez, Francisco Socorro y Julio Quintana, entre otros; a Ignacio Alonso Bilbao, doctor en Ciencias del Mar, que me llenó las páginas de arena; a mis compañeros Magaly Miranda, Javier López y Marta Cantero; a Felipe Pérez, antiguo trabajador del cine-teatro Hermanos Millares, por su memoria; a la familia de Félix Urquijo por su tradicional foto de la Navidad en Las Canteras; a Josefá Luzardo, por confiar de nuevo en el proyecto; a José Manuel Soria, que lo difundió al máximo; a Angel Castanedo, que dió el sí para que esto viera la luz; a Enma Pérez Chacón, doctora en Geografía, que me dió buena parte de la formación del isumo sólo con un golpe de teléfono; a Gonzalo Melián, deseándole suerte para su publicación sobre el Viera y por supuesto a mis amigos de Peña de la Vieja, con los que conocí y viví Las Canteras.

Presentación

Para cualquier ciudadano de Las Palmas de Gran Canaria es un orgullo disponer de Las Canteras, agrado sólo superado por el que nos produce el disfrute directo de su entorno privilegiado.

Para mí, como alcalde y representante de toda la ciudadanía, en el momento de presentar un libro ideado y nacido para plasmar en sus páginas los recuerdos vividos de este entrañable entorno natural de nuestra capital, el deber institucional también se convierte en alegría, de fácil y gozosa aceptación.

Las Canteras está irremisiblemente unida a la Historia de esta ciudad, cuyo futuro sólo se podrá construir sobre las bases de una filosofía de vuelta de la mirada hacia el mar. Recuperar nuestro litoral y aprovechar todo su potencial para el disfrute ciudadano, no es una tarea exclusiva de los grandes proyectos institucionales. A las planificaciones destinadas a tales fines por las distintas administraciones se debe unir el deber y cometido de cada uno de los habitantes de esta ciudad, como copartícipes de una actitud general de respeto y conservación del mismo.

Sin duda alguna, el conocimiento sobre las interioridades de los lugares señeros de nuestra costa, donde resalta la figura de Las Canteras como genuina representante, es un factor fundamental en la consolidación de este tipo de filosofía eminentemente marinera.

El trabajo de Pepe Barrera *Las Canteras 1900 - 2000* representa un buen ejemplo de responsabilidad y agradecimiento a sus orígenes. Ejemplariza el intento de saldar una deuda impagable con el trozo de costa que le acompañó desde su infancia, como a tantos otros conciudadanos. Una playa que ha perdido muy poco a cambio de todo lo que nos ha dado, quizás un sólo respeto y amor, ambos, en cualquier caso, sentimientos desinteresados.

En sus funciones como promotor de todas las actividades que contribuyan al mejor conocimiento de la ciudad, su evolución histórica y su entorno natural y urbano, es obligación de este Consistorio fomentar la edición de libros como el presente.

En sus páginas no sólo se amontonan imágenes, anécdotas y recuerdos de la Historia puntual de una playa. En ellas se recoge, además, parte del desarrollo histórico de esta ciudad, unida inexorablemente a Las Canteras. Donde si no se inició el germen del desarrollo de la actividad industrial de la Isla. Y de donde partió el fenómeno que originó el mejor momento de nuestra economía y, sobre todo, marcó el inicio de la extraordinaria apertura de mentalidad que experimentó nuestra sociedad con el intercambio cultural que trajo consigo el turismo.

Ojalá que el ejemplo cunda y que, con experiencias como la presente, aumente considerablemente tanto el conocimiento de nuestras playas, como el amor y el respeto a ellas y a nuestro entorno natural y urbano, preservándolo para generaciones venideras.

Gracias a reflexiones como la presente, Las Canteras tendrá muchas más posibilidades de continuar siendo nuestro emblema exterior, nuestro parque marino, nuestra querida playa, única en el mundo, pulmón de la ciudad y alargamiento natural de las distancias para el horizonte urbano

De espaldas al mar

Es cierto. La ciudad de Las Palmas de Gran Canaria nació y creció de espaldas al mar. Las murallas defensivas, que se levantaron para protegerla de los ataques piráticos, le sesgaron la contemplación del mar, *maestro de lo serio, de la salud y de la fortaleza, sin el que muestra alma sería un alma sin porvenir en Celeste Prado*, retomando las palabras del ilustre Alonso Quesada.

Ciudad costera, pues, extraña al flujo y reflujo de las mareas. Extraña por todas partes menos por aquella que se llama Playa de Las Canteras.

Costó descubrirla, pero cuando se hizo nos permitió, desde este solar Atlántico de Alonso Quesada, arañar el horizonte mudo y ser insularios. Por ella hemos amado el horizonte. Y haber amado el horizonte es insularidad, como ya nos dijera el también nacido en una isla, pero ésta al otro lado de nuestro océano, el premio Nobel de Literatura, Derek Walcott.

Hasta 1852 la ciudad habitó a la sombra de los muros. Fue entonces cuando empezaría el derribo de las murallas. Dos años más tarde se aprobaría el proyecto de creación de la carretera al Puerto de La Luz y comenzaría así nuestro andar hacia la modernidad.

Allá, pasados los arenales, la Playa de Las Canteras nos enseñó el horizonte y nos puso cara al mar. Aquí, en este lado, en la Playa, miramos al mar; en la otra franja del litoral el mar está detrás de un sínfin de barreras arquitectónicas, construidas por nosotros mismos, que nos lo hacen lejano, pero la Playa nos lo acercó y nos obligó a otear más allá de nuestras fronteras.

La Playa nos trajo gentes de todos los lugares, nos enseña un Teide, referente, identificador, y nos muestra todos los atardeceres posibles. Todos los atardeceres son distintos en la Playa. Hubo alguien que devotamente retrataba cada día el atardecer en Las Canteras, sabedor de la diferencia de cada uno. Estaba en lo cierto. Nunca es igual esta Playa. Es lugar de relación, de ocio y ensimismamiento. Todos vamos a la Playa. Sí, con mayúsculas. Es nuestra. Inigualable paraje natural también sufrió explotación industrial; y, aún hoy, sigue amenazada por insensatas agresiones de los empeñados en asfixiar el pulmón, el único, de una ciudad y sus gentes que no pueden existir sin Las Canteras.

Resulta insólito, tal vez porque nos es tan cotidiana y necesaria, que sean tan escasos los intentos que hasta ahora se han hecho de desentrañar la vida de Las Canteras; por eso, margullar en la Playa de Las Canteras, escarbando en sus valores geológicos y biológicos, en las referencias históricas de siglos pretéritos, en el planeamiento urbanístico, en sus edificios, en su característica de centro primordial de socialización de los residentes en la capital grancanaria y en su valor de *inventora* del turismo en las Islas, entre otros muchos aspectos, como ha hecho José Barrera, es descubrirnos una de las fundamentales razones de la condición de ciudadanos de Las Palmas de Gran Canaria.

Aquí se concentra buena parte de la historia natural, arquitectónica, sentimental y económica de una urbe cuyo futuro está irremediabilmente ligado a esta Playa, sujeto de todos los tópicos ideados pero no por ello manidos. La Playa de Las Canteras es un referente vital que nos marca y nos seguirá marcando truéntas la ciudad sea ciudad y nosotros sus ciudadanos.

Vicente Llorca

Las Palmas de Gran Canaria, 10 de abril de 1995

¿Por qué Las Canteras?

Después de muchos folios escritos debo decir, en honor a la verdad, que no pude dar por concluido el esquema que me sirvió para comenzar a escribir la historia de Las Canteras, hasta que no fui capaz de asumir que la historia de Las Canteras es interminable. Y quienes han vivido en torno a la Playa, e incluso los que no lo han hecho, me comprenderán. A lo largo de estos 196 años, casi todos los ciudadanos que han nacido en Las Palmas de Gran Canaria han visitado, al menos una vez, la Playa. Cada uno de ellos tiene una vivencia que contamos, un recuerdo al que hacer referencia, una impresión que relatar.

Por eso, en este libro encontrará el lector reflejadas muchas de las cosas que vio y vivió en la Playa, y quizás echará en falta otras muchas. Pero se trataba de cumplir una deuda personal, y creo que general, que tentamos con Las Canteras, esa pequeña gran joya ubicada en el mismo casco capitalino, a menos de diez metros de la última carretera. Una deuda incomprensible, por otra parte, cuando es probablemente esta la zona de nuestra ciudad que destacamos ante cualquier visitante, el lugar del que podemos y solemos presumir.

El mundo, aunque pueda parecer una presuntuosidad, sólo tiene una Playa de Las Canteras y esto, a veces, lo olvidamos porque la tenemos tan cerca. Casi sin saberlo, es mucho lo que le debemos, desde el crecimiento de nuestra industria, con factorías como La Cícer, hasta el conocimiento del mar *por dentro* e incluso, -los más viejos sabrán a qué me refiero-, un asombroso cambio de nuestra mentalidad gracias a la llegada del turismo, y especialmente a aquellas nórdicas que dieron más de una lección por estos pagos.

Cuando me planteé escribir este repaso a la historia de Las Canteras, apenas podía creermelo que no existiera aún ninguna publicación referente a la Playa, con sus anécdotas, su transformación urbanística, sus viajeros ingleses, sus clubes sociales, su Barra o sus personajes populares. Quizás las crónicas más extensas hayan sido escritas por periodistas o admiradores en la prensa local, pero nunca con la trascendencia que debió tener cada una de estas páginas.

Lo escribí casi por vergüenza. Porque nací junto a la Playa y porque en ella, con unos cuantos locos de mi barrio, justo frente a la Peña de la Vieja, me llegó el destete, la pubertad y posteriormente la paternidad. Creo que quien creció junto a la Playa es sin duda distinto a quien se ha criado en otro sitio, y esto que puede ser inteligible para muchos no pasará desapercibido para los playeros de toda la vida.

Aquí está pues todo lo que pude saber de Las Canteras, escrito con más corazón que estilo literario. El lector sabrá añadir con sus vivencias los párrafos que puedan faltar. Y aquel que no haya crecido junto a la Playa, aún estará a tiempo para conocerla, amarla, respetarla e intentar preservarla, como ha sido el objetivo de todos aquellos que desde niños pisamos sus orillas.

CAPITULO I

El origen de la playa



Después del Movimiento se aceleraron las obras en Las Canteras. En esa época se colocaron las baldosas rojas y blancas que se mantuvieron hasta el comienzo de la última remodelación. En la arena, las casetas servían a los bañistas para cambiarse.

La Playa y los canarios

Pese a que las crónicas cuenten que los canarios conocieron el mar con la presencia de los primeros turistas, basándose en que antes de eso a nadie se le ocurría bañarse en la playa, la población isleña es eminentemente marinera. Desde siempre, las familias de la isla han basado buena parte de sus ingresos en lo que conseguían a través de la pesca y las faenas propias del mar. A través del mar, y precisamente por la condición de isla, los representantes de otros países llegaron a Las Palmas de Gran Canaria y pronto vieron en la Playa de Las Canteras el lugar ideal para el reposo, una vez superada la etapa del barrio de los hoteles, ahora llamado Ciudad Jardín. Como consecuencia de este trasvase de turistas, la mayoría de los ciudadanos de Las Palmas de Gran Canaria conoció la Playa de Las Canteras, hasta ahora usada por la gente del Puerto para el carneo de los barcos en La Puntilla o para la extracción por parte de los artesanos de grandes bloques de piedra que sirvieron de base a los filtros de las pilas que llenaron más de un patio canario.

Este descubrimiento de la Playa, -redescubrimiento casi, puesto que algunas familias habían optado ya por Las Canteras como el lugar donde pasar sus temporadas-, fue precisamente lo que permitió el florecimiento de la zona, junto al barrio de La Isleta. Apenas los ciudadanos de Las Palmas vieron la posibilidad de que la ciudad creciera por el istmo, todo aquel que pudo se hizo su casa e instaló su negocio en las inmediaciones. Corría el principio de siglo, y el negocio era el Puerto y un incipiente turismo que llegaba pasando casi desapercibido en la zona del litoral.

Lo más importante vino después de iniciarse el Paseo y con la culminación de éste. En ese momento, la población de La Isleta y el istmo ya era significativa, y los más jóvenes habían visto en la Playa la zona que aglutinaría sus inquietudes y el espacio donde poder hacer deporte. Deporte y cultura fueron, pues, la mezcla de la proyección de Las Canteras al resto de la ciudad. Pero en eso, los turistas comenzaron a llegar aún con más fuerza que antes de la Guerra Civil, y a los empresarios isleños no les cupo la menor duda de dónde invertir. Todos quisieron sacar su parte de la primera fila de la Playa. Los lugares culturales se vinieron abajo, y todo solar edificable veía crecer desde su base un edificio de apartamentos, un restaurante o simplemente un lugar de ocio que ofrecer al turista que venía.

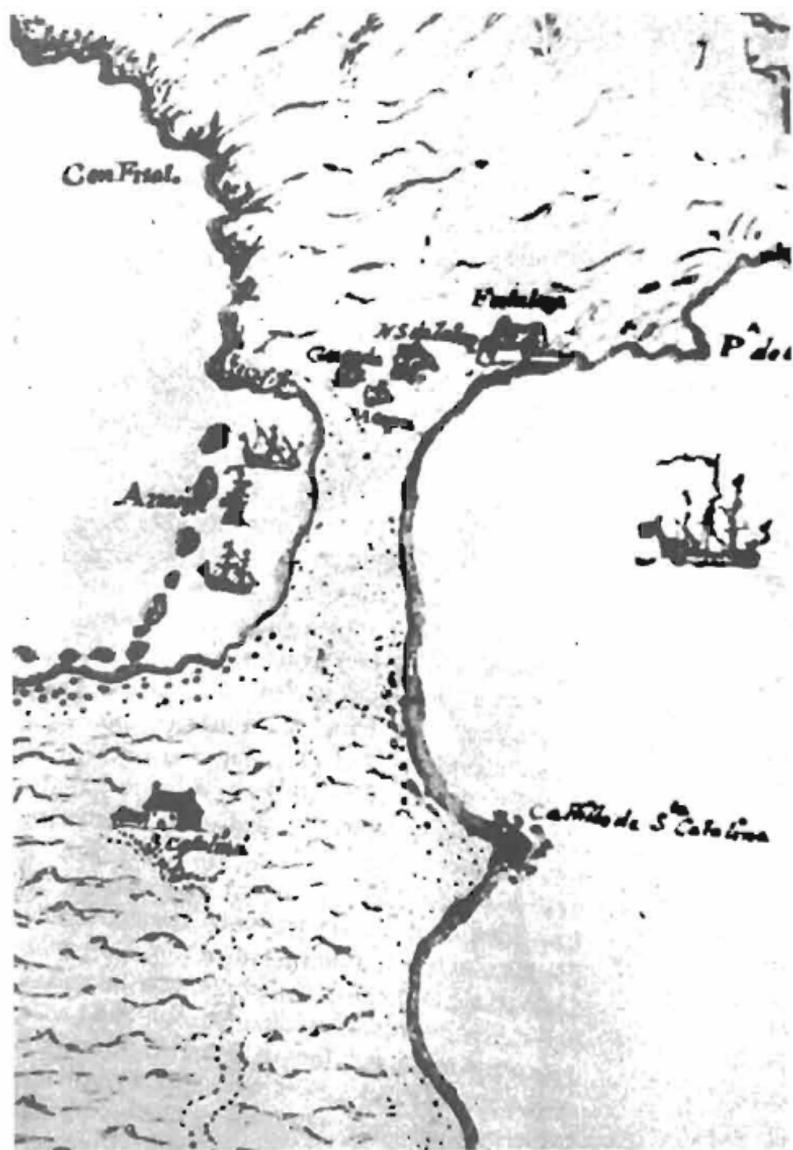
El exceso de la oferta y el interés de los empresarios turísticos de recuperar las inversiones que estaban haciendo al Sur de la isla, fueron haciendo desaparecer el turismo de Las Canteras, que era el del resto de la ciudad. La presencia de visitantes no sólo beneficiaba a la Playa, sino que toda una serie de servicios, desde bares a salas de fiesta, los taxis y hasta las tartanas, los parques y cualquier tipo de prestación que se dio en la época como manera de ganar algún dinero, empezaron a decaer con el desvío de los turistas a otros lugares de la isla.

La Playa quedó entonces como lo que siempre había sido y como lo que quizás nunca debió dejar de ser, y los empresarios se tuvieron que conformar con el playero local como manera de alinear sus establecimientos, y con la llegada del turismo peninsular rezagado que encontraba en la capital gran Canaria una oferta comercial que

el Sur no había desarrollado con la popularidad de la del municipio capitalino. Las sociedades deportivas y culturales volvieron a la Playa y todo ello dio lugar al verdadero relanzamiento de Las Canteras, pero esta vez para el uso y disfrute de los ciudadanos, que no terminaban de darse cuenta de la joya que la Naturaleza les había puesto en las manos. Así las cosas, lo que ayer había sido la cuna de las primeras inversiones de los empresarios de esta ciudad, había revertido de nuevo en los habitantes del municipio, que se repartían su pedazo de Las Canteras por zonas como el bien más preciado que pudiera tener esta ciudad.

Las Canteras sirvió a partir de ese momento como ama de cría de los más pequeños, como el punto de reunión y como el gran espacio peatonal que los vecinos necesitaban en una ciudad que le había ofrecido todo al turismo pero que después había abusado de él hasta el punto de hacerlo desaparecer. La infraestructura se desmoronaría de forma progresiva dejando a más de uno pendiente de la llegada de mejores tiempos y buscando culpables de la matanza de aquella gallina de los huevos de oro. El visitante peninsular que vino después no eubrió las expectativas que había creado el primer turismo europeo, más generoso y más fácilmente encandilable por la hospitalidad de la gente de Las Palmas de Gran Canaria, pese a que el peninsular, poco a poco se fue destacando como un turista que *invertía dinero*, cambiando los papeles con los últimos turistas que tratan lo justo a las Islas. A la orilla de la Playa fueron muchos los que consiguieron, tras el difícil tiempo de la Guerra, recomponer sus bolsillos e incluso hacer la arracacilla para empresas mayores, y en consecuencia, muchos también los que perdieron casi todo.

La época de bonanza turística, unida a la del Puerto de La Luz y de Las Palmas y a su cada vez más floreciente actividad, alegró a casi todos, y pocos fueron los que no encontraron en la ciudad la manera de sacar rendimiento de las continuas visitas. A quien venía a la ciudad le interesaba fundamentalmente un clima que el resto de Europa no les ofrecía, y que en el término municipal estaba representado por Las Canteras, -una formación arenosa originada a partir de la unión de La Isleta con el resto de Gran Canaria-, en una sociedad bien avenida que benefició lo mismo a cada una de las partes *contratantes*. Pronto los canarios adoptaron la Playa y la incorporaron a su patrimonio. Y antes que darle la espalda, hicieron las inversiones que creyeron convenientes para poder *vivir con ella y con ella sobrevivir en los momentos más difíciles* que se pusieron en su camino como consecuencia de la situación que en cada momento vivió el Archipiélago. Si se quiere, incluso, podría decirse que fue mucho lo que se obtuvo de la Playa y pocas las contraprestaciones, aunque el paso del tiempo ha ido colocando cada cosa en su sitio, y en las últimas décadas de este siglo parece que ha habido una conciliación entre las partes, que esperan que algún día ese arreglo pueda volver a dar los frutos que antes proporcionaba.



Los primeros planos de *La Isleta* muestran los escollos de *La Barra*, el istmo libre de edificaciones, y en el interior de la dársena algunos barcos fondeados, lo que da una idea de la profundidad que entonces había en la Playa del Arrecife.

El istmo de Guanarteme

En su popular libro de memorias, *Recuerdos de un noventón*, Domingo J. Navarro, con el tono de humor que caracteriza la obra, hace referencia a las penurias que los visitantes tenían que pasar, tras un ajetreado viaje y un más movido aún atraque en el Puerto de La Luz, para atravesar el istmo de Guanarteme, lo que hoy sería la calle Albareda en Las Palmas de Gran Canaria, y llegar al centro de la ciudad a finales del pasado siglo:

"(...)Prepárate para la peregrinación que vas a emprender hasta Las Palmas. Te espera para conducirte un lastimoso esqueleto cubierto de acribillado pellejo, al que su dueño, el tío Lazaro, da el nombre de burro. En este vivo esqueleto vas a atravesar una legua de desierto de arena que tiene, como el africano, sus móviles montañas, sus llanuras y sus depresiones; a veces también su calor infernal y hasta su similitud de su horrible simún si soplan fuertes vientos del Sur. Sin camino, ni vereda, sufriendo frecuentes caídas, unas veces encima y otras debajo de tu lacerado borrico, tardarás una hora en llegar a las derruidas murallas de la vieja ciudad, donde vas a perder hasta la esperanza de encontrar alojamiento y cama en que descansar. ¡Dios te ampare!"

El ancho campo de dunas al que tan tortuosamente se refería Domingo J. Navarro, no era otro que el espacio que separaba el Puerto de La Luz y Las Canteras, el istmo de Guanarteme, sobre el que en el siglo XX, con el florecimiento del Puerto de La Luz, se fueron asentando las viviendas hasta cubrirlo por completo y consolidar el núcleo urbano de Santa Catalina. Las dunas eran, precisamente, la consecuencia del arrastre de la arena de la Playa que, con la llegada de las edificaciones, fueron ganando espacio al mar al servir las casas de freno a los movimientos de traslación de la arena de un lado a otro, con lo cual el istmo se fue ampliando de manera progresiva.

El origen del istmo de Guanarteme está directamente ligado a La Isleta y su formación, ya que fue precisamente esta lengua de arena la que permitió convertir La Isleta en península, acercándola al resto de la Isla. Antes de esto, La Isleta era un islote separado de la Isla principal por un estrecho canal de agua de no mucho más de un kilómetro de anchura que se entroncó a Gran Canaria por el borde Sureste mediante el istmo, de no más de 200 metros de ancho en su parte estrecha, que en sus extremos se abre en forma de copa, y con una longitud aproximada de 41,2 kilómetros. La vertiente occidental del istmo está ocupada por la playa de Las Canteras, mientras que la oriental alberga el Puerto Marítimo.

Sobre el istmo de Guanarteme se desarrolló hasta una época relativamente reciente, como describía Domingo J. Navarro, un campo de dunas como consecuencia de la dinámica de circulación de arenas arrastradas por las corrientes hacia la Playa de Las Canteras y que posteriormente los vientos alisios transportaron a tierra firme. Según se recoge en el Plan Magna, "hacia mediados del siglo pasado, esta formación arenosa se conservaba prácticamente intacta, como se pone de manifiesto en el Plano de la Bahía

de Las Palmas, confeccionado por la Dirección Hidrográfica de España en el año 1879. Pero el crecimiento continuo de la ciudad de Las Palmas fue provocando su progresivo deterioro, de tal manera que hoy ha desaparecido en su práctica totalidad".

Pese a su estrecha relación con La Isleta, no existen datos sobre el material presente bajo el istmo, siendo únicamente Hausen (1962) quien se ha manifestado al respecto, basándose en sondeos y la documentación puesta a su disposición por la Junta de Obras del Puerto de La Luz y de Las Palmas y el Museo Canario. Según recoge el Plan Magna, en su *Memoria y mapa geológico de Las Palmas de Gran Canaria* sobre las teorías de Hausen, "estos depósitos pueden estar cubiertos por coladas fonolíticas y por otra parte por coladas básicas procedentes de La Isleta, sobre las cuales se instalaría posteriormente la terraza cuaternaria. Todas estas consideraciones ponen en evidencia la existencia de importantes movimientos verticales en este sector de Gran Canaria, y en toda la costa Norte, desde el plioceno a la actualidad". Hasta hace algo más de cincuenta años, el mar haría de lado a lado el istmo como consecuencia de su escasa altura.

Formando toda la rasa litoral de la playa de El Confital existe una unidad de aspecto sedimentario con la alternancia de pequeños fragmentos de piedra volcánica hacia el Noroeste, en la que se encuentran abundantes fósiles. Son depósitos formados por una toba compacta donde existen algunas algas calcáreas fósiles. Su origen submarino indicaría la emersión de La Isleta ya en tiempos del plioceno o pleistoceno, en el Cuaternario, no siendo posible precisar más su edad.

Desde el saliente de Los Pollos, en La Isleta, se ve cómo las coladas continúan por todo el acantilado hacia el Norte, formando incluso los pequeños islotes y arrecifes dispersos a lo largo de la costa. Forman toda la planicie que se extiende sin interrupción por la franja costera hasta la Punta del Arrecife, más conocida como La Puntilla, lindante con la Playa de Las Canteras. Sin embargo, respecto a los materiales que afloran en la Punta del Arrecife, es posible que las zonas superiores correspondan a coladas recientes, pero a falta de continuidad en los afloramientos y de un muestreo más preciso, no se puede asegurar.

Como consecuencia de todos esos depósitos, originados a raíz de la formación de La Isleta y sus volcanes, nació la Playa de Las Canteras que durante muchos años se llamó Bahía del Arrecife. Se trata de la playa más extensa de la ciudad que alcanza una longitud cercana a los cuatro kilómetros, y está protegida por una barra de formación calcárea y arenosa que impide el transpone mar adentro de la arena. Las arenas llegaron a este área arrastradas por las corrientes marnas y conformaron después, con la ayuda de los vientos, los campos de dunas mencionados, cuyo equilibrio se ha visto alterado por la construcción en primera línea de grandes edificios que han modificado el sistema de circulación de la arena, con la consiguiente acumulación.

Está constituida en su totalidad por arena rubia fina, en la que se encuentran algunos pequeños cristales de olivino y piroxeno. Asimismo, la arena tiene un fuerte componente orgánico procedente de la destrucción de conchas aunque molido, por lo que no aparecen piezas gruesas de forma frecuente. Esta característica es la que daba el nombre a la playa de El Confital, ya que en Canarias, las conchas molidas reciben el nombre de confite, y es aquella una zona abundante en este tipo de restos orgánicos.



La playa a finales del siglo XIX presentaba un aspecto casi desértico. Sólo algunas casas se levantaban en la zona, especialmente de carpinteros de ribera y careneros.

Del agua de Las Canteras en diferentes ocasiones y especialmente con la presencia de la bajamar, emergen restos rocosos a modo de pequeños islotes que corresponden probablemente al sustrato donde se apoya la arena de la Playa y el istmo en sí. Durante la marea baja, estas peñas quedan totalmente rodeadas en algunos casos por la arena, y son aprovechadas por los chiquillos para recorrerlas e incluso hacer pequeñas capturas de peces y crustáceos que no tienen mayor interés que el de servir de mero entretenimiento.

Un poco de Historia

Según un estudio realizado en torno a los antecedentes históricos de Las Canteras, las primeras citas concretas se remontan al siglo XV, si bien en cartas y planos del periodo 1410-1460, La Isleta aparece separada, como si el istmo estuviera rebasado por el mar la mayor parte del tiempo. Los testimonios de la época de la Conquista (1479) indican que el traslado desde el Puerto a la ciudad se hacía usualmente por mar, señalando la nula transitabilidad de lo que hoy sería la calle Albareda y sus paralelas. En el siglo XVI ya se cita el Puerto del Arrecife como punto de comunicaciones marítimas, pero supeditado al de Las Palmas.

En el siglo XVII, hacia 1686, aparece el primer plano del istmo dibujado por Pedro Agustín del Castillo. En él figura la Bahía del Arrecife con una serie de escollos que representa La Barra, como símbolo de identidad de La Playa, aunque se trata de una mera representación, por lo que no pueden considerarse los fragmentos en los que el dibujo divide la formación arenosa. A finales del siglo XVII, la ciudad de Las Palmas, -que todavía no había adoptado los apellidos de Gran Canaria, decisión tomada por el Ayuntamiento capitalino en el año 36 bajo el gobierno de Diego Vega Sarmiento, como manera de distinguir a la ciudad de la isla de La Palma o de Palma de Mallorca por las confusiones del correo durante la Guerra-, se extendía desde Vegueta a la iglesia de San Telmo. La Playa quedaba a unos kilómetros del casco, por lo que si bien cabe pensar que la mayor parte de los ciudadanos en 1686 no la conocía, los más aventureros habrían ido a verla caminando o en vehículos de tracción animal a los que popularmente se les llamaba *quirrines* y que ilustran algunas de esas fotos antiguas que hoy cuelgan tremendamente popularizadas de las paredes de bares y restaurantes o de muchos hogares particulares. Algunos de los dibujos que se han podido conservar en torno a 1860, presentan dos barcos de dos palos en el careneo de La Puntilla con alturas de quilla superiores a seis metros, lo cual da idea de los fondos disponibles en aquella época. Igualmente es frecuente ver en dibujos, barcos cruzando La Barra por la boca grande.

Otros la frecuentaban para ir de pesca o a cazar a Las Isletas, probablemente conejos y pardelas, o incluso por motivos comerciales, dados los buques que allí fondeaban en las bahías de El Confital o La Luz. Al salir de la ciudad había que cruzar campos de cultivo por incómodos caminos y atravesar la zona de dunas de Santa Catalina. La

Playa se extendía desde El Rincón a El Confital, curiosamente con la interpretación que hoy el Ayuntamiento capitalino le ha dado a este espacio, flanqueada por numerosas dunas. Dos hechos iban a convertir a Las Canteras en la playa de la ciudad: el comienzo de las obras de la carretera que la unía con el casco urbano en 1855 y la aparición del primer viaje colectivo en tranvía desde Vegueta al Puerto del Refugio en 1890.

Pero en estos años, el ciudadano no va a la playa, no practica los baños de mar y sólo en épocas muy calurosas, se bañaba de noche. Habría que esperar a finales de siglo para que se implantara la moda de los chapuzones, de las temporadas, de las casas de veraneo en Las Canteras. En 1910, con la primera línea de playa urbanizada, en los días de máxima afluencia podía contarse hasta doscientas personas, en su mayoría paseantes, reduciéndose el número de auténticos bañistas. Esto se debía a lo mal visto que estaba el baño como ahora lo entendemos, y a que al no haber Paseo en la época, los caminantes más bucólicos habían sustituido la arena por la Avenida.

Los hombres que se fijaron en Las Canteras

Aparte de las referencias ya hechas, sería prácticamente imposible citar a todos los autores que se han fijado en Las Canteras o a aquellos que se han inspirado en la Playa para hacer sus composiciones. Cabe destacar, no obstante a Tomás Morales cuando habla del mar, Domingo J. Navarro, Alonso Quesada, Saulo Torón, Manolo Padorno, enamorado de la playa, o a esos miles de desconocidos que, sentados en los bancos de la Avenida a lo largo de la historia, han desplegado su imaginación ante tanta grandeza. La Playa ha sido la inspiración de muchos enamorados anónimos que quién sabe lo que han escrito, pero que desgraciadamente no han sido bien tratados por la historia, más acostumbrada a figuras ya consagradas, conocidas, que a la intrahistoria aquella de la que hablaba Miguel de Unamuno.

Pero la Playa cautivaba a los autores de antes de este siglo y, principalmente guiados por el interés de todo lo referente a la Naturaleza, eran muchos los viajeros que dedicaban unos párrafos a la entonces llamada Bahía del Atrecife. El teniente Henry Kelle, lo mismo que Modoz y Coello, hizo sus planos sobre Las Canteras en la segunda mitad del siglo XIX. Igualmente, otros autores como Elizabeth Murray, W. Thomas, H. Christ, Olivia Stone o Jules Leclercq, visitaron la isla y dejaron escritas sus impresiones sobre ellas en mayor o menor medida, aunque con breves referencias a la zona de Las Canteras, especialmente ligada en sus crónicas a La Isleta o al istmo arenoso que la une con Gran Canaria. También es de interés el *Derrotero de las Islas Canarias* del barón Charles Philippe de Kerhallet, en 1858. Hablando de la Playa, a la que denomina Playa del Carmelita, y de su bahía, expone:

"La costa corre hasta reunirse con la lengua de arena que une a La Isleta con Gran Canaria. Está casi completamente rodeada de piedras entre las cuales pueden pasar botes para coger la playa baja y una pequeña ensenada que hay frente



La Playa era usada con más frecuencia en los años 20, aunque fundamentalmente para pasear. En la foto puede apreciarse, al fondo, la Caseta de Galán.

al pueblo de La Luz. Encuéntranse en esta bahía algunas manchas de piedra. Toda ella es limpia y puede fondearse en arena por dieciocho escasas a veinticuatro brazas, pudiendo también verificarlo en menos braceaje si se quiere estar más cerca de la tierra. Se halla del todo desabrigada para los vientos del Noroeste, pero es muy buena con los opuestos del Sureste, así es que, cuando éstos soplan con fuerza en el fondeadero de Las Palmas y lo abandonan los pescadores por no serle posible mantenerse allí, vienen a esta bahía."

En referencia a las romerías de Nuestra Señora de La Luz, Isaac Viera (1916) deja un hueco para nombrar a la Playa, relacionada con la hora de la comida. Esta fue una costumbre que duró con los años y que aún hoy practican algunas familias. Quienes decidían pasar el día en la Playa, y no estamos hablando de principios de siglo, entendían la excursión con un enorme almuerzo, descartando las fiambresas o cacharros similares de los que ahora se estilan, y apostando con toda naturalidad por la Playa como cocina:

"(...) Es la hora del almuerzo: en la menuda arena de la Playa del Arrecife tienden albo y limpsimo mantel, sobre el cual colocan grandes bandejas, comeniendo el humeante cherne y las papas, mientras en un enorme lebrillo se amasa el gofio, que es del riquísimo y nutritivo maíz, que en otro tiempo dio tanta fama a la extensa y fértil Vega de San José, en la que hoy verdegulan frondosas plataneras, cuyo apetecido y frondoso fruto, cuando está en sazón, parecen racimos de oro".

Inicialmente, los comentarios acerca de Las Canteras tenían como referencia el Puerto de La Luz o La Isleta. Así, se han podido encontrar testimonios de autores difícilmente reconocibles, como el recogido en el estudio de la empresa Altos Hornos Ingenieros y Consultores para el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria en 1979, que se atribuye al siglo XVI:

"Llamábase antes el Puerto de Las Isletas, por abrigarlo por la parte del norte un negro promontorio de tres altas montañas; un breve puente de arena lo une con la isla. Fue sin duda un volcán que en el mismo mar reventó, pues todo es de piedra quemada que llamamos malpais. Cogense en sus caletones mucho pescado, cangrejos, crizos y toda especie de marisco. La agua del mar, que queda encharcada, forma salina muy blanca y fina. Paga el Cabildo secular a un hombre que está en la atalaya sobre estas montañas todo el día, y en descubriendo embarcaciones, pone señas que son unas palos vestidos de ramas, en una casilla que está sobre la montaña que mira para esta ciudad y de todas partes se ve. Cuando es mucho el número de navios hace fuego, y lo da a entender el humo de día, y la llama de noche. Por aquel puente de arenas de que hablé, únense muchas veces los mares, el de poniente, que es el del arrecife y el del Puerto de La Luz, que mira al naciente".

El *Diario y relación de viajes* de Romero y Ceballos (1795) recoge igualmente sus

impresiones sobre la Playa y el abrigo que ésta ofrece a los barcos. Además hace algunas referencias al istmo y a la ermita de La Luz y Santa Catalina que, pese a no ser objeto de este libro, sí merece la pena recoger en tanto que aporta al lector una idea de cómo estaría conformada lo que hoy es la capital, hace doscientos años. Igualmente explica el origen el nombre de Las Canteras:

"Unese esta Isleta a la isla por un istmo o lengua llana de arena blanca de un tiro de mosquete de ancho que le hace formar a la banda del Norte una gran bahía que llaman del Confital, que sería preferible a la de La Luz, si no fuese tan difícil el desembarco por una cadena de rocas, que casi ya cerca de la playa, se extienden, y le atraviesan. Estas en reboso están cubiertas, pero en la baja marea están de fuera, y si no es por algunos canales de que es menester tener mucha inteligencia, no pueden arribar lanchas a la ribera. Estas rocas son de cantera blanca arenisca, y de ellas se sacan unas pilas para filtrar el agua y llevar porciones a la América. Las playas de ambos puertos son alegres y apacibles; en más de un tiro de arcabuz está muerto el mar, el cual arroja por esta parte variedad de conchas y piedrecillas de todos colores, y entre ellas unas, que por la similitud que tienen se parecen a los confites, con cuyo nombre las conocen. En la misma Isleta casi cerca del nominado istmo (que algunas veces ha sido anegado del agua, juntándose ambos mares) está una ermita, dedicada a Nuestra Señora de La Luz, con una gran casa, que sirve para recreo de muchas personas que se van allí a divertirse.

El camino que hay desde aquí a la ciudad, es llano pero por medio de penosos arenales blancos, muy movedizos, y llenos de montañas, formadas de la misma arena, bien que esta es como una faja, que atraviesa a lo largo de la orilla del mar, y a lo ancho como un tiro de mosquete, y como casi desde el mismo Puerto a una cadena de cerros, que llegan hasta la ciudad cerca del mar; las faldas de estos antes de unirse a las arenas, ofrecen un espacio de tierra sin mezclas de arena, que por regarse con varias acequias y tener algunos árboles, y casas de campo, hacen muy divertido el camino.

Los nominados cerros son mal vistos, quebrados y llenos de tabaibas, y piedras, que suelen hacer mucho daño, rodando a la llanura cuando hay aluviones. En la mitad del camino está una ermita que llaman de Santa Catalina, algo desviada del mar, en cuya orilla enfrente de ella está un castillo muy fuerte de su mismo nombre. Los arenales llegan hasta los mismos muros de la ciudad, y muchas veces los han forzado, entrándose dentro no poca porción".

La expansión de la playa. Los primeros planes de ordenación del litoral.

Las leyes desamortizadoras de Mendizábal (1836) y Pascual Madoz (1855) produjeron en la ciudad importantes cambios de interés urbanístico que se prolongaron hasta 1892. La expansión urbana quedó mediatizada por casi media docena de nuevos pro-



Las primeras décadas provocaron ansias de tener una casa en Las Canteras, aunque se mantuvo el retranqueo de la primera línea de playa.

pietarios particulares. Entre los compradores de la desamortización figura don Nicolás Apolinario, con las tierras que conformaban el ismo de Santa Catalina. Estos terrenos salieron a subasta en 1860 y estaban ocupados por médanos que configuraban un campo de dunas, donde únicamente tenía interés por entonces la Bahía del Arrecife.

La finca comprada tenía una superficie de 62 beciáteas y 67 acres; lindaba al naciente con la carretera de Las Palmas, al Norte con La Isleta, al poniente con el mar y al Sur con las montañas de arena. O lo que es lo mismo, abarcaba el ismo de Guanarame, toda la Playa de Las Canteras, El Refugio, lo que es hoy el Parque Santa Catalina, y la zona de la Avenida de José Mesa y López. El precio pagado por la finca fue a razón de 0,16 pesetas por metro cuadrado.

La construcción del muelle de San Telmo trajo consigo una actividad importante por la presencia de carpinteros de ribera y otros artesanos que tenían en la Playa del Arrecife el principal carenero, por el sector de La Puntilla. La carretera para unir el Puerto con Las Palmas se empezó a construir en 1854, concluyéndose en 1861 con un firme de tierra que era necesario reparar y regar con frecuencia.

Las obras del Puerto de La Luz comenzaron en febrero de 1883. Hasta entonces, la zona del Puerto era un paraje deshabitado, con un mísero y reducido caserío que vivía del carenero de la Bahía del Arrecife. En 1883, el arquitecto municipal Francisco de la Torre Sarmiento confeccionó un plano de población para la zona del Puerto y Playa de Las Canteras que fue aprobado por el Ayuntamiento. El proyecto era ambicioso y contemplaba el asentamiento de una nueva población. La Playa de Las Canteras quedó enmarcada por la más amplia calle del sector, acentuándose así el papel que habría de jugar en el futuro, cuando se hiciera lo que hoy conocemos como el Paseo de Las Canteras. Desde 1888 a 1906, el Ayuntamiento de la ciudad se vio desbordado analizando expedientes de construcción. Las áreas más solicitadas eran La Isleta, por la actividad que generaba el Puerto y que los canarios comenzaban a ver como una fuente de riqueza evidente, la Playa de Las Canteras, Los Arenales y las Huertas de Triana.

En aquellos años, la Playa ya era conocida con el nombre de Las Canteras. La consecuencia de este topónimo eran las extracciones que algunos artesanos hacían de La Barra para la construcción de filtros de arenisca para las populares pilas de agua canarias, hasta que a instancias de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, la tarea fue suspendida. La progresión de las extracciones podía haber llegado, de no haberse parado a tiempo, a la desaparición de La Barra, con lo cual, según han expuesto en varias ocasiones distintos técnicos especialistas, tanto en Biología, Geología o Ciencias del Mar, probablemente hubiera desaparecido también la Playa o, cuanto menos, se hubiera modificado con respecto a la que hoy conocemos.

En el siglo XIX, durante la década de los 80, se habían asentado en la Playa numerosas casas económicas y chozas que habitaban los obreros del Puerto. Pero las primeras construcciones levantadas en Las Canteras con finalidad de residencias de recreo para el verano o para fines de semana, correspondieron a ciertas familias de la burguesía urbana, tales como Cayetano Ingloft Ayala, los hermanos Amaranto y Teófilo Martínez de Escobar, Juan Rodríguez Quegles, Agustín Sánchez Rivero, Agustín Báez Navarro o la casa de baños en la misma Playa de Manuel Reina Pérez. Antes de esta fecha, el ismo

estaba totalmente libre de edificaciones. Una estampa que, posteriormente, los arquitectos urbanistas han lamentado que no hubiera seguido así algún tiempo hasta que se consiguiera establecer para la zona de Las Canteras un paisaje de pequeños chalets, en lugar de una urbanización prácticamente intranspirable que impide a quienes están en la Playa reconocer el otro lado con facilidad.

De 1890 a 1895 se construyen nuevas casas junto a las anteriores, y aparecen diez nuevos recintos edificados en la parte Sur, a partir de lo que es hoy la calle Gomera, casi todos apoyados en la carretera al Puerto y siguiendo ya la planificación urbanística esbozada por el arquitecto municipal Laureano Arroyo en 1888. De 1895 a 1910, todo el frente de la Playa, desde el cruce de Juan Rejón hasta la actual calle Pedro del Castillo, queda cubierto de edificaciones. Más al Sur la edificación es más dispersa, iniciándose en la barriada de Santa Catalina, con algunas casas destacadas en primera línea.

En 1912, el Ayuntamiento acordó recabar del Ministerio de Marina una real orden que prohibiese la extracción de arena de Las Canteras y Las Alcaravaneras, y en 1915 colaboró con los vecinos en construir un muro para defenderse de los embates del mar, que sirvió de base para el futuro Paseo. Sin embargo, en 1917 autorizó la instalación en la zona de La Punülla de una factoría de pescado, Pesquertas Canarias, S.A., a pesar de la protesta popular por la contaminación y por las molestias que producía al vecindario. La industria se mantuvo hasta que pasada la segunda mitad del siglo XX desapareció, sin duda y entre otros motivos por que la actividad en Las Canteras había cambiado de sector, y era el turismo el que mandaba entonces.

Durante las primeras décadas del siglo XX, años 20 y 30, la ciudad se convirtió en una estación invernal. Por entonces, la afluencia de visitantes era del orden de 3.000 al año, en su mayor parte ingleses. Para alojarlos se disponía de catorce hoteles de los cuales nueve de ellos estaban ubicados en la zona del Puerto, debido al atractivo que por entonces ya había tomado la Playa de Las Canteras, que era reconocida por residentes y foráneos. Fue en 1936 cuando el Ayuntamiento adoptó como proyecto de urbanización definitivo de Las Canteras el del arquitecto canario Miguel Martín Fernández de la Torre, empezándose las obras del Paseo al año siguiente, y manteniéndose, salvo modificaciones puntuales, hasta la remodelación global que recientemente ha finalizado el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria. Antes de eso, las intervenciones se habían basado en urbanizar pequeñas zonas por La Puntilla, quedando el resto de la Playa sin una alameda definida.

La explotación del turismo como actividad económica se vino abajo debido a crisis económicas mundiales y conflictos bélicos entre 1932 y 1945, aunque se reactivaría en los años 60 de forma organizada y con otras concepciones que, no obstante, tuvieron mucho que ver con el desorden creado en la primera fila de la Playa de Las Canteras, ya que creció sin mayores controles por parte de las autoridades locales. Como consecuencia de ese declive, la construcción en el istmo progresa lentamente sobre las líneas ya preestablecidas, siendo el período menos activo el de 1930-1940. No faltan a pesar de todo nuevos planes de urbanización (Ramonell, 1917; Marín Fernández, 1930; Rodríguez de la Roda, etcétera).

Las primeras iniciativas para ordenar la franja que comprende la Playa de Las Can-



En los años 20 la arena sustituyó al Paseo, que no estaba construido. La primera línea de Playa comenzaba a urbanizarse de una manera progresiva con pequeñas casas hechas por maestros de obra.

teras parten de la segunda mitad del siglo. Sin embargo, el arquitecto municipal de origen catalán, Laureano Arroyo, realizó por encargo una planificación en 1888 donde planteaba un nuevo conjunto desde los Arenales hasta el Puerto de La Luz. No obstante, hizo un trazado poco generoso con Las Canteras donde el Parque Santa Catalina, que ya existía, se ampliaba, y a través de una calle arbolada que Herrera Piqué hace coincidir con la actual calle Ripoché, enlazaba otra plaza que acababa cerrada por una iglesia, junto al litoral de Las Canteras. Asimismo, se conciben otras dos plazas arboladas: una lindando con la Playa (hacia la calle Galileo) y la otra en un punto que se situaría en torno a las calles Cirilo Moreno y Uruguay.

La urbanización incluía un paseo ribereño -la actual Avenida de Las Canteras- desde La Punilla hasta los comienzos de Guanarteme. Según expone Alfredo Herrera Piqué en su libro sobre la ciudad, "aquí Arroyo no tuvo una visión amplia que fuera suficiente para hacer protagonista de esta urbanización el atractivo natural más importante del sector y de la ciudad contemporánea; la Playa de Las Canteras. Evidentemente, el valor paisajístico y turístico que en aquellos tiempos se atribuía a las playas estaba muy, muy lejos, del que más tarde alcanzarían éstas". En la zona del isimo se situaba un mercado para el Puerto y se prevían edificaciones para escuelas.

El posterior plan de ensanche del también arquitecto municipal Fernando Navarro, en las primeras décadas del siglo XX, ocupó con urbanización el litoral de Las Canteras en su totalidad y asumió buena parte de las dunas de arena que se extendían por la zona. Los costes de las obras se recuperaban con la venta de solares en los terrenos ganados al mar, que por aquel entonces en la Playa oscilaban entre las 25 y las 50 pesetas el metro cuadrado, aunque la media estaba establecida en 40 pesetas.

El arquitecto Secundino Zuazo Ugalde llegó a la ciudad en torno a 1940 y realizó un nuevo plan de ordenación por encargo del Ayuntamiento, pero la Corporación, afortunadamente, no tuvo en cuenta sus ideas acerca de la Playa de Las Canteras. Zuazo concebía la Playa cerrada por un dique que partía de Luis Morote, aproximadamente para cerrarse al Norte. Con ello pretendía ganar terrenos al mar para destinarlos a uso residencial, incluyendo un puerto para atraque en la zona de Guanarteme, lo que se hubiera llevado por delante mitad de la Playa e incluso hubiera dejado La Barra en la misma orilla.





Pasear era el mayor de los entretenimientos. Las jóvenes iban en los años 40 abrazadas entre sí y así pasaban la tarde, recorriendo el Paseo para que las vieran sus *pretendientes*.



La construcción del istmo es un fenómeno de hace 50 años que cobró vigor con el desarrollo turístico. Las construcciones frenaron el transporte de arena por el viento y han contribuido a *rellenar* la playa. (Foto: Julio Quintana)

CAPITULO II
Recuerdos



A principios de siglo, pese a que la influencia del turismo comenzaba a notarse, especialmente en las construcciones, los canarios acudían a la playa vestidos o a pasear.



Cuando se hizo el Paseo, después de la Guerra Civil, los usuarios ya tenían un lugar por el que caminar. El clima era agradable y no había muchos entretenimientos más hasta que surgieron los locales sociales y culturales.

El gran espacio peatonal

De poco servía en las primeras décadas del siglo que los hermanos Martínez de Escobar y la familia Rodríguez Quicgles pregonaran a los cuatro vientos las excelencias de la Playa. Nadie tenía en cuenta un lugar que hasta entonces era solitario, carente del Paseo que hoy conocemos y sin visos de demasiado futuro, habida cuenta de que se trataba de una zona desértica y, si bien el Puerto impuso la expansión comercial, ésta era todavía incipiente. Sin embargo, pocos años tuvieron que pasar para que las familias canarias se dieran cuenta de la importancia que iba tomando Las Canteras, precisamente en parte por ese tirón comercial del Puerto de La Luz y de Las Palmas. En los años 20, tener una casa de temporada en la antigua Bahía del Arrecife era todo un signo de distinción y no había canario que no soñara con tener una casa junto al mar.

Así, las posteriores generaciones de vecinos de La Isleta, un barrio de gente humilde cuyos orígenes estaban en algunas familias de Lanzarote que habían venido a la Isla a buscar algo con lo que poder emprender sus vidas, pudieron disfrutar de la importancia que tenía ser de la Playa, criarse en sus orillas y verla crecer y cambiar a pasos agigantados hasta convertirse en la Playa que hoy es mundialmente famosa. De la humildad existente entre los vecinos de La Isleta deja constancia el ex concejal del Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, Antonio Betancor -auténtico memorión- cuando relata las vivencias de aquellos difíciles años de su niñez.

En una de sus anécdotas que, por regla general provocaban más de un corrillo en las Oficinas Municipales, Betancor recuerda cómo su madre, cuando era pequeño y estaba en torno a los calderos de la cocina, lo mandaba a buscar lo que llamaba *el templeto* a casa de su vecina. "Ella me mandaba y yo iba. Vecina, que dice mi madre que si me deja el templeto que ahora yo se lo traigo otra vez. El templeto no era otra cosa que un rabo de vaca o cochino que la vecina tenía colgado de la pared y que le dejaba a mi madre para que lo metiera en el caldero y le diera un poco de gusto a lo que estaba haciendo. Desde que mi madre terminaba, yo volvía a casa de mi vecina y le devolvía el templeto, que ella volvía a colgar del mismo sitio para cuando se ofreciera".

El propio edil explica que en La Isleta, en los años 40, apareció una nueva unidad monetaria: *la choza*. La gente que había llegado a poblar la zona desde Lanzarote o Fuerteventura, construía sus casas de barro y piedra y para usarlo como tejado pisaban el barro sobre cañas, dándole solidez. El Ayuntamiento de Las Palmas, como quiera que aquellas casas no contaban con las mínimas medidas de higiene, ofreció a cada una de las familias que las ocupaban hasta cien duros -nunca se hablaba en pesetas- por echar abajo la caseta. Los cien duros eran entonces *una choza*, ya que era lo que valía cada una de las casas que se construyeron a su llegada a la isla y con *una choza* o *choza y media*, se levantaba una casa con cocina y baño que reemplazaba a las otras.

Conscientes del atractivo que podía tener la Playa para los visitantes de antes de la primera crisis del turismo en la ciudad, las compañías inglesas, principales promotoras de la afluencia de visitantes británicos que consiguieron instaurar muchas de sus costumbres dada su presencia en Las Palmas, se dedicaron a colocar casetas especialmente destinadas a los viajeros de sus recorridos trasatlánticos, que competían de manera

sana con la caseta de Antonio Galán y que llegaron a formar parte del paisaje de la playa, lo mismo que después lo hicieron las casetas individuales, explotadas como ahora las hamacas o las sombrillas.

Las Canteras fue creciendo y en la década de los años 30 se comenzó con la construcción de una parte del Paseo que el Movimiento se encargó de terminar, fundamentalmente "para que los ciudadanos se dieran cuenta de que se estaban haciendo cosas y que aquello era bueno" según recuerdan los mayores. La obra se realizó por fases, llegando la primera desde La Puntilla al Bañerío; años más tarde hasta el Muro Marrero, y aproximadamente en 1955, hasta la calle Churruca, para posteriormente estirar la Avenida hasta La Cícer. En los primeros tiempos, los que querían hacer una excursión que pasara de la central eléctrica de La Cícer tenían una parada obligatoria en El Rincón, donde desde hacía algunos años había un manantial de agua -que unos decían que tenía sabor salobre pese a que otros afirman que era mineral- del que se abastecían los vecinos de Guanarteme y Las Canteras, al que llamaban el Santo Cristo de El Rincón. Sus propietarios, viendo el éxito que el agua tenía y el negocio que con ella podían hacer, decidieron cerrarlo y en sus inmediaciones montaron una pequeña industria que se encargaba de embotellar el agua para su venta. Pero el manantial no respondió a las expectativas y a los pocos años se secó.

En aquella época, Las Canteras se había convertido en la zona peatonal por excelencia. Y no porque faltaran espacios, sino porque aquel era probablemente el más grande de la ciudad. La explosión cultural producida por clubes y asociaciones recreativas y deportivas así como el creciente interés de los ciudadanos por establecerse en la zona del istmo o en las cercanías del Puerto de La Luz por razones comerciales, incrementó la presencia de personas en torno a las baldosas rojas y blancas que inicialmente le fueron colocadas y que fueron cambiadas después de cincuenta años aproximadamente.

Las jóvenes paseaban del brazo formando grandes filas por delante de los pretendientes, que aprovechaban aquellos paseos para decirles dulces cosas con las que intentar ligárselas. El que no se atrevía a decirle algo cuando pasaban para un lado, se lo decía a la vuelta. De cualquier manera, no había prisa porque la tarde la pasaban prácticamente en un sentido y en otro. El bar Toledo servía comidas convirtiéndose en la fonda por excelencia. "Por cinco pesetas se podía cualquiera dar un banquete, y por quince pesetas una paella para dos", según cuenta Martín Moreno, y lo mismo pasaba con El Farol, otro bar de la Playa, sin contar los bailoteos en Las Cuevas, un edificio diseñado por Miguel Martín que hoy continúa en pie.

La Policía Municipal velaba por las buenas maneras y los guardias, que se hicieron en el tiempo personajes populares de la Playa, se las arreglaban para que las jóvenes no se bañaran sin tener alguien cerca que les llevara el albornoz a la orilla, o que los muchachos no caminaran por el Paseo sin camisa, por decoro y respeto al resto de los paseantes. De la misma manera, estaba prohibido sentarse en las barandillas de la Avenida y entre las pandillas era habitual que aquel que primero viera al guardia diera la voz para que el resto de los compañeros, posados como guitres en los cables eléctricos, diera un corto salto y quedara de pie, apoyado en la baranda para disimular hasta que la figura del policía desapareciera en la longitud del Paseo.



Los populares *guindillas* velaban por las buenas formas en la Playa, aunque a veces, los más jóvenes se lo ponían difícil cuando intentaba quitarles la pelota por jugar al fútbol en la arena.

La barandilla, pese a los continuos cambios en el Paseo de Las Canteras, es una parte del mobiliario de la Playa que ha contado con personalidad propia. En un artículo escrito en la prensa local por el fallecido arquitecto Sergio Pérez Parrilla en 1986, expone sus teorías sobre la baranda. "Diseñada en un principio con un criterio de unidad formal por los años treinta, la barandilla del Paseo era una solución arquitectónica adecuada al carácter del mismo. La serie de elementos de madera en forma de barras horizontales recordaba a las barandillas de los barcos, y los dados de hormigón que servían de eslabón entre los distintos tramos, al tiempo que de pie a las luminarias, confirmaban esta impresión cuando de sus superficies colgaban los típicos salvavidas circulares".

La barandilla era remozada por el Ayuntamiento con una mano de pintura que dejó en el camino más de un pantalón. Lo mismo un verano era azul, que azul y blanca o verde. Los muros, que servían de unión a los palos y que nombra Pérez Parrilla, no se entendían sin un añadido que un concesionario pudo obtener. A los chiquillos nos llamaba la atención cómo cada tarde un hombre alto y fuerte pasaba por el Paseo de Las Canteras cargado con un manojo de llaves que, sin saber cómo, distinguía en cada tramo de la Avenida. Con ellas cerraba la enorme tapa blanca que cubría las básculas que se disponían a lo largo de la Avenida y que él levantaba en peso para trasladarlas hasta el punto donde tenía el amarre. Se trataba de una estampa repetida cada tarde, tanto en verano como en invierno.

A propósito de las barandillas, Pérez Parrilla evoca un momento de la Playa en que fueron suprimidas. "En los tiempos del nacional-catolicismo, las barandillas desaparecieron pues eran, según las autoridades del momento, el punto de apoyo y desfogue de los mirones en busca de extranjeras que por entonces traían aires nuevos, y por lo visto pecaminosos para la machada canaria. Esta moralista preocupación significó que se ensayaran varias soluciones alternativas a la pecaminosa barandilla y así aparecieron varios tipos de maceteros con plantas poco adecuadas para acercarse a ellas, y así salvaguardar nuestra moral, reserva de Occidente.

Las plantas duraron poco, quizás debido a la acción del mar; quizás debido a que era el sitio idóneo para apoyar un pie mientras se seguía con la sana costumbre de mirar; quizás también porque no se cuidaron lo que debía, y así al cabo de poco tiempo presentaban un doloroso aspecto, a medio camino entre la papelera y el cenicero (...). Con respecto a la barandilla muro, fue un diseño ensayado en la zona de La Cicer que después se convirtió en una especie de grada para sentarse y mirar, en este caso los partidillos de fútbol".

Era el tiempo de lanzarse de cabeza desde el Muro Marrero aprovechando la subida de la ola o sentarse junto a la barandilla y, agarrado a ella con ambos brazos, esperar que la ola nos diera un tremendo chapuzón en el caso de los que no se atrevían a tirarse del muro. La Playa tenía dos puntos en los que cualquiera que se sintiera un poco de la zona tenía que lanzarse. Uno de ellos era detrás de La Barra, donde el agua parecía más salada que en el interior y donde había que esperar la llegada de la ola para que sirviera de elevador que nos permitiera auparnos de nuevo a la lengua de arenisca. Muchos fueron los que no sabiendo el procedimiento, se rasparon el pecho contra la pared de

pedra que parecía inalcanzable cuando la retirada de la marea dejaba el vacío entre el bañista y La Barra. Y el otro lugar era el Muro Marrero, siempre aprovechando la llegada de un buen reboso.

En esos días, los paseantes que iban por la arena tenían que tomar carrerilla si lo que pretendían era atravesar el Muro Marrero sin mojarse, cosa que no siempre se conseguía. En torno a los imitadores de los saltadores de Acapulco se acumulaba, a pie de Avenida, un nutrido grupo de curiosos que indicaban según su forma de verlo cómo y cuándo había que tirarse. Pero la cosa había que verla por fuera de la barandilla. Aproximadamente tres metros separaban lo alto del muro de la arena que ahora ha ganado espacio en el lugar, pero quien superaba el vértigo de la primera vez estaba deseando subir para lanzarse de nuevo. No obstante, la indecisión se pagaba cara.

A más de uno le pasó lo mismo que a Víctor *El Tanujo* por dejarse influir por aquellos que jaleaban a los lanzadores para que saltaran al agua. Víctor no se había tirado jamás desde el Muro Marrero hasta que le llegó aquel momento. Y seguro que no volvió a hacerlo. Debía correr el año 80 cuando todos los chiquillos de la zona, sabiendo que había reboso, nos habíamos reunido en torno a aquel saladero. Y con nosotros Víctor, un muchacho flacucho y desgarrado que había nacido en la Playa y que la había adoptado como lugar de concentración. Todos lo animaban para que saltara él también después de que media pandilla lo hubiera hecho. Tanto insistimos, que Víctor saltó la barandilla y se quedó en la cornisa del Muro Marrero, pensando cuándo podría lanzarse. “¡Ahora, Víctor!”, le decían. “¡Ahora no!”, lo frenaban. Total que Víctor, cansado de que le gritaran de un lado y de otro y nervioso pensando quién lo había mandado a ponerse en aquella situación, no se lo pensó dos veces y se lanzó abajo. Había un 50% de posibilidades de caer al agua o a la arena, pero a Víctor le tocó la segunda opción, quedando semienterrado al pie del Muro Marrero y lanzando quejidos como consecuencia del estado en que había quedado su cuello. Muchos temieron que le hubiera pasado lo peor, pero tras dos meses con un collarín, todos se refan de él y lo invitaban a saltar de nuevo desde el Muro Marrero, a lo que él respondía con un expresivo gesto de sus brazos.

Algo parecido ocurría en La Calca o Los Calcetones de La Puntilla. A marea llena, el agua entra con fuerza entre los huecos de piedra que él mismo ha ido socavando, y revienta contra ellas dejando la espuma expandirse por todo el lugar. A los chiquillos les atraía aquel riesgo y tirarse cuando venía la ola. Lo que sucedía es que la salida del agua era más problemática, ya que había que hacerlo cuando la ola se fuera puesto que la llegada de nuevo del mar podía provocar raspones contra las paredes y en otro caso algún que otro golpe de consideración. Era y sigue siendo sumamente peligroso, pero a la vez atractivo para la gente de la zona que generación tras generación ha hecho lo mismo, aunque con el paso de los años nos parezca una locura.

Pero a La Barra no se iba exclusivamente a saltar. A La Barra, realmente, se iba por ir y una vez allí se podían hacer muchas cosas, desde resbalarse por los toboganes que había hecho la piedra hasta caer en un charco casi siempre caliente, a sentarse en lo que se llamaban los sillones reales por su parecido con los tronos de las películas que tanto nos gustaban, o a escribir el nombre de la novia en el limo que crecía dentro de los



Los rebosos en Las Canteras casi obligaban a los chiquillos a saltar desde el Muro Marrero. La abundancia de arena hace poco recomendable ahora el lanzamiento. (Foto: Tato Gonçalves)

chareos. Uno se tiraba en La Barra como si estuviera en la arena y, con una piedra, se ponía a escribir el nombre de las chiquillas, la fecha y esas cosas. La tumbada acababa siempre que un cangrejo protestaba a su forma porque le tapábamos la cueva y nos agarraba con sus pinzas cualquier parte del cuerpo. Esta situación provocaba levantarse rápidamente y buscar otro sitio, donde la historia se repetía.

La Playa ya era grande, pero a nadie se le pasaba desapercibida cualquier cosa que alterara su normal funcionamiento. Después de muchos años de retirado el trampolín que durante mucho tiempo estuvo clavado en la Peña de la Vieja, y del que aún hoy son visibles sus clavos, la enorme piedra volvió a ser noticia una buena mañana. Los más madrugadores no podían aceptar lo que estaban viendo cuando al pasear por la Playa notaron que la piedra había sido pintada de blanco de arriba a abajo. El Ayuntamiento calificó la acción de gamberrada, y jóvenes voluntarios y miembros de la Cruz Roja, tuvieron que frotar mucho para devolverla a su primitivo estado.

Jamás se descubrió al causante del hecho, aunque los asiduos de la zona sí lo supieron. Los autores, ante el revuelo de su iniciativa artística no se atrevieron después a decir que habían sido ellos. Pero se cuenta que unos pescadores de la playa, *con el cuerpo algo alegre*, resultaron ser los promotores de la pintada. El fin que perseguían era que cuando los botes *taenaran* de noche, salieran a pescar o hiciera falta un rescate, la Peña de la Vieja hiciera las funciones de faro y punto de orientación. Una idea que, sin ser mala, provocó tal escándalo en la manera de llevarla a cabo que el comentario duró muchos días en la Playa, cuando aún se veían los restos de pintura blanca desde la orilla.

La Playa para los canarios ha venido a suplir, aunque parezca un desvarío, a la nieve. A falta de crudo invierno que tapice las calles de esta ciudad o al menos algunos puntos de ella con el blanco elemento con el que los niños hacen muñecos y bolas para lanzarse entre ellos, los chiquillos de la costa encontraron en las bolas de arena el sustituto ideal. Las *guirreas* comenzaban de una manera sencilla, casi sin plantárselo, hasta convertirse en auténticas batallas. Bastaba que uno saliera del agua con la sana intención de no volver a envolverse como una croqueta con la arena caliente, como nos gustaba hacer de pequeños, y que otro, en plan guasón o para que no se fuera su amigo, lo volviera a manchar levantando una pequeña nebulosa con el pie. La provocación era rápidamente respondida por el agredido, hasta que al final ambos se veían las caras en la orilla dándole forma esférica a gigantescos puñados de arena.

Cualquier bola de arena que se preciara debía seguir un proceso convenido por las partes como el más valioso, a fuerza de hacer bolas y bolas en tantos días de playa. La arena ideal era la mojada, porque permitía que la bola fuera prieta y además facilitaba la tarea de darle forma. La presencia casi continua de sebas en las orillas, especialmente a la entrada del verano cuando el olor a marisco impregna la Avenida, fue aprovechada por los constructores de bolas para sumarlas a éstas, lo que les daba cierta consistencia. Después de eso, la bola pasaba a la arena seca, donde se le cubría por completo, enduenciéndola. A partir de ese momento ya estaba lista para lanzarla al enemigo. No obstante, las *guirreas* solían ser tan rápidas que la mayoría de las veces el proceso no podía llegar a completarse y lo que debían ser bolas se convertía en simples puñados de arena

arrojados con rapidez, que lo mismo cogían al destinatario que a una señora con sombrilla que pronto amenazaba con avisar al guardia, lo que era indicativo del fin de la contienda, que se zanjaba con un baño y un adiós.

Lo que no valía, como algunos intentaron en no pocas ocasiones, era meter aguavivas, medusas, dentro de las bolsas. Las células urticantes de sus rejos causan un dolor tan insufrible como indescriptible y a veces dejan la huella de su paso por el cuerpo de los bañistas como un tatuaje. Los afectados por sus picaduras se arrastraban como podían hasta el puesto de la Cruz Roja para que les aplicaran algún remedio que los liberara de aquel dolor. Pero en la Playa habíamos encontrado otro remedio que, aunque pueda parecer poco decoroso, era el mejor. Se trataba de orinar sobre el lugar donde el aguaviva había dejado sus rejos, que se resbalaban hasta caer. Se decía que era la acción del amoníaco la que curaba. Por eso no era difícil, mientras alguno salía del agua lamentándose porque lo había *picado* un aguaviva, oír a otro gritar: "*Méale la pata, méale la pata!*" a lo que el amigacho respondía procediendo a tal operación.

A lo largo de su vida, la Playa ha servido para casi todo, desde la construcción de figuras de arena con un realismo asombroso, en una actividad que hasta que se puso de moda aquí sólo se estilaba en las playas americanas, a base para una serie de buscadores de oro. Esta actividad ocupa a más gente de la que creemos ver cada día en la tarea y tiene su fundamento y su razón de ser, precisamente en las crecidas de las mareas. Todos hemos visto que la marea, al subir, se lleva con ella los objetos que cientos de despistados han dejado junto a la toalla. Pero la impresión del agua mojándolo todo cuando se está tomando el sol es tal, que a uno le da para poco más que para recoger la toalla y el bolso y arrastrarlo a la arena seca, sin reparar en que las zapatillas, el libro, un peine y los zarcillos, se despiden desde la orilla.

A marea vacía es cuando aparecen los buscadores de oro y otros tesoros. Se encargan de buscar todo aquello que el bañista no pudo recoger en su rápida huida y poco a poco van sumando en su bolsa anillos, zarcillos, monedas, cadenas, y todo aquello que puedan sumar a su patrimonio. La mayoría de ellos vende después el producto, pero se dan casos curiosos como el de Neto, un pescador de La Puntilla que lo mismo se convierte en socorrista que en buscador de oro, o en actor de películas, como le ocurrió cuando se rodaba *Moby Dick*.

Neto es de los que se recorren la Playa de punta a punta buscando los más variopintos objetos. Una vez que los tiene, los guarda en su casa y las señoras que lo ven recorrer la orilla, con frecuencia lo abordan para preguntarle si ha encontrado tal o cual zarcillo. Neto entonces les pide la descripción y, si es posible, la pareja que ha dejado en su carrera hacia el mar. Y una vez con el modelo, va a su casa y compara las piezas que tiene. Si lo ha encontrado, al día siguiente busca a la señora y le devuelve la pareja de zarcillos perdida. Algo que sin duda sólo ocurre en la playa y que es tan nuestro como los guardias que se dedicaban a hacer uso de la megafonía a todas horas, sobre todo en los días en que la arena estaba intransitable, para dar cuenta de la pérdida o el hallazgo de un menor, la mayor parte de las veces.

Con todo el respeto que merecen los servicios que prestaban, hay que decir que uno no estaba tranquilo en la Playa, dependiendo de lo que le gustara al agente coger el



Junto al Muro Marrero, saltar detrás de La Barra era y sigue siendo obligatorio para los playeros. A la subida hay que esperar que llegue la ola para no raspase en el muro que deja la retirada del agua. (Foto: Tato Gonçalves)

micrófono. Pero a todo nos íbamos acostumbrando y, muchas veces, precisamente los comentarios eran la diversión de un grupo de *galletones* que se había dado cita en la Playa. Es evidente que los guardias de hace quince o veinte años no tenían la preparación de los de ahora y esta circunstancia se extendía por los altavoces, donde lo mismo se oía el mensaje del agente en busca de un menor que un “¡*chacho, deja la emisora quieta ahí!*” que le decía a su compañero sin tapar el micrófono, con lo cual se enteraba toda la Playa de que un policía local estaba tocando lo que no debía.

Las descripciones que los agentes hacían de los niños sólo podían ser reconocidas por los padres del desaparecido y así, se oían cosas como: “*Se haya en estas dependencias de la policía de playas el menor Ayose. Viste bañador florido y porta barde amarillo con dos palas. Se ruega a sus padres si lo están buscando, que pasen a recogerlo... (silencio) por aquí!*”. Pese a que resultaba evidente que los padres de Ayose estaban buscando al niño desde que había desaparecido, por si acaso, el agente lo recalaba. De hecho se dio un caso curioso en Las Canteras donde los padres del menor perdido nunca aparecieron y un agente realizó todos los trámites para encargarse él mismo de su adopción.

El hecho de que el tiempo pasara en la Playa no sirvió para hacer desaparecer ciertas tradiciones. Pese al olvidado juego del clavo, de los que se compraban a duro en la calle Galileo cuando no podíamos apañarlo en alguna ferretería, y que lo mismo servía de elemento imprescindible para jugar que para coger cangrejos en Los Lisos, hubo cosas que, aunque se ven cada vez menos, nunca se olvidaron del todo. La especial gastronomía de la Playa se basaba en los cucuruchos de crema que se vendían montados en amarillas galletas de una o dos bolas, y en los barquillos que un hombre vestido de blanco pregonaba a los cuatro vientos en un continuo caminar entre los bañistas. Los chiquillos no podían entender cómo, con un sol de justicia y cuando todos corrían hacia la orilla para evitar las quemaduras con la arena seca, el barquillero caminaba, moreno y curtido, sin ninguna protección por aquellas brasas de Las Canteras.

Al hombre que pregonaba aquello de “¡*Hay cornetos, Kalise!*”, lo fueron sustituyendo las heladerías artesanas que con el paso del tiempo se asentaron en Las Canteras. Se trataba de la Atlántida y Peña la Vieja, con Pedro Santana al frente, que hizo y sigue haciendo las *Delicias* que tan rápido extendieron su merecida fama por la Playa y allende los mares, ya que incluso el rey Hussein de Jordania mandaba a buscar los pequeños triángulos de helado para degustarlos en su casa de Lanzarote. Antes, el edificio que ahora ocupa la heladería era el colegio Santa Catalina, donde los más pequeños teníamos como recreo la misma Playa, un lujo que ahora ya no queda al alcance de muchos niños. En aquel colegio, creo recordar que se llamaba Cleo por unos personajes muy populares que aparecían entonces en la televisión, las ventanas de la clase daban al Paseo de Las Canteras y los chiquillos caminábamos a veces de manos en fila de dos por toda la Avenida respirando el salitre que tanto nos influyó y cantando aquello de ¡*Un, dos, papas y arroz!*

Pero sin duda, el rey de las comidas en la Playa, antes y después de que las familias hicieran sus almuerzos en torno a media docena de sombrillas dispuestas a modo de salón-comedor, fue el membrillo. No se sabe exactamente por qué, quizás porque su madurez coincidía con el verano, el clavo y el membrillo eran algo parecido a los aman-

tes de Teruel, pero en Las Canteras. No había chiquillo que no se llevara el áspero fruto a la Playa para comérselo en un viaje a La Barra o durante un largo baño. El membrillo podía mojarse, y no sólo podía, sino que debía mojarse para contrarrestar su aspereza. Durante el baño, se empapaba el membrillo, se lanzaba hacia adentro y poco después la cabeza del autor del lanzamiento emergía junto al fruto que lo esperaba flotando para ser mordisqueado. Cuando se acababa el membrillo, se acababa el baño. Llevar membrillos a la Playa permitía además aprovechar más el tiempo antes de irse a comer.

Las comidas en la Playa, como pudo verse en las referencias históricas de autores, no son nuevas, pero son dignas de mención por todo lo que conllevan. Son casi una filosofía de vida digna de estudio sociológico. Por regla general, los tenderetes los forman familias enormes con hijos, sobrinos, primos y un montón de salvavidas con cabezas de pato que se extienden en la arena junto a tablas de corcho, pelotas, raquetas, dos neveras y varias sombrillas que se cubren con una lona o con las propias toallas, aunque no haya viento. Cuando se inicia el comistraje, los chiquillos son los primeros en caer sobre los platos por dos razones fundamentales. Primero, para las madres quitarse los de delante y comer tranquilas, y segundo, porque cuanto antes coman, antes podrán volver a bañarse. Esta situación lleva a los niños a preguntar cada media hora a su madre si ya ha hecho la digestión y se puede bañar, ante la continua negativa de la madre que no claudica hasta que han pasado dos horas o dos horas y media, según los casos y la comida. Durante ese rato el niño se dedica a pasear por toda la Playa dando el coñazo y buscando quién tenga el reloj más adelantado que el de su madre para poder tirarse al agua.

Mientras, los mayores comen y, cuando terminan, el cabeza de familia se bota en la arena y allí mismo se queda dormido, sin camisa, y en la mejor de las ocasiones, tapado con una toalla, con la arena pegada a la cara que cuando se levanta se le queda como prueba innegable de que ha dado una *cabezada*. A todo esto, las mujeres y uno de los cuñados a los que no le gusta dormir, juegan a las canas o se levantan a compartir con los niños para que se les haga más corto el tiempo que tiene que pasar hasta poder bañarse. Irremediablemente, cuando el niño se puede bañar ya casi llega la hora de marcharse porque el sol empieza a caer, aunque a muchos no les amilana que sea oscuro para seguir con el día de playa, quizás porque saben lo que les espera al día siguiente, lunes.

Las Canteras, plató cinematográfico

A lo largo de su historia, la Playa de Las Canteras ha servido como plató de cine para la filmación de muchos anuncios televisivos o para revistas especializadas de moda y similares. Ha sido carátula de muchos programas y su nombre ha trascendido más allá de La Barra. Cuentan, quizás dentro de una de las muchas leyendas de la Playa, que el propio comandante Jacques Yves Costeau, en sus inicios, llegó a grabar una cinta con los fondos de la dársena que aún conserva alguna familia de playeros, y ha sido demos-

trada la presencia de actores y actrices que han trabajado sobre esta arena. Como dato anecdótico, David Hasselhoff, el popular *vigilante de la playa*, realizó varias tomas en Las Canteras para un anuncio emitido fuera del territorio nacional.

Pero si hay que destacar un rodaje en torno a Las Canteras, donde colaboraron decenas de canarios de una manera o de otra, fue el de la película *Moby Dick*, la popular ballena blanca que bajo la dirección de John Huston se movió por las aguas canarias como si hubiera nacido en ellas. De hecho, nació. El director de la película aprovechó la floreciente industria del Puerto para encargarse de hacer la ballena que solicitaba -que en realidad era un cachalote y que se realizó con un enorme esqueleto de madera cubierto de una goma especial que el director se trajo de Estados Unidos- con la que daba el pego para lo que la quería Huston. Fue la Compañía Carbonera de Las Palmas, perteneciente a la Casa Miller, la que se encargó de hacer la ballena. El taller estaba dirigido por James Stuart Jolly, conocido como Mister Jolly.

La estructura de la ballena se montó sobre varias gabarras de las que se usaban para cargar y suministrar de carbón a los barcos. En una de ellas iba la grúa manual que algunos marineros accionaban y gracias al cual la ballena movía la cola. Igualmente, con el mismo material impermeable, el taller hizo un muñeco que hacía las veces de doble del capitán Achab, cuya pierna había sido arrancada por la ballena, en las escenas más arriesgadas. Sin embargo, Gregory Peck se sometió a cada una de las partes del rodaje, por lo que no hizo falta el muñeco, que se conservaba hasta hace unos años en que, por empeño de los miembros de un barco inglés, los empleados herederos de Jolly se le regalaron.

Los carpinteros de ribera también tuvieron excesivo trabajo en el tiempo que duró el rodaje. Se trataba de construir una serie de barcos que la ballena despedazaba a coletazos, así como las cubiertas del navío. Aquel pudo ser el primer impacto turístico de Las Canteras, por donde era fácil ver pasear a Gregory Peck con Richard Baselart, Leon Genn y todos los actores que componían el reparto. Aunque técnicos, actores, el director, Gregory Peck y todos los que venían para la película se alojaban en los hoteles Santa Catalina y Parque, las comidas se hacían en el popular Juan Pérez, donde aún hoy cuelgan las fotos que así lo atestiguan rubricadas por el propio actor. Algunos de los pescadores de La Puntilla también participaron en el rodaje. Eran los que caían al agua con los coletazos de la ballena, los extras, pero lo recuerdan como si hubieran sido actores principales. Recabando datos para estas líneas, un pescador aseguraba que había trabajado con Gregory Peck. "¿Usted se acuerda de cuando la ballena baja la cola y rompe la barca? Pues el primero que cae al agua soy yo", decía animado.

En el tiempo que los actores estuvieron en torno a la Playa, aunque también se rodaron varias escenas en Las Alcaravaneras, todos tuvieron la ocasión de ver cómo se las gastaban el director y el protagonista. Cuenta Martín Moreno que Gregory Peck era un hombre de mucho carácter, aunque asegura que John Huston "no andaba descalzo". Comentada fue la bronca que el director le echó al actor por llegar tarde. "Se quedó temblando", dice Martín Moreno.

Pero si bien se creó una pequeña industria en torno a *Moby Dick*, no todos estaban tan contentos. El gobernador civil llegó a llamar la atención a los carniceros por el

precio que había alcanzado la carne en la ciudad. Todos quisieron hacer su agosto y los trabajadores de la carne aumentaron de forma considerable los precios del producto dadas las enormes cantidades que se compraban para atraer a las gaviotas y que se quedaran revoloteando sobre el barco durante el rodaje. Hasta las aves echaron de menos que se acabara Moby Dick tan pronto. Probablemente nunca habían estado tan bien alimentadas como entonces.

Siempre a la orilla del mar

Junto a las rocas, la arena, la Barra y el propio Pasco, las pandillas que a lo largo de decenas de años han poblado Las Canteras y marcado sus límites, son una obligada referencia para el conocimiento de la mayor joya natural del municipio y la Isla. Grupos y grupos de jóvenes, algunos ya bastante mayores e incluso desaparecidos, han compartido atardeceres y paseos, tardes de jugar al clavo y membrillos, pesca de cabozos en los charcos y guirreas de bolas de arena, fútbol playero y balón cubo, hoyos y castillos. La Playa estaba perfectamente dividida en dos zonas, siendo el centro neurálgico la Playa Chica, que se aprovechaba de los beneficios de lo que era *Playa Grande*, desde el Muro Marrero hasta La Puntilla, pero que hasta pasados muchos años no gozaba de las simpatías de lo que era la parte más degradada de la Playa, la zona que iba desde Los Lisos, al final de Franchy y Roca, hasta Los Muellitos de La Cicer.

Muchas pandillas se asomaron a los muros de Las Canteras, cada una desde la porción que se había repartido territorialmente durante años y pese a aquellas dos grandes zonas, uno en la zona *deprimida* podía ser de la pandilla de Los Lisos, de Peña la Vieja, de Galileo, de Bello Horizonte, de la Curva de La Cicer, de La Cicer misma o de Los Muellitos. Sin embargo, la solera de toda la Playa correspondía, y así sigue siendo, a Playa Chica y Peña la Vieja, y a pandillas, principalmente de veraneantes, que se juntaban en torno al Reina Isabel.

Desde los años cuarenta ambas zonas tenían sus grupos de amigos fijos a los que, se les viera por donde se les viera en la Playa, se les averiguaba fácilmente la procedencia. Playa Chica tenía entre sus fieles a familias enteras cuya descendencia continúa en muchos de los casos permaneciendo al mismo sitio, como los Marrero, los Farray, los Monteiro, los Quintana, los Roig, los Artiles, los Bolaños, los Tavio y un largo etcétera. Las posteriores presencias de Gregorio Toledo, Pacuco Bello y otra larga lista de personas que se empeñaron en hacer de Playa Chica el centro de Las Canteras, con campañas como *Canario cuida tus playas* y similares, en torno a los primeros años de la década de los ochenta, consiguieron hacer resurgir la zona, que nunca murió, apoyados también por las terrazas que invitaban a quedarse en aquella eufórica zona de Las Canteras.

No obstante estas delimitaciones de las pandillas quedaban descolgadas en cuanto nos encontrábamos a alguno de sus miembros fuera del ámbito de la Playa. En ese momento, el conocido era simplemente *de la Playa*. De Las Canteras surgieron muchos nombres que después se hicieron populares, desde Felo Monzón a los Hermanos Milla-



Las pandillas han estado siempre presentes en la historia de la Playa. En el grupo de jovencitos de la foto, alguno pasa ya de los ochenta años. A su lado, las típicas casetas que las grandes casas inglesas ponían en la Playa para el uso de sus turistas.

res, pasando por los hermanos Cantero, Chirino, los Correa, Padorno, los Benjumea, Elvireta Escubío, Arturo Maccanti, los hermanos Gallardo o los Kraus.

Mucha solera también tiene Peña la Vieja, una de las más grandes zonas de la Playa, puesto que cuando se mira a la Peña desde la orilla, nunca se sabe cuándo está uno enfrente, lo que le da mayor sensación de amplitud. El final de la calle Kant era lugar de paso fijo para quienes vivían en aquellos alrededores, también familias enteras con posterior descendencia que después se ha quedado en la Playa, donde cabe destacar a los hermanos Momo, pescadores de la zona y auténticos dueños en su época de aquella parte de Las Canteras. Era el lugar de las travestías para saber quién podía llegar más lejos a nado. Lo mejor que tenían los que siempre estaban en Peña, que es como conocen al sitio los playeros, era la propia piedra. Si Playa Chica era el punto central de Las Canteras, Peña la Vieja era su corazón, ya que es la roca más grande de toda la Playa y, por tanto, punto de referencia.

Con todos estos antecedentes, Peña la Vieja tuvo su tiempo dorado en la década de los setenta, tiempo que se ha mantenido hasta la actualidad. En aquellos años, decenas de niños se apilaban en corro todas las noches, tras un día de lanzadas de cabeza desde la roca, viajes a La Barra, membrillos y helados y *sebada* de olas a pecho descubierto, para jugar a lo que fuera. Estaban un poco lejos los días de la inseguridad, las agresiones y otras cuestiones actuales, y los padres confiaban en ello y en la cantidad de niños que había, para dejar que sus hijos saltaran y patearan en la arena fría hasta la medianoche.

La década de los setenta tenía como protagonistas a la segunda generación de Peña la Vieja. Era el tiempo de los Miranda, Pepillo el pescador, Alfonso el Rubio, José Tamayo, Antonio García *el Piti*, Marcos, Ulises Montero, otro Marcos, Víctor *el Tarufo*, José Mari *el Patuchas*, Juan *el Pícolo*, el Gadi y un largo etcétera que representaba lo que iba a ser la esencia de quienes pasarían en aquella zona de la Playa. Una sentada sobre la barandilla de madera que se cafa a trozos, guitarra en mano, resumía un verano pasado al aire libre. La segunda generación *bis* estaba compuesta por hermanos y primos de los primeros, casi todos nacidos a finales de los sesenta. Luisillo, Víctor *el negro*, Pepe Collado, Agustín Cabrera, tres o cuatro *joses*, Javi *el Cabozo*, que se comía las gambas y el pan mojado cuando íbamos a pescar, Néstor, Javi Miranda, Pacho, y alguno que otro.

En aquella época, Peña la Vieja quedó como un club privado, donde se permitía la asistencia de otros a la pandilla, pero solamente de paso, un verano o exclusivamente cada verano, pero no tenía el honor de ser considerado un verdadero miembro de la pandilla. Ni un carácter de los que se encontraban cada día y cada noche en la Playa, era igual a otro, razón que indujo a los componentes a pensar qué hacían saliendo juntos. Sólo tres cosas los unían: pasión por la Playa, un equipo de fútbol playero y otro de balón cubo que no perdió jamás un partido jugando contra todas las pandillas de la playa, así como la voluntad de no ir nunca a una discoteca.

Las mañanás eran para la playa, casi sin desayunar y bajando de Farray descalzos y sin camisa para no cargar mucho. El tentempié, erizos y lapas que se comían en La Barra y las tardes-noches eran de guitarra y tertulias, composiciones propias entre veinte, que ya era difícil pero que saltan bordadas, y coqueteos con toda aquella que pasara, algunas de las cuales se quedaron. Los primeros camés de conducir los hicieron reco-

rrer la isla de fiesta en fiesta, como antes habían hecho con mochila y saco de dormir. De la fiesta del Gofio a La Rama, de la Fiesta del Agua al Charco de La Aldea, de las Sanjuaneras de Arucas al Carnaval de Agüimes, y por supuesto, El Pino, con varios intentos de ir caminando desde la Peña que no pasaron de la Plaza del Pilar en Guanarteme, apenas 1.500 metros más lejos.

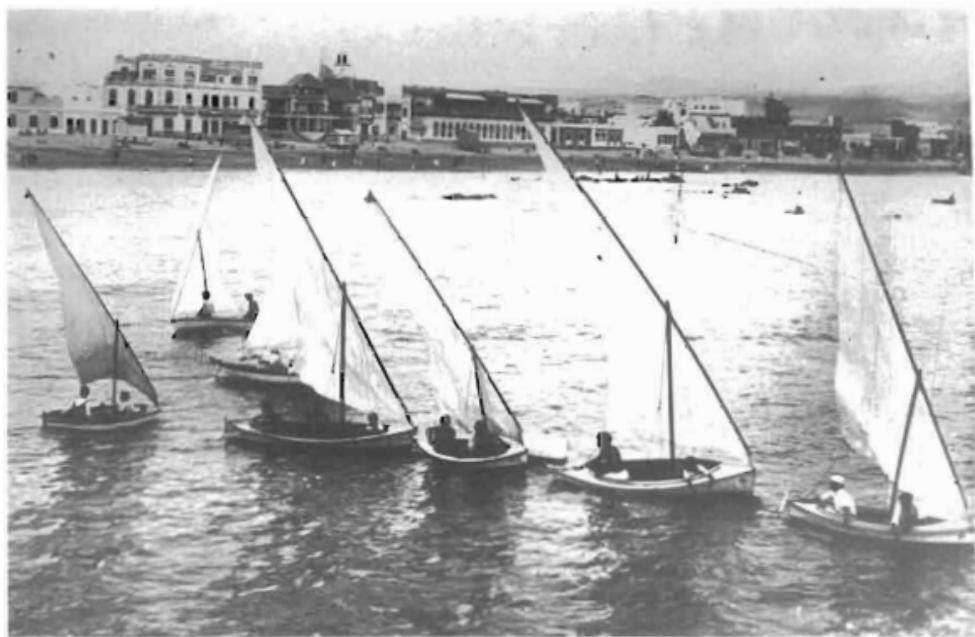
Los años pasaron y esta segunda generación bis, ya unida a la segunda generación, se apiñó aún más. A la segunda generación le ha salido una tercera, de hermanos aún menores, ya nacidos en los años setenta, que mantienen vivo el espíritu de Peña la Vieja, que para los que allí estábamos venía a simbolizar la amistad misma que antes y en otras zonas de la playa habían tenido nuestros padres. La nueva generación es la de *Los Palomos*. Pero lo bueno es que viene preparándose la cuarta, con los hijos de aquellos que pertenecían a la segunda y la segunda bis, circunstancia que nos permite ver aún más cuántos años estuvimos pegados a aquella roca, cuántos paseos por Las Canteras, cuánto fútbol y cuántas olas cogidas en reboso junto a la Peña la Vieja. Pero lo más curioso es que los mayores de ahora, antes niños, sabemos perfectamente que dentro de poco será la sexta generación la que viva a orillas de la Playa, y luego la séptima, antes de la octava, y así por siempre. Y ellos ni siquiera llegan a plantárselo.

El deporte en la Playa

Como ya es sabido, los primeros años de la Playa no tuvieron nada que ver con los baños de mar que ahora practicamos, y ésta fue una enseñanza que nos trajeron aquellos ingleses que comerciaban con nuestra agricultura y nuestro Puerto. Entre tanto, los años pasaban y los canarios tenían la Playa para mucho más que para pasear. Aún los extranjeros venidos de aquí y allá no nos habían impuesto sus modas de tumbarse al sol por el simple placer de quemarse, y las visitas a Las Canteras tenían un componente más lúdico y deportivo que de coquetería, como puede ser en la actualidad, por aquello de broncear los cuerpos y destacar nuestro tueste en las noches de farándula.

Los canarios ya se ponían morenos en la Playa, dependiendo de la época y del bañador, pero lo hacían de una manera más natural, durante el desarrollo de una serie de actividades que no escapaban de la brisa marina, del sol y de las gotas salobres actuando como lupas sobre los improvisados deponistas. Probablemente, el primero de los deportes que se practicó en Las Canteras fue el fútbol, por aquello del deporte rey y por contar con una raijambre mayor entre los ciudadanos, pero cabe destacar otras actividades como, por supuesto, la natación.

Las Canteras fue el criadero de muchas de las figuras que después recorrieron el país y algunas de las cuales lo representaron en acontecimientos internacionales. Muchos clubes, el Marítimo, el Victoria o el Club Natación Atlántida, tuvieron su sede al borde del mar y, con semejante piscina, era lógico que dieran lugar a campeones y excelentes nadadores que nunca llegaron a competir. Los clubes se fueron potenciando y así salieron nombres como los hermanos Hernández Pulido, Rafael Miranda; poste-



Las regatas de balandros eran frecuentes en la Playa. En la orilla pueden verse las casetas de madera para cambiarse. Corría el final de los años 20 y ya estaba presente la Clínica de San José y otros edificios significativos.

riormente, los Torrent, Morrison y hasta los hermanos Millares, Martín Chirino, etcétera. El Marítimo llegó a tener en sus filas a un nadador, aunque éste se forjara en Las Alcaravaneras, Manolo Guerra, que fue el primer español que bajó del minuto en los 100 metros libres y otros grupos de nadadores que entrenaban con Quique Martínez en la playa cuando no encontraban piscina disponible.

El mayor entrenamiento, sin duda, eran las populares travestías que aún hoy continúan celebrándose, entre la Peña de la Vieja y La Puntilla. A base de luchar contra la corriente en muchas ocasiones, cuando se llegaba a la altura de los pasadizos, los nadadores playeros fueron ganando fuerza que después demostraron en las piscinas. Tampoco faltaban en Las Canteras los partidos de waterpolo, con las yolas y balandros delimitando el terreno de juego, e incluso hubo algunos socios del PALA que quisieron poner de moda el waterpolo en la arena, igualmente sacrificado, en tanto que se tenía que jugar de rodillas corriendo detrás de la pelota, lo cual no dejaba de tener su mérito.

La vela ha ocupado también un lugar importante en la Playa. Desde las regatas de yolas, una especie de piragua, o los balandros, hasta llegar a los optimist en cuyo impulso tanto tuvo que ver el Club Victoria. Hasta los años cincuenta se celebraban casi todos los domingos las regatas de botes con vela latina, más pequeña que las de los botes de esta categoría en la actualidad, con algunos batquillos famosos como *El Express*, *El Coyote*, *El Dante* o *La Buceta de Amante*, hasta llegar al wind surfing, más propio de las últimas décadas. Lo mismo ocurrió con el surf. Antes de que a nadie se le pudiera ocurrir subirse a una tabla de este tipo, los playeros ya conocían un anuncio. Era tan fácil como nadar unas brazadas por delante de la ola y después, con las manos juntas, dejarse arrastrar por la masa de agua. Lejanos los tiempos de las figuras sobre las crestas de las ondulaciones marinas, en aquellos tiempos se trataba solamente de llegar hasta la orilla. Los revolcones eran populares y peligrosos en ocasiones y todavía no se conoce a nadie que después de una jornada de *sebada* de olas llegara a su casa sin un mondongo de arena colgándole del bañador como a los niños chicos con los pañales cuando no han podido llegar a tiempo al baño.

Posteriormente, a lo que se conocía con el nombre de *sebar olas* se le añadió una tabla de madera, lisa y sin más indicativos, con los que se realizaban las mismas prácticas. Los más pequeños pasaban una especie de acceso a las olas sobre las peñas de Los Lisos, con las camisetas puestas a fin de no rasparse, pero que poco podían hacer cuando la tabla se iba de punta y quedaba irremediablemente clavada en el pecho del peculiar surfista. Con el tiempo llegaron las primeras tablas y se pasó a La Cicer que, al no tener Barra que la protegiera, levantaba las olas más grandes de la Playa. Allí, con la llegada de las deslizadoras, los novatos se iniciaban intentando cabalgar primero sobre la espuma de las olas que ya habían roto, para después incorporarse al Océano en pleno.

Cuando ya se dominaba el arte, se podía optar por otros lugares como La Barra, el Muro del Lloret o incluso El Confital, que se destaca en las revistas especializadas por la perfección de la ola que, no obstante, no está al alcance de cualquiera. Y como punto máximo, ya fuera de Las Canteras, la punta de Las Monjas, más allá de El Confital, donde sólo algunos atrevidos y realmente expertos son capaces de poner en remojo sus tablas cuando el mar deja ver los rompientes desde cualquier punto de la Avenida.

Al ir la Playa llenándose de turistas y de residentes que optaban por los baños de sol frente al deporte, el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria fue destinando La Cícer para el juego playero. Al parecer, a los usuarios no les hacía demasiada gracia que por encima de sus toallas pasaran los más pequeños emulando a los monstruos internacionales, o que una pelota les rebotara en la cabeza como si fueran un cartel de publicidad estática en un estadio cualquiera. Todo el que ha jugado al fútbol en la Playa sabe perfectamente lo que es tirarse al agua con la pelota mientras el guardia desde el Paseo solicitaba que le fuera entregado el esférico y, con el silbato, a modo de árbitro, dejaba entrever que el partido había finalizado. Muchos fueron los policías que persiguieron a los chiquillos en la playa por quitarles un balón, y muchos también los que no lo consiguieron. Además, cuando veían las pandillas tumbadas en la arena, aún jadeantes por el esfuerzo, algunos, conscientes de que se estaba jugando a la pelota, se apostaban en la barandilla ante la impaciencia de la chiquillería, ansiosa por reanudar, a un *pique*, el partido que les había sido ininterrumpido.

En La Cícer hoy se disputan algunas de las *pachangas* más sabrosas de Las Canteras, como antes se realizaban los campeonatos veraniegos de Playa Chica o Peña la Veja, en los tiempos en los que la Asociación de Amigos de la Playa tenía a los chiquillos entretenidos durante todo el verano con algún tipo de actividad. Sin embargo, con los nuevos tiempos, también han llegado los deportes nuevos, desde el *platillo*, que si bien antes era sólo un juego, se convirtió en La Cícer, entre los surferos, en toda una competición, hasta el balón cubo, una especie de rugby aún más duro que éste porque en la playa vale todo, que consiste en introducir el abombado balón en unos baldes que previamente han sido enterrados en la arena, pasando por el voley-playa que tan bien ha logrado incluirse entre los deportes playeros.

Llamar deporte a la pesca que se hace en la Playa quizás no sea demasiado correcto, pero sí que era un entretenimiento importante. Desde chiquillos, pegados a Los Lisos con un trozo de liña al que se había pegado una boya de corcho con la cabeza roja, tres plomos pequeños y un anzuelo, los cabozos eran la pieza codiciada y, si se terciaba, una barriguda se convertía en la nota de color al balde lleno de agua salada donde se amontonaba la pesca. Con otro nivel se realizaban los campeonatos de pesca que hacían salir a la orilla panchonas, viejas, lebranchos, gueldes, sargos y otras especies que ya casi ni se ven, y que, entonces sí, tenían el carácter de deporte. Los fondos marinos eran igual de visitados que las orillas, y con unas gafas y un tubo, ni siquiera aletas, la mayoría de los visitantes de Las Canteras se ha dado un paseo para ver qué descubría.

El paracaidismo deportivo, el buceo deportivo, el ala delta, parapente, etcétera, han guardado posteriormente estrechos vínculos con la Playa, donde también se batió un récord mundial de buceo en apnea, lo que se podría denominar aguantar la respiración al máximo, a cargo de un italiano invitado para la hazaña por la Federación Española de Actividades Subacuáticas. Un espacio para casi todo y casi todas las posibilidades en un mismo espacio donde, no obstante, el aumento del número de aquellos que optan por ir a la Playa para tomar el sol se ha ido imponiendo sobre los que prefieren practicar cualquier deporte.



Iralcable, el gran edificio donde llegaba el cable de telégrafos que conectaba con Tenerife. En su lugar de ubicación, justo al lado de la curva de La Cícer, un edificio de apartamentos lleva su nombre.

Las construcciones no turísticas

Además de las primeras casas que se establecieron en Las Canteras a medida que avanzaba el siglo, otra serie de construcciones que no tenía que ver con el turismo, lograron ser los lugares de referencia a lo largo de todo el Paseo. De La Puntilla a La Cicer, en cada tramo había un edificio singular al que referirse para dar un punto de orientación a un amigo o a un perdido en ese mundo aparte en que se iba convirtiendo la Playa. Muchos de ellos, la mayoría, fueron cambiando de uso, desde el Colegio Santa Catalina, que inició su andadura en el local que hoy ocupa la heladería Peña la Vieja, al cine-teatro Hermanos Millares, donde se levantó el hotel Imperial Playa, el Club Pala, en lo que hoy es la terraza del Reina Isabel, la Casa Regional Valenciana, el bar Toledo, las Cuevas, y otros muchos de los cuales hoy apenas quedan algunos recuerdos de una época especialmente dorada de Las Canteras.

Pero el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria salvó algunas construcciones de la quema, y en un bando publicado por el alcalde de la ciudad el 7 de agosto de 1985 en la prensa local, se recoge que quedarán suspendidas las licencias de demolición, construcción y reforma por su posible valor histórico, de una serie de edificios entre los cuales destacan el edificio de la Comandancia de Marina; el Hospital San José; el inmueble del Paseo de Las Canteras, 15; la casa China en la esquina con Luis Morote; Las Canteras, 37 esquina Sargento Llagas; Las Canteras prolongación de Grau Bassas, 60 esquina a Sargento Llagas, y los inmuebles de los números 53, 54, 72, y 73.

Muchas de estas construcciones aún perduran en la memoria de los ciudadanos. Cada una tiene su historia, sus recuerdos y tuvieron su razón de ser en la Playa de Las Canteras hasta que el tiempo cambiante las hizo desaparecer de la misma manera que habían venido. Algo parecido le ocurrió a la denominada Casa de la Kikara que desde los años treinta, aproximadamente, se alzaba en La Puntilla con la fachada al mar, un jardín, una escalera de barco y un salvavidas, perteneciente a Enrique de la Peña, que la usaba para veranear con su familia. O con el hospital Reina Victoria, la caseta Gran Canaria de Mr. Seddon, donde se tomaba el té a las cinco, o la escuela de Doña Librada Alvarado, por donde desfiló media Isleta antes de que desapareciera de La Puntilla.

Italcable

A finales del siglo XIX es introducida en Las Palmas la tecnología europea, basada fundamentalmente en el campo energético y el de las comunicaciones. A lo que supuso la instalación del tranvía a vapor en 1885 por los hermanos Luis y Juan Bautista Álvarez, previamente hubo que tener en cuenta en 1883 la expansión en el campo de las tecnologías relacionadas con las conexiones exteriores.

En 1883 se inauguró el cable telegráfico submarino Cádiz-Canarias. Según recoge en su libro sobre la ciudad Alfredo Herrera Plqué, su instalación fue cedida primero a dos concesionarios particulares y pasó luego a la India Rubber and Gutapercha Weck,

que la traspasó luego a la Spanish National Submarine Telegraph Ltd. El cable comunicaba el Archipiélago con la Península y a las Islas Canarias entre sí. El enlace desde Tenerife alcanzaba a la Playa de Las Canteras con la sede del edificio Italcable, y el que comunicaba con Lanzarote partía desde el litoral de Santa Catalina, por lo que existía otra central de la empresa en el parque Santa Catalina.

Los que recuerdan la casa de Italcable en Las Canteras, a la altura de la actual calle Gravina, no han podido olvidarla. Se trataba de una enorme construcción con una enorme terraza y grandes también sus habitaciones llenas de ventanas con contraventanas de madera y un suelo de baldosas antiguas que resultó sepultado cuando se produjo su demolición. En el piso de abajo se ubicaba la sala de máquinas, donde los telégrafos trabajaban día y noche para comunicarse con todo el mundo, y en su trasera un gran terreno de arena donde los chiquillos jugaban a cualquier cosa que les viniera en gana. Las familias de algunos de los jefes de Italcable, fundamentalmente italianos, se habían establecido en la casa y de ella disfrutaban, lo mismo que de las pistas de tenis que la empresa se había hecho construir en lo que llamaban *La gota de leche*, después reformatorio y actualmente Escuela de Artes Aplicadas, donde disputaban sus partidos con los ingleses radicados en la Isla.

Los telegrafistas se permitían el lujo de tertuliar en las puertas de Italcable con este o aquel y, como en el Oeste que se nos presenta en los largometrajes, corrían hacia las máquinas cuando éstas hacían el más mínimo ruido por si alguien precisaba conectarse de manera urgente con algún vecino de la zona. Italcable desapareció con el avance de la tecnología y como no, con el del Paseo de Las Canteras, dejando un recuerdo agradable entre aquellos que la conocieron que, sin embargo, no han podido olvidar de qué manera el enorme edificio miraba al mar como si adivinara las noticias que le iban a arrojar las máquinas que albergaba en su seno. En su lugar de ubicación se levanta ahora un edificio de apartamentos que lleva su mismo nombre.

La Clínica San José

El 10 de agosto de 1895 tuvo lugar en la Playa de Las Canteras, en un solar cedido por Bartolomé Apolinario Macías y su cuñado, Antonio Gómez Navarro, la colocación de la primera piedra de la escuela y clínica San José, edificio señero de cuantos se han construido a lo largo de la historia de la Playa, y que aún hoy continúa en pie tras desarrollar una importantísima labor, aunque la obra tardó años en base a la oposición que recibió entonces. La filosofía de la casa asilo, recogida en una escritura de 1896 se basa en "llevar al seno de la familia obrera los principios de la religión católica por medio de la infancia, y ayudar al obrero y a los suyos en los accidentes de trabajo y enfermedades que sufran, sosteniéndoles en la práctica y ejercicios de las virtudes cristianas".

Finalmente, y después de estar mucho tiempo ubicados en la calle Juan Rejón, donde se fundó en 1891, el 18 de julio de 1900 se trasladan los servicios de la casa-asilo,



El barquillero ha dejado sus años en la arena de la Playa. Cada una de las ondulaciones de la arena tiene su huella desde los años 30 hasta la actualidad, para delicia de los más pequeños.

-entendiéndose asilo según la acepción de dar cobijo-, a su definitivo edificio. En 1903, el doctor Apolinario expresa que como consecuencia de la epidemia de viruela tuvo que cerrar las escuelas, ya que era imposible con el mismo personal atender a enfermos y alumnos. Por ello se facilitó en 1905 la instalación de los padres franciscanos junto a la casa asilo, de la que hace recepción el popular Padre Cueto, que destaca que se construiría una casa para la residencia de estos religiosos "para atender a la administración espiritual de los enfermos que solicitaren sus auxilios, en la casa asilo, y gratuita instrucción y educación de la juventud y la clase obrera del Puerto de La Luz".

Bartolomé Apolinario fue un queridísimo doctor de esta Isla al que la ciudad de Las Palmas mostró su gratitud como consecuencia del auxilio prestado a las víctimas del que ha sido probablemente el mayor desastre naval que haya conocido esta capital. Se trata de la colisión, en septiembre de 1888, de los trasatlánticos La France y el Sud América italiano en la que fallecieron decenas de personas y en el que la que el doctor atendió a cuantos pudo. El hecho de que el Puerto de La Luz, con tanto movimiento, no contara con un lugar donde el obrero y el visitante o marinero que arribase enfermo encontrara alivio a su enfermedad, motivó finalmente al médico a fundar la casa-asilo, cosa que hizo en 1891 cuando, en su condición de primer teniente de alcalde del distrito, tuvo que hacer un reconocimiento de la zona.

En marzo de 1896, el doctor Bartolomé Apolinario -cuyo nombre forma parte de un tramo de la Avenida de Las Canteras en reconocimiento a su labor- dona al Obispo de la Diócesis, el Padre Cueto, calle en la que se ubica ahora la entrada de la clínica y la casa de los Padres Franciscanos, los solares antes referidos bajo la condición de que "si algún día y por cualquier evento la casa-asilo San José no pudiese continuar su misión, es voluntad expresa de los donantes, que el edificio no ha de destinarse a ningún otro objeto, debiendo procederse a su realización para inverñerse en favor de los establecimientos benéficos, mejorando sus condiciones o creando nuevos pabellones, que deberán precisamente ponerse bajo la advocación de San José".

Bartolomé Apolinario cumplió su idea de "yo quisiera que esta casa tuviese acceso libre para aquel que sufre, sin otro requisito que atravesar sus puertas", filosofía con la que ha seguido el Patronato que dejó a su cargo en el momento de su fallecimiento que, de forma inesperada, se produjo en 1929 después de haber dedicado 39 años de su vida a su fundación. Fue un hombre bueno que hizo especial hincapié en cuidar del obrero "al que es de justicia devolverle en auxilios su cooperación a nuestro bienestar", o a los niños pobres "a los que se les prestará especial atención dándole sus cuidados para destruir el germen que amenaza su vida".

Su labor fue reconocida a título póstumo, lo mismo que en la figura de su hijo, Juan Francisco Apolinario, continuador de su obra. La Asamblea Suprema de la Cruz Roja le concedió en 1897 la posibilidad de que el edificio pudiese lucir el emblema de la institución y dándole la Gran Placa de Honor y Mérito; el rey don Juan Carlos concedió a la fundación el ingreso en la Orden Civil de la Beneficencia, y el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria le hizo Hijo Predilecto y aprobó en pleno la colocación de un busto en la Avenida de Las Canteras a la altura de la Clínica.

El Real Club Victoria

El Real Club Victoria se fundó el 8 de julio de 1910, al formarse una comisión gestora integrada por don Alejandro Grau-Bassas, don Eugenio Hernández, don Francisco Jorge, don Francisco Melián, don Enrique y don Jorge Rancel. Estas personas fueron las encargadas de redactar unos estatutos para la continuación de la sociedad denominada Sporting Club Victoria, un nombre que le duró solamente trece años, ya que en 1923 fue elegido presidente de honor de la sociedad Su Majestad Alfonso XIII, que aceptó el nombramiento, y por lo que el club pasó a denominarse Real Club Victoria. En el año 1973 esta presidencia le fue ofrecida a Su Majestad Don Juan Carlos de Borbón, quien también la aceptó como hiciera su abuelo.

Antes, en 1907, Pepe González había fundado un equipo al que llamó el Victoria, con jugadores del Puerto de La Luz, fundamentalmente. Pero el equipo se desvinculó del Real Club Victoria al fusionarse con otros clubes de categoría regional y dar origen así a la actual Unión Deportiva Las Palmas, aunque después, dado el auge que obtuvo la sociedad en el terreno cultural y deportivo, se procedió a la reforma de los estatutos para acoger estas actividades.

El Real Club Victoria, a la orilla de la Playa en la zona de La Puntilla, ubicado en un edificio construido por Miguel Martín Fernández de la Torre, ha representado la importancia que las sociedades tuvieron en Las Palmas de Gran Canaria en la primera mitad del siglo, fundamentalmente, aunque sus actividades no sólo no han decaído con el paso del tiempo, sino que podría decirse que se han incrementado. Con la constante preocupación de la Playa de Las Canteras en cada momento, el Victoria, como popularmente lo conocen los playeros, se ha encargado de hacer notar que esta vivo y por muchos años.

A este club, al que pertenece aún buena parte de la vecindad de La Isleta, el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria lo reconoció como entidad de importancia en la vida cultural de la ciudad, junto a otras entidades no menos importantes como el Real Club Náutico, la Real Sociedad Económica de Amigos del País o el Gabinete Literario. Precisamente el hecho de que el istmo hiciera pasar al Real Club Náutico a la Playa de Las Alcaravaneras, contribuyó a que el Real Club Victoria le diera prestancia a la playa capitalina de Las Canteras, junto a otras sociedades que entonces figuraban en primera línea del Paseo.

El Real Club Victoria cumple en 1995 los 85 años de edad, y continúa desarrollando una labor importante como es la enseñanza de la vela a los más pequeños en la bahía de Las Canteras, y que se verá reforzada con la próxima inauguración de una escuela de vela en la plaza de La Puntilla que ahora está siendo remodelada. Igualmente ha recuperado para los más playeros las tradicionales travesías a nado que dan comienzo a la altura del club en La Puntilla y tienen como meta la Peña de la Vieja.



Casi todos los deportes estaban presentes en Las Canteras. En la foto, algunos botes y balandros transportan al público y al árbitro de un partido de waterpolo.



La Cicer se construyó en las afueras de la ciudad, pero el descubrimiento de la Playa la fue incluyendo en la trama urbana, a la que durante mucho tiempo le dio luz.

La Cícer

Además de la industria relacionada con el pescado, como la que estuvo muchos años instalada en La Puntilla, la Playa de Las Canteras fue el origen de otro tipo de industrias que, con el paso del tiempo, han dado lugar a relevantes empresas radicadas en Canarias. Sin ir más lejos, en la zona de La Cícer destacó la presencia de unos artesanos que se dedicaban a fabricar sogas que iban trenzando pacientemente con unas, ahora casi diríamos que primitivas, máquinas giratorias. Formaban parte del paisaje lo mismo que los pescadores que tendían sus redes en la arena para coser los rotos que se provocaban contra el marisco del fondo de esta parte del Atlántico. Aquellos artesanos de la soga crecieron y fueron haciendo nuevas inversiones cada vez más importantes hasta convertirse en la actualidad en una empresa que no pasa desapercibida y cuyos orígenes cuesta imaginar. Se trata de Alcorde, cuyo anagrama aún deja entrever aquellas muestras de los duros comienzos.

La Cícer como tal destacó con creces en la Playa de Las Canteras. La Compañía Insular Colonial Electricidad y Riegos, S.A., montada por una sociedad alemana dirigida en un principio por Gustav Winter, no pretendía, ni mucho menos instalarse al borde de Las Canteras. Se podría decir que fue la conformación urbanística la que dejó la playa a sus pies. La central, en realidad, cuando se inauguró en 1928 lo hizo en las afueras de la ciudad en un descampado donde no había viviendas, sobre un solar de 16.000 metros cuadrados.

Por aquel entonces, sólo distribuía electricidad a los vecinos de la capital, ya que en los pueblos se conseguía mediante grupos autónomos hasta que la industria fue ampliando su red en torno a la cuarta década del siglo, llegando a Telde, Vecindario y unos años más tarde a Guía y Gáldar. Cuando se rozaba ya los años 30, la maquinaria que tenía La Cícer estaba compuesta por tres turbinas de vapor que funcionaban por medio de carbón con una potencia de 9.000 kilovatios, hasta que el progreso los llevó a quemar fuel oil, siendo sustituido posteriormente por gasoil.

En el año 50 llegan contratados dos técnicos suizos, Federico Osterwalde y Enrique Hunter, para hacerse cargo de las nuevas instalaciones y del mantenimiento de la central, bajo la dirección del ingeniero industrial Rafael Hernández. En el año 1958, el ingeniero Antonio Marrero Bosch ocupa el cargo de la dirección hasta el año 1966. Por esta época se realizan los trabajos para la instalación de una gran tubería para la toma de agua salada que se usa para enfriar las turbinas y es devuelta de nuevo al mar. En esa salida se originaba a los pies de la fábrica un enorme hoyo al que popularmente se le daba el nombre de *chupadero*, donde los chiquillos se metían en grupo cuando ya caía la tarde para darse un baño de agua caliente y volver a sus casas urinando.

Igualmente se construyó un canal y un dique de escollera que aún permanece para llevar el agua hasta la central. Como consecuencia de este dique, a los pocos años se pudo apreciar un aumento de la arena en la zona y por consiguiente una gran superficie de arena que venía a sustituir a las piedras y la arena negra. En la zona de La Cícer, donde La Barra no había emergido como en otros puntos de Las Canteras, el dique construido para llevar el agua a la central hizo las veces de pared de contención.

Durante su existencia, La Cícer compitió con la Sociedad de Electricidad de Las Palmas montada por don Eusebio Navarro, pero en 1932 ambas empresas dejaron de hacerse la competencia y se fusionaron para constituir la Unión Eléctrica de Canarias (Unelco), que llevó una vida lánguida durante algunos años hasta que en 1970 el Instituto Nacional de Industria se hizo cargo de ella iniciándose una nueva etapa en la historia del suministro eléctrico en la Isla, hasta llegar a nuestros días en que se está exportando tecnología a otras partes del mundo. Después de muchos servicios, La Cícer ahora está paralizada, y sólo entra en funcionamiento en contadísimas ocasiones para cubrir necesidades extremas.

La caseta de Galán

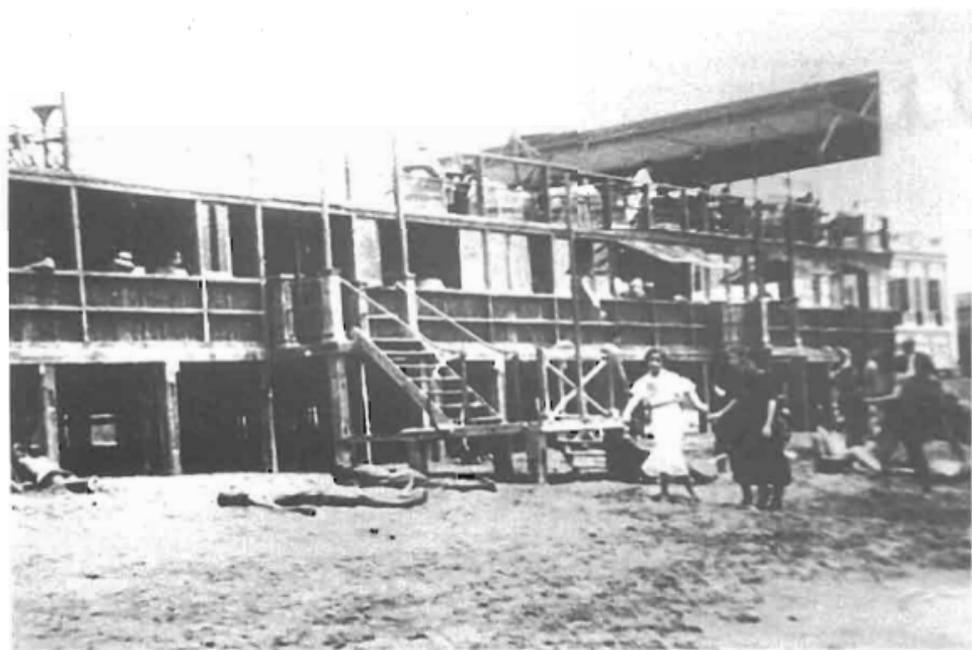
La caseta de Galán, construida a pie de arena en Las Canteras a la altura del bar Toledo un poco antes de llegar a la calle Tenerife, era obligado punto de referencia en la Playa. La construcción, hecha de madera, cumplía las funciones de balneario y de una especie de merendero. Allí, los primeros veraneantes de la Playa, en torno a los años 20, se cambiaban sus trajes por un bañador que cubría algo menos que su vestimenta civil, aunque no eran muchos los que aprovechaban la bahía entonces para nadar como ahora se hace.

Antonio Galán era un peninsular que se había acercado a la Isla buscando las bendiciones de su clima y establecer un negocio que en poco tiempo fue popular en la Playa, principalmente entre los visitantes, ya que los naturales de la tierra poco la usaban a no ser como lugar donde tomar algo y comer. Pero la caseta cerró llegada la guerra y con el tiempo desapareció, según algunas fuentes, víctima de un incendio.

En la misma época, en torno a 1928, según la iniciativa del cónsul de Uruguay, al que los que lo conocieron lo describen como "un hombre alto con un coche Amilcar que paseaba por la ciudad", se construyó en Las Canteras un pequeño inuelle, como una pasarela, que servía para acceder a El Sensat, un bergantín también conocido como El Pontón. En aquel barco, que conoció tiempos de gloria, un grupo de cien socios fundadores estableció el Club Natación Las Canteras y allí acudían jóvenes, y no tan jóvenes, que lo convirtieron en un yate de recreo.

El Sensat, de unas 180 toneladas, prestó largos servicios a su propietario. Tomás Bosch y Sastre, un marino y comerciante mallorquín que se estableció en 1863 en la ciudad. Fue adquirido en 1890 y el valor de tasación fue de 10.000 pesetas al pasar a sus herederos. Sin embargo, el barco costó a los fundadores del club de natación, unas cien personas, la cantidad de 2.500 pesetas que Miguel Marín Fernández de la Torre entregó a Antonio Gómez Bosch en representación de los herederos, con la presencia de Cástor Gómez Navarro.

Uno de los entretenimientos de entonces era nadar hasta El Pontón, aunque en ocasiones salía una barca de madera para aquellos que preferían abordarlo sin necesidad de mojarse. Cuentan los pescadores más viejos de La Puntilla que un mal día el



La Caseta de Galán , un balneario enorme de madera donde antes de la Guerra se podía disfrutar de la vista, cambiarse de ropa, picar algo o comer (Foto: Fernando Paetow)

Seasat embarrancó como consecuencia de un temporal. Ante la imposibilidad de sacarlo de donde estaba por no poseer las máquinas adecuadas, el Ayuntamiento decidió que se desguazara donde mismo había quedado semienterrado y se hizo en aquella parte donde fue posible, fundamentalmente en la parte superior del barco. En cuanto a los restos, casi a ras de la arena, el Ayuntamiento ordenó que fueran tapados, dejando el barco enterrado, como aún continúa, debajo de la playa, frente a lo que hoy es el Hotel Meliá Cristina, aproximadamente.

El cine Hermanos Millares

Las construcciones de tipo cultural en Las Canteras fueron consecuencia casi siempre de las ideas de algunos grupos de amigos que compartían aficiones comunes y que después plasmaban en proyectos que resultaban ser exitosos. Quizás se debía a la Playa su unión o quizás a que en la época en que se desarrollaban estos proyectos, algunas de las cosas que hoy están a la orden del día pasaban desapercibidas para los jóvenes de antaño. Algo parecido fue lo que pasó con el cine teatro Hermanos Millares.

El cine Hermanos Millares se inauguró en 1931 y la idea partió de un grupo de amigos que antes habían constituido la sociedad Dos de mayo. De esa sociedad salieron Antonio Rodríguez, Francisco Prieto, Domingo Hernández, Juan Rodríguez y Barreto, que arrendaron el teatro-circo al que popularmente se le conocía con el nombre de el *teatro viejo*. Todos los amigos trabajaban, y eso les permitió adquirir un solar en Las Canteras que primero habían pensado para conscribirse una vivienda cada uno y vivir así cerca el uno del otro. Pero la idea de uno contagió a los demás y finalmente acabaron construyendo el cine-teatro Hermanos Millares que el maestro de obras Nicolás Acosta levantó en poco tiempo.

Así las cosas, en el año 1931, con el cine mudo aún mandando en el mundo del celuloide, se inauguró el Hermanos Millares con la película *Asfalto*, seguida de muchos títulos hasta que la llegada del cine sonoro permitió emitir en el Millares la película *De frente, marchen!*, con Buster Keaton, en un acontecimiento que todavía no se le ha olvidado a los más mayores. El párroco de La Luz en aquella época, Antonio Mayor, llegó a excomulgar en medio de una misa a los propietarios del cine-teatro por haberse atrevido a proyectar la película *Gilda*.

Pero el cine, con sus dos sillas reservadas en primera fila con una cadena para la pareja de policía, estaba preparado también para acoger las representaciones teatrales, revistas musicales, recitales de poesía, etcétera. Todo el mundo tenía su oportunidad y personas como Mari Sánchez, que había empezado en el teatro circo, Paquita Mesa con sus espectáculos que montaba con los más jóvenes, Pancho Guerra, o Víctor Doreste, con sus obras representadas por el cuadro Atenas donde participaban actores y actrices como Martín Moreno, Capitolina Gaspar, Resurrección Acevedo o José Ariles, supieron aprovecharla.

En tiempos de la posguerra se hizo una revista musical que después del Cuyás pasó

al Hermanos Millares y que fue muy popular. Se trataba de *Al llegar la primavera*, un éxito que dio mucho que hablar. El Millares era el cine y el teatro del pueblo, donde se ponían de manifiesto las inquietudes de unos jóvenes que habían encontrado en el aspecto cultural la mejor manera de pasar el tiempo que una guerra civil se encargó de secuestrarles.

El teatro-cine Hermanos Millares se cerró el 23 de enero de 1968, aunque el último pase fue el 30 de noviembre de 1967, proyectando *Brigada criminal*, con Kirk Douglas de protagonista como última sesión de lo que había sido la forma de entretenimiento de muchos de los jóvenes y no tan jóvenes de la época. La llegada de la televisión restó protagonismo a los cines desde el año 64 y a los dueños que quedaban aún con vida les interesó el dinero y se liquidó. En el mismo lugar donde estaba ubicado comenzó un joven arquitecto, Félix Juan Bordes, a desarrollar uno de sus proyectos, al que seguirían docenas, que unos empresarios sufragaban con vistas al boom turístico: el hotel Imperial Playa.

El Club PALA

Con el auge de la Playa de Las Canteras por los años 30, un grupo de amigos decide constituir un club para fomentar las prácticas deportivas, recreativas y culturales de la zona. Los promotores de la idea, Francisco Martín Rivero y Manuel Rivero Sánchez, instalaron el club en lo que hoy son los jardines del hotel Reina Isabel, denominado Peña Atenco Los Amigos, que son las siglas de PALA, nombre por el que fue más popular entre los jóvenes de la época.

El Club PALA nació con la intención de aprovechar el mar en todas sus facetas y así su primera época fue eminentemente deportiva y recreativa. Sería en los años 40 cuando realmente puede decirse que llegó la gran explosión y los socios se incrementaron de treinta a cuatrocientos, hasta el punto en que llegó a tenerse que limitar la entrada por el auge de la sociedad. El club contaba entre sus socios con personas que, sin ser de clase alta, mostraban diferentes inquietudes por lo cultural y por la posibilidad de poder hacer públicos sus conocimientos y compartirlos con los demás.

Su espacio era un solar descubierto en su mayor parte, donde los socios inventaban los escenarios, arreglaban y decoraban sus paredes para cualquier estreno o convocaban en un momento las sillas que hiciera falta para asistir a un determinado acto, estando dotado además de espacios fijos tales como biblioteca, apartado para juegos como el ajedrez o el billar o el de la orquesta, que lo mismo se transformaba para una exposición que para una conferencia.

Las fiestas, según recogen algunos recortes de periódico consultados, fueron uno de los grandes atractivos de la sociedad. Los socios, recién salidos de una Guerra Civil, buscaban diversión y esparcimiento donde fuera, y cualquier época era buena para dedicar una jornada bullanguera a San Antonio, la Primavera, a los trajes o al Otoño, popularizando los bailes domingueros a los que los jóvenes de entonces llamaban *asaltos*.



El teatro Hermanos Millares, cuando aún no estaba construido el Paseo. Se inauguró en 1931, cuando el cine era aún mudo, con la película *Asfalto*.

Asiduo al Club PALA resultó ser Néstor Martín Fernández de la Torre, que solía aprovechar aquel espacio cultural para dar muchas charlas. Como consecuencia de esta vinculación con el Club, en el año 1935 preparó una cabalgata ofreciendo a todos los clubes de las inmediaciones la tela necesaria para que cada cual se hiciera su traje típico, ya que en aquel entonces el popular pintor se encontraba en plena tarea de investigación sobre la vestimenta de los isleños. La cabalgata huelga decir que fue un éxito con tan empeñado director y tantas personas dispuestas a secundarlo.

Pero la crisis llegó también al Club Pala y muchos socios se dieron de baja, con lo cual el club fue a menos. La presión posterior de los propietarios del solar por darle liquidez hicieron subir tanto las cuotas que se hizo insostenible hasta que a finales de los años 50 se entregó la casa. En su solar hoy se levanta el hotel Reina Isabel.

El colegio Viera y Clavijo

A tres personas se debe la fundación del colegio Viera y Clavijo, en los alrededores del hotel Reina Isabel, donde hoy se levanta un edificio de apartamentos: Santiago Sánchez Yáñez, Pedro Cullen y Juan Andrés Melián. Se trataba del colegio de la zona donde iban a recibir educación los hijos de quienes por allí vivían y, pese a que desde el año 1932 ya funcionaba el centro como tal en la calle Obispo Rabadán, en Las Palmas, fue la creciente población del Puerto la que llevó a estas mismas personas a inaugurar un nuevo centro al pie de Las Canteras, de manera que los niños de aquella zona no tuvieran que desplazarse.

No existen muchas referencias que hayan sobrevivido al cierre del Viera y Clavijo de Las Canteras porque, en el momento en que se intentó recuperar toda la documentación, ésta se hallaba enterrada bajo kilos y kilos de escombros, con lo cual los archivos quedaron perdidos para siempre, nombres de alumnos, matrículas, nombres de profesores, para siempre tragados por el paso del tiempo y la despreocupación de quienes se atrevieron a verter desechos sobre tan valiosos papeles. Sin embargo, quienes vivieron la época o tuvieron el testimonio directo de sus fundadores no pudieron olvidar que, llegado el Movimiento, se estableció toda una estrategia para echar a los hijos de los republicanos que estuvieran estudiando en el Viera, una medida de presión a la que los fundadores respondieron dándole la matrícula gratis a los hijos de muchos obreros del Puerto que no compartían los ideales de quienes gobernaban.

El colegio femenino del Viera y Clavijo también estuvo en Las Canteras, en la calle Nicolás Estévez, donde comenzó a funcionar durante el curso escolar 42-43. Tenía 700 metros cuadrados de los cuales 400 estaban construidos. Por allí pasaron muchas de las señoritas de la zona, hasta el año 54 en que fue cerrado. Al fallecer el propietario, su heredera optó por vender el edificio a un nuevo dueño que lo cogió para su explotación.

Ni por su ideología ni por su religión fueron nunca apartados los niños del Viera y Clavijo. El colegio hacía primeras comuniones y ejercicios espirituales, pero se respetaba la voluntad de aquellos que optaban por no asistir sin más presiones, pese al hecho

de que uno de sus directores, Juan Andrés Melián, era un hombre sumamente católico. La educación sin el recorte de las libertades fue el lema de este colegio que, al cabo de los años, optó por abrir una sección femenina también junto a la Playa y que tuvo que ser cerrada antes de que lo hiciera la masculina. El Viera y Clavijo se vio afectado por la presencia de los institutos a la vez que, Matías Vega, propietario del edificio donde se encontraba ubicado, solicitó la devolución del mismo con la llegada del turismo, a fin de construir los apartamentos que ahora se levantan sobre la Playa.



Colegio Viera y Clavijo. La vivienda era propiedad de Matías Vega Guerra que la cedió para ubicar el centro escolar donde los hijos de los residentes de la zona estudiaban sin coacciones, pese a las presiones de determinadas épocas.

CAPITULO III
El "boom" del turismo

La arquitectura en Las Canteras

El Plan General de Ordenación Urbana de 1962 homogeneizó la ciudad desde el punto de vista especulativo, primando con alturas las parcelas para evitar las protestas de los propietarios del suelo. Así, cuando Las Canteras permitía unas construcciones de dos o tres plantas de altura, fueron aumentadas a siete salvo en aquellos lugares en los que los edificios podían proyectar sombras, para lo que se usaron las cartas de soleamiento de Fisher Mattioni, con las cuales se buscaba un retranqueamiento sucesivo por planta dando lugar a un escalonamiento de los edificios que aún puede observarse en muchos de los establecimientos hoteleros de la primera línea de Playa.

Sin embargo, las construcciones no respondían todas de la misma manera y el frente de playa, de alguna manera, resultó caótico tomando el aspecto de algunos puntos de la costa Norte de España o del mismo Caribe, con edificaciones al borde la playa y un Paseo muy estrecho. Cuando las autoridades locales se quisieron dar cuenta de ello, las medidas que podían cambiar la situación eran imposibles de tomar. Mientras que en Río de Janeiro se recuperaban las playas con un gran relleno que dejaba los edificios atrás y se ganaba en zonas soleadas, en Las Canteras esta alternativa era imposible en tanto que se contaba con la presencia de La Barta y por tanto se hubiera asfuciado a la formación arenosa de la misma manera que pretendía Secundino Zuazo.

Las Canteras fue recibiendo el estilo arquitectónico que en cada momento sugerían las familias de la burguesía canaria de la época. En los primeros años de la expansión se adoptaron los modelos del Centro-Norte de Europa y Miguel Martín Fernández de la Torre levantó edificios como Las Cuevas, de un estilo suizo que no tenía nada que ver con la Playa, pero que venía impuesto por las tendencias europeas. De resto, y salvo las casas cajón con frontis y azotica, se optó por un modelo casi de manual, casas pequeñas hechas por maestros de obra.

El boom del turismo desató también la sed de las construcciones en torno a finales de los años 50, cuando surgieron las primeras tentativas de realizar construcciones específicas de cara a los visitantes que se limitaban a cumplir una normativa un tanto rupestre. Una serie de constructores, Ferrer y Perdomo, Alejabeitia, Constructora Canarias, Roca, Baeza y otros, de manos de inversores locales, le dieron impulso al turismo. Nadie hablaba entonces del Sur de la isla, y los extranjeros, que eran tratados casi como demonios, se mezclaban con las pocas familias canarias que iban a la playa con la espada del obispo sobre sus cabezas.

Las casas familiares fueron sustituidas prácticamente en su totalidad en diez años, quedando solamente el lugar de residencia de algunas familias muy apegadas a la Playa. Posteriormente llegaron los inversores que, junto al capital local, fueron metiendo dinero en Las Canteras. Realmente la llegada del turismo desató las construcciones de hoteles y residencias pese a que algunos, como fue el caso del Hotel Tower, donde actualmente se ubica la Comandancia de Marina, había dejado de ser un establecimiento hotelero desde el Movimiento.

El boom del turismo

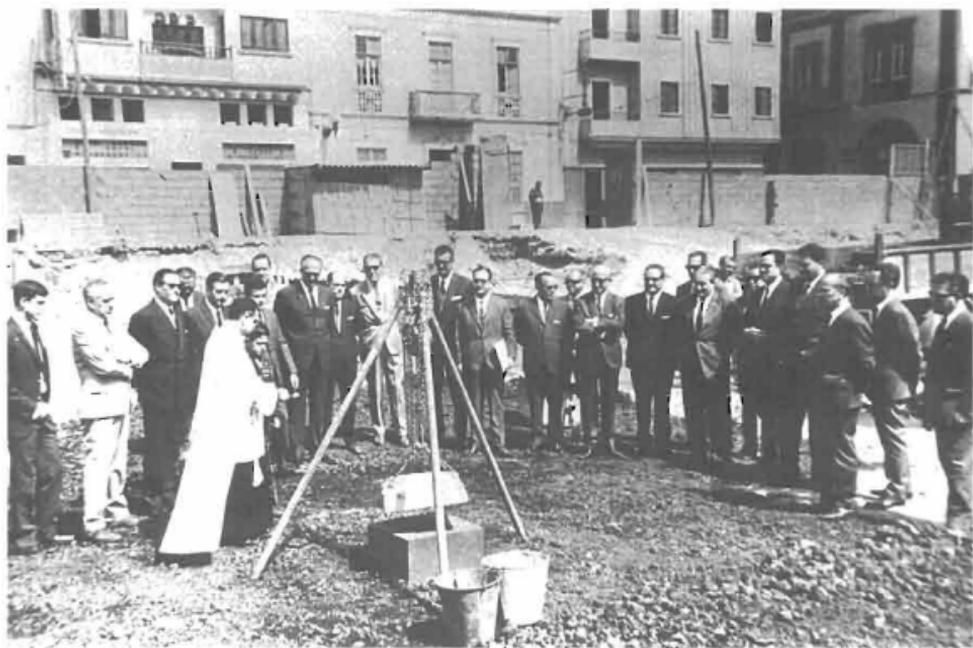
Durante las primeras décadas del siglo, la historia del turismo en Las Palmas tuvo un gran relieve como consecuencia, fundamentalmente, de la presencia de familias inglesas en la ciudad. Venían por razones de trabajo pero se instalaban en la Isla creando una impresionante colonia que llegó a extender muchas de sus costumbres entre los residentes. La influencia de los ingleses, que llegaron a la ciudad a través del Puerto, fue notoria y pronto aquellos que habían venido a trabajar comenzaron a realizar las gestiones oportunas para traer nuevos viajeros en cruceros organizados por la *Unión Castle Line*, la *Elder Dempster Company* y la *Yeoward Lines*, cuyos barcos pronto fueron conocidos como los *Yovas*.

Mientras los canarios empezaban a descubrir la Playa y a hacerse sus primeras casas, los ingleses ya contaban con el Tower, uno de los edificios protegidos de Las Canteras en la actualidad, que representaba ese gusto por lo marroquí. Se trataba de una construcción estilo Casablanca o Melilla mezclada con ambiente andaluz representado por los mosaicos y azulejos blancos y azules hechos a mano en Mensaque. Por otra parte, habían llenado Las Canteras de casetas a modo de balnearios para que sus clientes se cambiaran de ropa y salieran a la arena con la excomunión del obispo puesta. Antonio Galán ofrecía a los *chonis* -seguramente una derivación del nombre *Johnny*- el uso de su caseta y los canarios seguían paseando vestidos como era costumbre por la arena, a falta de un buen paseo. Se trataba de un turismo no dirigido que tenía un trato directo con la compañía de transporte o con el propio hotel. La hostelería pertenecía también en su mayor parte a súbditos británicos y el viajero era una mercancía secundaria, complemento del tráfico marítimo.

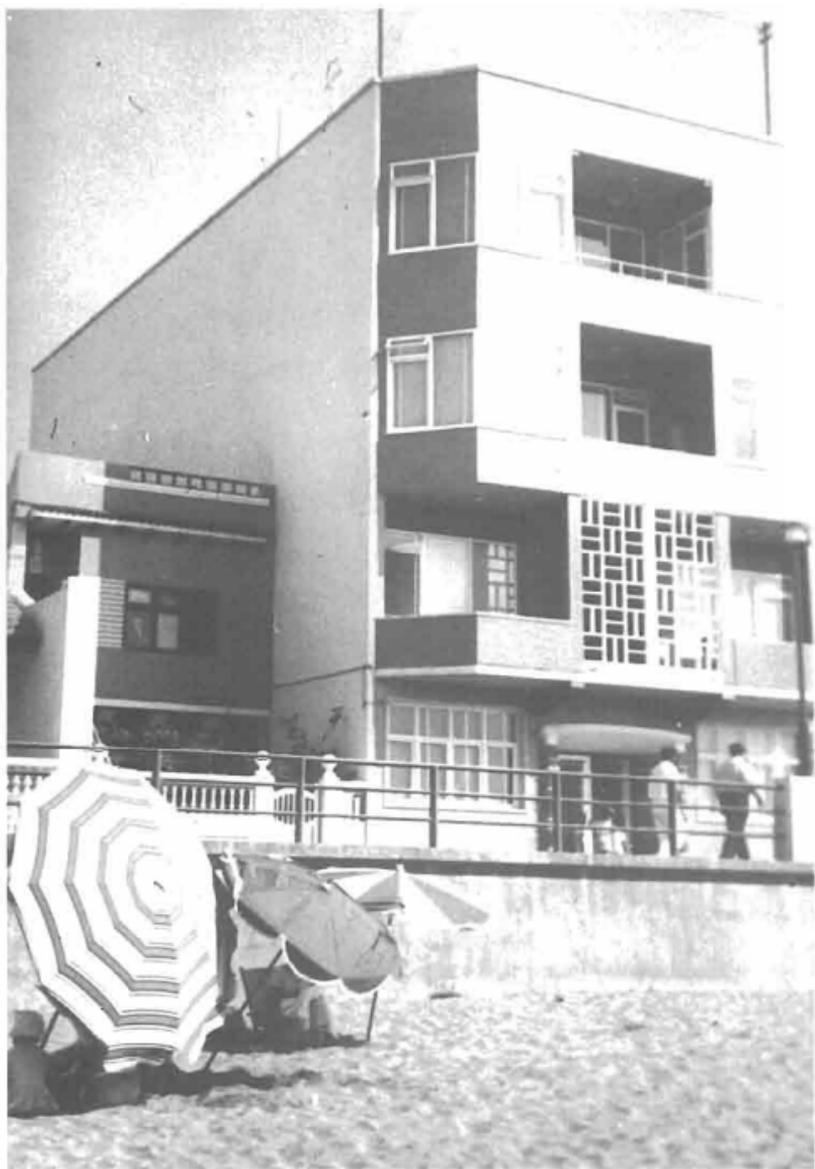
Las crisis mundiales acabaron con aquel turismo, con la caseta de Galán y con el Hotel Tower, pero los ingleses no se resistían a perderse el paraíso, y los canarios comenzaban a ver un filón en el turismo a partir de los años 50. Las Palmas de Gran Canaria, casi sin quererlo, iba a convertir la zona de Las Canteras en una especie de ciudad balneario, un espacio residencial receptor de turismo, que se iba a levantar sin tener una base urbana anterior. En esa época, la agencia *Wagons Lits* decide enviar a la Isla como delegado a José Barbero, un hombre que iba a decir mucho en el desarrollo turístico de la Playa, para que se encargara de hacer más fácil la recepción de los ingleses en Gran Canaria cuando pasaban con los cruceros turísticos. Se trataba de que los viajeros que llegaban en barco disfrutaran aquí de sus vacaciones y regresaran a su tierra en el siguiente barco de la empresa.

Sin embargo, la ciudad no contaba con una hotelería interesante. En el centro de la capital la oferta se reducía a los hoteles Santa Catalina, Atlántico, Monopol, Parque y alguno más. Empezaban a llegar los primeros turistas, pero los hoteles no estaban preparados para alojarlos, y de poco sirvió la recomendación de Thomas Cook para que negociara con el Santa Catalina en su nombre, porque el hotel estaba a tope y no era sencillo tener opción a una cama. El Sur no existía como destino turístico, pero junto al Puerto se extendía una zona que no tardó en ser descubierta: Las Canteras.

El delegado de *Wagon Lits* apostó por esta zona como el lugar más interesante



Colocación de la primera piedra del Hotel Cristina. Se trataba de uno de los primeros grandes establecimientos hoteleros de Las Canteras, que contribuyó al engrandecimiento de la Playa.



Canteras.⁷⁷ Residencia Mar Azul, el primer establecimiento hotelero que se abrió en la Playa, con 40 habitaciones en su mayoría interiores.

hablando en términos turísticos. Pero nadie estaba dispuesto a construir hoteles en aquella época y mucho menos tras la desagradable experiencia del turismo que se había marchado justo cuando comenzaba a florecer. Corría el año 56 y los representantes canarios del Ministerio de Turismo sólo confiaban en esta industria cuando a final de mes le entregaban la nómina de Madrid. Se sabía que había un potencial claro, pero no había ilusiones ni se pensaba en vuelos chárter.

De esta manera se organizó una reunión en la sociedad de turismo situada en el Parque Santa Catalina siendo director entonces Francisco Pérez Naranjo. A la misma acudieron Felipe de Gunte, director del hotel Santa Catalina, Fernando Trujillo, abogado y José Barbero. Se acordó una derrama de 250 pesetas cada uno y un capital de 1000 pesetas para poder comenzar lo que sería con el tiempo un gran proyecto. Se trataba de dar los primeros pasos en lo que se refería a establecimientos hoteleros en la Playa, y llegaron a ello a través de la adquisición de algunas viviendas que posteriormente transformaban en residencias. La primera en abrirse estaba ubicada entre las que hoy son las calles Galileo y Olof Palme y llevó el nombre de Mar Azul, cuyo edificio aún se conserva. Tenía escasamente cuarenta camas, en su mayoría interiores. Corría el año 56.

Como carecía de comedor y era obligatorio atender a los visitantes a pensión completa, los empresarios llegaban a acuerdos con los turistas por los cuales les daban bonos por cien pesetas que les permitía comer en varios restaurantes de Las Palmas. Y así empezó el turismo en Las Canteras. A todas las residencias que vinieron después intentaron darles nombres relacionados con el mar, como Vista Mar, Brisa Mar o Solymar, aunque otras conservaron el nombre de sus propietarios como Castro, esquina Pelayo, Reina junto al Cristina, Castillo frente al castillo del Puerto, o Ciudad Jardín y Beamar en la calle Sagasta. En conjunto, trescientas o cuatrocientas camas que fueron las que dieron lugar al primer movimiento del turismo en la zona litoral.

La industria turística se movía según lo pensado y surgieron las primeras iniciativas para llegar a una oferta de alojamientos de mayor calidad. Todo lo que había se llenaba, pero se demandaba algo más de la isla que tenía una Playa que ya había sido comentada a nivel internacional. La Navidad del 64 dejó como regalo a Las Canteras el primer hotel hecho por Horesa, SA, una empresa creada por los empresarios que decidieron dar el primer paso turístico en la playa. Se trataba del Hotel Caracolas, que aún se conserva en la zona de Luis Morote, al que siguieron otros que han desaparecido y algunos de los que se mantienen.

Previo a este se levantó el Hotel Gran Canaria en Playa Chica, en otro extremo totalmente distinto al que estaba aglutinando el turismo, que era La Puntilla. El edificio carecía de alardes técnicos y fue probablemente el que más ha perjudicado a la Playa al obviar cualquier retranqueo que eliminara las sombras que proyecta sobre la arena. Constaba de noventa habitaciones sobre un bloque triangular que arqueaba uno de sus lados para la instalación de la fachada. El hotel fracasó hace algunos años como consecuencia de la decadencia del turismo en la zona y ahora está siendo convertido en viviendas.

Le siguieron el Rocamar y otros muchos que daban una lista interminable. Pero, sin duda, la atracción del momento fue el Hotel Cristina. Horesa apostaba por la gran

planta hotelera, habiendo olvidado ya la pequeña residencia. Los tiempos cambiaban, el turista se hacía más exigente y el reto estaba en renovarse para poder hacer frente a las ofertas de otros países. Pese a todo, Las Palmas de Gran Canaria recibía en diciembre de 1964, dieciséis mil turistas frente a algo más de 4.000 que optaban por Santa Cruz, y la mayoría de ellos se alojaba en la zona de Las Canteras. Era lógico por tanto pensar en levantar un edificio como el del Hotel Cristina, máxime cuando se consideraba que el turismo de la ciudad estaba mal enfocado por la excesiva oferta de residencias. Pese a ello ya había comenzado la sobreexplotación de los visitantes. Hasta 1962 los precios estuvieron congelados. Eran de ruina, y ofrecer comidas además dejaba pérdidas. Con la llegada de Manuel Fraga al Ministerio de Turismo y la libertad de precios, una habitación que oficialmente costaba 285 pesetas se cobraba hasta a 1.150 pesetas.

Cuando los empresarios locales que tanto habían hecho por el turismo se plantearon levantar el Cristina, carecían de suficiente dinero dado que todo se había ido en inversiones, por lo que no les quedó otro remedio que recurrir al exterior, concretamente a Barcelona, donde un socio capitalista aportó las cantidades necesarias a cambio del 51% de las acciones. El diseño del edificio, realizado por el arquitecto Manuel Roca Suárez, estuvo terminado en 1970. Se trataba de una construcción con el máximo confort en sus 316 habitaciones, capaz de albergar a 600 clientes, a los que les ofrecía todo el mar desde una posición privilegiada. Sin embargo, poco pudieron disfrutar de él sus promotores, ya que el socio catalán enfermó y vendió su parte a un empresario de Jerez, José María Ruiz Mateos, al que le sería expropiado al poco tiempo, desmoronando así el sueño de Turinsa, que había plasmado en el Cristina lo que era su ideal de hotel.

El Cristina competía en dura pugna con el Reina Isabel, cuyo primer boceto databa del año 1963, realizado por Javier Picabea por encargo de Hocasa, aunque fue inaugurado en diciembre de 1965. Hocasa era la sociedad de un mallorquín, Juan March y la *British & Coenwealth Shipping Company*, propietaria también de la *Union Castle Lines*, cuya intención era llenar el hotel con los visitantes de sus cruceros turísticos. Pero el desvío de los turistas hacia el Sur y la decadencia de Las Canteras como destino turístico dio pie a que en el año 90 la empresa acabara su relación con las islas y vendiera sus establecimientos. El Reina Isabel fue adquirido por un grupo catalán que recientemente ha vuelto a venderlo a la empresa Bull, S.L. por una cantidad que ronda los mil millones de pesetas.

La decadencia de la capital y el auge del Sur

En la época más gloriosa de Las Canteras, los empresarios ya pensaban en otros puntos de la isla como alternativas a la capital. José Barbero, que tuvo también una intervención definitiva en la proyección del Sur como punto de referencia turístico, relata la manera en que conoció aquella parte de la isla que había de caer definitivamente a



El Hotel Gran Canaria, pionero del turismo, no pudo recomponerse de las crisis turísticas y fue cerrado hace pocos años. Sus habitaciones son ahora la base de nuevas viviendas para uso residencial. (Foto: Tato Gonçalves)



la Playa como foco principal de atención, aunque tuvieron que pasar aún algunos años, justo lo que se tardó en convencer a los turistas y sus agencias:

"Un día, Matías Vega Guerra me mandó a llamar a su casa y me dijo: ¡Hombre, usted que tanto habla de turismo podría echarme una mano! Tengo una lucha con Alejandro del Castillo a ver si conseguimos lanzar el Sur y me gustaría que me diera una opinión de aquello. Me puso un coche y me fui al Sur como el que se va a la guerra. La impresión que me causó todo aquello fue la lógica, y en el informe que le dí a Matías Vega le hice ver que, según mi opinión, en aquella zona estaba el futuro de la Isla. Se hicieron gestiones con el Conde de la Vega Grande y éste promovió un concurso para la urbanización de aquella parte de la costa en la que nosotros fuimos los primeros hoteleros con el hotel Folías".

Pese a ello, Barbero asegura que Las Canteras no quedó descuidada, aunque como la empresa quería traer más turismo y no tenía dónde alojarlo, se dedicó a promocionar el extremo opuesto de la Isla. En los comienzos, a los touroperadores no les gustaba el Sur porque decían que sus clientes estaban muy aislados, ya que suponía realizar un viaje de varias horas de camino. "No querían mandar sus guías a Maspalomas y nosotros, con el señuelo de darles alojamiento en la Playa de Las Canteras, les obligábamos a firmar contratos en el Sur. ¡Cómo sería aquello que los clientes se ponían enfermos y el director del hotel tenía que salir corriendo con ellos hasta Vecindario para que los viera un médico! Pero los males no eran otra cosa que congoja por sentirse aislados. La equivocación en el Sur fue que no se respetó el concurso ganado por un equipo francés. La gente quería dinero inmediato, y así se estropeó".

La decadencia de Las Canteras, de cualquier manera, se produjo cuando en el Sur se fueron abriendo hoteles de más categoría. El turismo en la Playa capitalina quedó en el olvido y la falta de empresas de mayor categoría, así como la preocupación de las existentes en hacerse con un trozo de la tarta que entonces se repartía en la costa de Maspalomas y Playa del Inglés, contribuyó a hacerlo desaparecer. A las empresas les bastaba con ganar dinero y nadie se preocupaba por seguir dejando constancia de que Las Canteras, que había hecho un importante esfuerzo por renovarse tras la Guerra Civil, aún tenía mucho que ofrecer, como así se ha demostrado con el paso del tiempo.

En los momentos más álgidos del turismo en la Playa, los promotores habían abierto, además, locales para el ocio y el esparcimiento como la sala de fiestas Altavista, con los mejores espectáculos, donde se podía ver una actuación de Rafael por trescientas pesetas. También abrieron la Belle Epoque, el Pontón, o el Barba Roja en los bajos del Hotel Crisúna, donde el pianista tocaba y al mismo tiempo hablaba con los clientes que se quedaban encantados con la originalidad del teclista y que conseguía los más llamativos llenos en la sala. Todo aquello se vino abajo y, como consecuencia de ello, lo mismo le ocurrió al sector servicios. El pequeño comercio tradicional de la ciudad comenzó a bajar enteros en una depresión que sólo en este final de siglo parece estar siendo superada.

El 'suequeo'

Aquellos que tenían de veinte años para arriba en la década de los sesenta fueron los protagonistas de lo que se ha dado en llamar *la historia secreta del turismo*. Después de las damas inglesas de las pamelas y la caseta de Galán, después de aquellos bañadores de peto y de las ordenanzas que obligaban a ponerse la camisa a todas horas, y en medio de una represión a nivel nacional que en la Isla, y más concretamente en la ciudad, se iba suavizando con la internacionalidad, la llegada del turismo supuso para los jóvenes de la época una auténtica revolución sexual, por machista que pueda parecer la referencia.

Por estos pagos, aunque quien tiene una razón siempre encuentra una ocasión, la moralidad estaba totalmente asumida por todos. El obispo excomulgaba casi por cualquier cosa a un cristiano, y los jóvenes, en consecuencia, no pasaban de un bailoteo en los locales playeros con el correspondiente *freno de mano* de la pareja al que intentaba propasarse. A la vuelta a casa, el que podía se comía una jícara de chocolate con el yugo y las cinco flechas en relieve por una de sus caras, y se leía una novela de Marcial Lafuente antes de dormirse, siendo esta una de las noches más apasionantes.

Pero las nórdicas vinieron a sacar de quicio a más de una novia formal enseñando todo lo que no enseñaban aquellas y más de uno se picaba el clavo en la pierna cuando le tocaba el turno, por no fijar sus ojos en otro sitio que no fueran aquellas carnes venidas del frío. Con la invasión turística de los sesenta, la Playa se convirtió en campo de románticas batallas. La noche empezaba en el Costa Bella o Las Cuevas, los dos únicos lugares que había para bailar, y podía acabar en cualquier parte. Aquellas suecas pusieron los cimientos de la liberación sexual entre unos muchachos que se limitaban a jugar al fútbol o al clavo mientras sus amigas tomaban sol enfundadas en sus albornoces.

Surgió entonces la figura del *chachi* al que perfectamente describía Braulio en una de sus canciones. Se cuenta que un personaje de la Playa, conocido por muchos pero anónimo para nosotros, llegó a montar un auténtico negocio en torno a las visitantes más mayores que buscaban en la Isla la manera de rejuvenecerse con el clima, las aguas, el sol... y lo que cayera. Este amigo estableció una especie de agencia en la que prometía a las señoras de otras tierras, en su mayoría cincuentonas, que jamás olvidarían su paso por Gran Canaria. Su oferta era nocturna y no le faltaban clientes. La industria, dicen, llegó a irle tan bien, que incluso tuvo que echar mano de algún amigo para abrir una sucursal de modo que la *oficina principal* no se fuera a pique.

Por encima de los 15º

Las Palmas de Gran Canaria y en sí todo el Archipiélago canario, se ve beneficiada por un clima que se ha dado en llamar de eterna primavera. Pocas veces se ha conocido el frío en esta tierra e incluso esto nos ha llevado a tener una interpretación un poco peculiar de lo que marcan los termómetros, por lo cual hablamos de "auténtico" frío cuando estamos en 12º e incluso por encima de estas marcas. No obstante, la Playa de Las Canteras se



Las Palmas 26/12/78 La Playa de Las Canteras de Las Palmas llena de turistas tomando el magnífico sol. Al fondo, el pino navideño que acude fiel a la cita con el sol desde la lejana y fría Noruega, de donde lo traen. (Foto: Félix Urquijo)

beneficia de la ausencia de grandes montañas que la circunden, como podría ser el caso de la Playa de La Laja y se sitúa como una de las zonas más despejadas de la capital grancanaria.

En épocas de alisios, el viento que llega del mar choca con las montañas y sube, lo que hace que se condense la humedad atmosférica y se formen las nubes sobre el núcleo urbano, aunque manteniendo en la mayoría de los casos la Playa despejada. Los playeros han encontrado un punto de referencia casi infalible en Las Canteras para conocer cómo estará el tiempo durante una mañana o una tarde: la contemplación de La Isleta. Podría decirse que son las nubes o los claros que aparecen tras los apagados volcanes las que indican el tiempo que va a venir. De hecho, es fácilmente comprobable quién ha pasado un verano en Las Canteras y quién lo ha hecho, por ejemplo, en la zona de El Confital, donde no sólo el sol es más intenso, sino que el mar, cuyas cristalinidad y olas se elevan por encima de la arena y las rocas de aquella parte, llega con una mayor fuerza por la inexistencia de La Barra para actuar a modo de minúsculas lupas que contribuyen al bronceado.

Sin embargo, la Playa es menos soleada en verano. Cuando los vientos son demasiado fuertes se cubre todo el área de la ciudad y también Las Canteras. Cuando esto sucede ya no se trata sólo de la Playa y la ciudad, sino que también La Isleta, donde normalmente no influye el viento, se ve cubierta por las masas nubosas. No obstante, los tres últimos meses del año pueden ser los mejores de todo el año porque la frecuencia y la intensidad de los alisios es menor. Esto ha permitido a la Playa, a través de todos los medios de comunicación locales, y muy especialmente a través del querido reportero gráfico de la Agencia EFE en Las Palmas, Félix Urquijo, recientemente fallecido, hacer popular una postal navideña que daba envidia a cualquier lugar de Europa. Mientras la Avenida se adornaba con el tradicional árbol de Navidad, los turistas contemplaban el espectáculo desde sus hamacas y se embadurnaban de crema para paliar los efectos del sol en su piel. Un espectáculo que, mientras asombra a los visitantes, en cuyos países es probable que ese mismo día a esa misma hora esté nevando, a los isleños nos parece de lo más corriente, y que Félix se encargaba de recordar emitiendo cada año la foto por los teletipos de todos los medios de información europeos.

Las temperaturas en Las Canteras, de cualquier forma, no suelen ser ni extremadamente calurosas ni frías, con máximas que se sitúan como media en los 27° como consecuencia de la acción refrescante del mar, y unas mínimas que, en contadas ocasiones, bajan de los 15°.

A refrescar la Playa contribuye la formación del mar de nubes que popularmente es conocido como *panza de burro*. Normalmente, la capa caliente del alisio no deja ascender a la inferior y no permite la formación de nubes de desarrollo vertical, que son las que producen las lluvias. Sin embargo, cuando las dos capas consiguen entrar en contacto se originan nubes de importante desarrollo horizontal a las que, quizás por similitud, se les denomina mar de nubes, cuyo espesor y altura varía bastante. Estas nubes tienen una gran importancia porque provocan ligeras lloviznas. Pese a que es habitual oír a los lugareños quejarse por la presencia de la *panza de burro*, presente casi todos los meses de agosto y en general durante buena parte del verano, hay que decir en su favor que facilita ponerse a salvo de un calor que, de otra manera, sería inaguantable.

Del bañador con peto al top less

No todo el turismo que llegó a Las Canteras lo hizo en la década de los sesenta, aunque sí se trató del más importante. Pese a que fue pasada la mitad del siglo cuando se contaba con la infraestructura que requería el visitante además de la playa y el sol, en los años 20 eran famosas las turistas que llegaban en el Yeoward, una compañía inglesa de navegación, que aparecían en Las Canteras con sus grandes sombreros coronados por frutas y pájaros. Las jovencitas de estos primeros grupos de visitantes, tras pasar por el balneario de Galán, aparecían con unos maillots que eran el escándalo de las damas isleñas acostumbradas a que sus hijas llevaran trajes de baños con mangas y volantes de aquellos que nunca terminaban de secarse y con el que el bañista incrementaba notablemente su peso como consecuencia del agua con la que tenía que cargar.

Esto ocurría solamente en aquellas familias que permitían los baños, especialmente de noche, por aquello de no enseñar demasiado ni servir de blanco de las miradas de todos los parroquianos. Mientras los ingleses lucían también maillots a rayas horizontales amarillas y negras, los hombres canarios se limitaban a pasear por la Playa y, como toda influencia inglesa, a pasar por el balneario de Galán a picar algo o a comer.

El inigualable Pancho Guerra, en sus *Memorias de Pepe Monagas* editadas en 1958, recoge en boca de su popular personaje algunas de las maneras de bañarse de las señoras de principios de siglo en la playa, cuando se acercaban "los tiempos de la costa, espesitos y calientes como un caldo de sustancia":

"El personal no se bañaba entonces, como se hace ahora, lagartcando en las orillas bajo el solajero (...). Estilabáncse por aquellos tiempos nueve o doce bañitos de sopita y pon a la luz de las estrellas, que normalmente constitulan tratamiento de médicos o curanderas (...). Lo mismo las señoras que los caballeros, los viejos que la pollería, todo el mundo tenía sus chanclos, botas viejas, altas, abotonadas a una banda, con una misión similar a la de las armaduras de los guerreros de la Edad Media. Había que calzárselas porque la pedrera y el marisco, los erizos y las aguavivas, las latas y los vidrios acechaban en el oscuro, desgraciando lo mismo las delicadas plantas de las niñas, que los ñames soplados de sus madres y los juanetudos de los caballeros.

Pese a que, como le digo, los baños se hacían bajo la noche cerrada, las damas y damitas, acotejadas por grupos sobre csteras de palma, metíanse bajo anchas sábanas cameras, celando cualquier pirueta de la brisa que pudiera alzar una punta del tapujo de lienzo. Rebullían allí su rato, aliviando zagalejos y ballenas, y saltan, por fin, cubiertas desde el pescuezo a las plantas con unos ropones tan francos, tan tiesos y tan gordos, que más parecían papagüevos de vísperas festivas que mujeres en la orilla del baño.

Para evitar situaciones relajosas, pues nadie puede atajar la zorra presencia de un par de ferrucos y de otro par de zarandajos, la autoridad tomó sus medidas. Por ejemplo, el señor alcalde, don Antonio López Botas mandó pregonar que los que tuvieran barba y otras evidentes manifestaciones menos culinarias hicieran su



Los turistas trajeron muchas nuevas tendencias que al principio resultaron escandalosas. Finalmente, a partir del año 83, el entonces alcalde, Juan Rodríguez Doreste, autorizó el top less. Hoy es algo muy frecuente.



En los meses de verano Las Canteras presenta llenazos impresionantes. A pesar de ello, la Playa ha sido capaz de asumir a cuantos visitantes han pisado sus orillas.

sofita y pon en ciertos charcos, prudentemente distanciados de otros que se reservaban severamente para que remojaran y dieran sus chillidos complementarios las más culinas. La cosa parecía prudente, aparte de que estaba mandada por la autoridad”.

La década de los 40 fue trayendo alguna que otra libertad y las jóvenes locales ya se bañaban de manera asidua en la Playa, aunque tomando toda clase de precauciones. Las amigas se acompañaban una a otra a bañarse, con el correspondiente albornoz que dejaban al pie de la orilla mientras se deslizaban de manera rápida en el agua. A todas estas, si su entrada en el agua la hubieran hecho más despacio, tampoco hubieran dejado rendija por la que asomar ojo alguno, puesto que los bañadores se cerraban en pies y manos y, en el caso de los más atrevidos, todo se limitaba a una manga corta.

Los hombres tampoco se quedaban atrás ni se les permitía mucho más que a las mujeres. Los bañadores con peto se impusieron y más que bañistas, los asiduos a Las Canteras parecían trapezistas que hubieran dejado un rato su entorno natural para remojar en las limpias aguas de la Playa. El procedimiento del albornoz era el mismo y llegó a meterse de tal manera en la gente que, cuando fue posible bañarse solamente con un pantalón corto y sin camisa, algunos que lo creían muy atrevido siguieron algunos años con el peto puesto.

La prensa de la época recogía la mentalidad que aún permanecía en algunas personas de mitad de siglo, al borde del boom del turismo. Así, pese a que eran tiempos de apertura, en 1959 no faltaba quien proponía la idea de que la Playa quedara separada en partes exclusivas para hombres y otras para mujeres, como antes había hecho López Botas. Tras una exposición de la defensa que los periódicos habían hecho de Las Canteras para salvaguardarla de barras artificiales o levantamiento de vallas innecesarias, el 6 de junio del citado año puede leerse:

“(…)Pero las cosas quieren ir por el camino menos conveniente a los intereses generales de la ciudad. Tres respetables damas han solicitado de la autoridad competente ordene la colocación de una valla de dos metros de altura entre las calles Fuerteventura y Gran Canaria, con lo que en Las Canteras quedaría cercenado, con las de Lanzarote y La Palma, el espacio de playa comprendido en la parte más interesante del apenas retocado balneario natural. Del buen criterio de quienes hayan de decidir la cuestión depende que lo mejor de aquel lugar no parezca empalizada de circo o cerca de lavadera, pero de todos modos damos la voz de alarma, y al mismo tiempo excitamos al probado celo municipal para intervenir en una cuestión de importancia decisiva en la vida de la ciudad. Toda diligencia y energía nos parecerán pocas para impedir que prospere la buena intención, pero equivocada, de las tres respetables damas firmantes de la solicitud”.

Dicen que los primeros turistas se quedaron asombrados porque la Playa estaba desierta en lo que aquí llamamos invierno pero que para los visitantes era tan verano como para los canarios agosto. Como consecuencia de la falta de gente en torno a las cálidas aguas, algunos visitantes preguntaban si había tiburones, y hasta el guardia

daba explicaciones a pie de orilla al concejal de Playas porque un sueco pretendía bañarse en invierno. En tal tesitura, al edil sólo se le ocurrió contestar: "Déjelo, que ya es inayorcio y sabe lo que es un catarro". A partir de ahí los periodistas se agolpaban para sacar fotos a las suecas que enseñaban las primeras carnes. Era el primer bikini, y a los periódicos llamaban de Información y Turismo para que ni siquiera se les ocurriera presentarlas.

El alucine general pasó hasta que un buen día llegó la primera atrevida que osó quitarse la parte de arriba de su minúsculo bañador. Corría el año 1983 y el guardia que fue avisado por los bañistas locales no tuvo otra idea que detener a la joven por un presunto exhibicionismo que en otras playas de Europa y el Caribe era el pan nuestro de cada día. Ocupaba entonces la Alcaldía Juan Rodríguez Doreste que, con su tradicional gracia, al conocer lo ocurrido y ver que el guardia era un muchacho joven le dijo: "¡Pero hijo mío, a tu edad y censurando estas cosas!". A partir de ahí, el primer edil decretó libertad para aquellas que quisieran hacer top less en la Playa de Las Canteras. Toda una revolución a la que Doreste añadió que, en cualquier caso, atendieran al sentido de la estética, rogando que fueran aquellas señoras o señoritas que tuvieran el pecho más bello y terso las que lo mostraran, y haciendo un llamamiento a las demás para que reconocieran que había cosas que no se podían ir enseñando.

CAPITULO IV
El espacio natural

El entorno medioambiental

Las Canteras es, además del espacio libre por excelencia en Las Palmas de Gran Canaria, el mayor de sus parques. Después de que las construcciones hechas al borde de la playa dieran lugar a las arenas que hoy componen la orilla, multitud de seres vivos se quedaron a vivir en la Playa. Además de los clásicos residentes en las zonas de litoral, la bahía cuenta con especies únicas que se han acostumbrado a su clima y hasta a sus bañistas, y otros que vienen de visita en determinadas épocas del año para luego seguir su camino.

Según se recoge en la colección editada por Canarias7, *Canarias bajo el mar*, en la que el autor realizó algunas colaboraciones, la Playa es un ecosistema único como consecuencia fundamentalmente de la protección de La Barra y el régimen interno de corrientes. La diferente exposición a la fuerza del oleaje de cada una de las zonas submarinas de Las Canteras, así como distintas formas de iluminación y sedimentación, configuran microambientes muy particulares, cada uno con sus comunidades animales y vegetales. Los fondos de aguas someras reciben mucha luz, lo que posibilita la creación de una gran alfombra vegetal que provee de refugio a una gran cantidad de organismos.

Los sobrantes de los restos de La Isleta dieron pie a la formación de rocas que como islotes emergen en las aguas de la antigua Bahía del Arrecife, como es el caso de la Peña de la Vieja, el Peñón, o incluso, según apuntan algunos estudiosos, la base de la propia Barra, auténtica joya que ha servido de protección a los embates de las olas en la primera playa capitalina. El constante paso de aves migratorias, la riqueza de sus aguas, cada vez más vacías como consecuencia de la abundancia de erizos y de arena, aún permiten que determinadas especies, como la mantellina, se acerquen a la orilla a parir.

En sucesivas ocasiones se ha propuesto que la Playa de Las Canteras en su totalidad, o más concretamente El Conchal, sea declarada reserva marina, aunque sin éxito, pese a que en aquella parte de la playa se encuentran especies, sobre todo vegetales, únicas en el Archipiélago. De la misma manera se han proyectado parques subacuáticos que nunca llegaron a realizarse; y de otro lado se han establecido propuestas como la de atravesar La Barra con un emisario submarino, que la oposición de los vecinos logró desactivar y que hubiera supuesto la desaparición de especies únicas. Las Canteras, en bajamar, presenta un mosaico trazado a base de rocas, una estampa difícil de olvidar que se combina con los ardeceres más luminosos de la ciudad. Y por supuesto, la majestuosa presencia de La Barra, la formación arenosa que sustituye lo que en las islas del Pacífico vienen a ser los atolones de coral.

La Barra

La Barra de Las Canteras es el elemento que dota de personalidad a la playa de Las Canteras y probablemente no hay vecino en la ciudad que no la conozca. Según los estudios que se han realizado sobre esta lengua que se extiende a unos 200 metros de la

orilla de la Playa, está formada por capas calcáreas en las que se intercalan conglomerados que pudieron formarse en la época del Jandiense, hace aproximadamente 110.000 años. A La Barra se le debe toda la Playa, desde su conservación a su nombre, ya que era precisamente de ella de donde se extraían con cuñas especiales, los grandes bloques que una vez tallados hacían de filtro en las tradicionales pilas canarias. La Barra era por tanto la cantera, Las Canteras en que derivaría el nombre popular, pese a que en el siglo XVIII la Sociedad Económica de Amigos del País solicitó del corregidor que cesara el empleo de esta piedra como material de construcción, un ruego que fue atendido y que tuvo mucho que ver en la formación final de Las Canteras que sin La Barra tendría probablemente otro aspecto.

La Barra de Las Canteras se extiende a lo largo de más de dos kilómetros con algunas rupturas. Comienza en la zona de La Puntilla con algunos restos, se forma en paralelo con la orilla hasta llegar a Peña de la Vieja, donde se rompe en el denominado pasadizo, pasa a lo que se conoce como *La Barra del centro*, y tras otro pasadizo engancha con *La Barra Amarilla* hasta llegar a la zona de la Baja de Núñez, al llegar a Guanartero. Algunos de los componentes que aparecen en La Barra lo hacen también en la zona del istmo y en algunas partes de la Playa. Entre los restos calcáreos y arenosos afloran depósitos limosos con incrustaciones de fragmentos de seres vivos con concha, cuya descomposición ha venido a sumarse a la formación de esta lengua.

Los depósitos que conforman La Barra fueron descritos por vez primera por Lyell en 1855 que recolectó algunos fósiles que después fueron estudiados en épocas posteriores desde 1898 a 1981 por distintos especialistas, dando lugar a diferentes exposiciones. En ocasiones, en las inmediaciones de la Playa Chica afloran algunas formaciones con las mismas características de La Barra, como son la denominada Barra Chica o incluso las peñas que conforman la zona conocida como Los Lisos. Según la definición que hacen Pérez Torrado y Mangas en un estudio sobre La Barra patrocinado por Alcorde: "La Barra de Las Canteras no es una barra sedimentológicamente hablando, es decir, un depósito sedimentario masivo de arena y/o grava, con morfología lineal y paralelo o subparalelo a la línea de costa, originado por la dinámica litoral (un ejemplo de este tipo de barra lo tenemos en las playas de Jandía en Fuerteventura, aunque sin la cementación de la de Las Canteras). Más bien, La Barra está de acuerdo con el concepto geomorfológico que se utiliza para cualquier masa de roca dispuesta en el litoral que genera una zona de agua poco profunda (laguna costera) que las separa del mar abierto".

En La Barra se describe la presencia de mallas de algas coralinas y fragmentos de moluscos tan pequeños que en ocasiones ni siquiera han podido ser descritos. No obstante, Cabrera (1981) identifica en la zona de El Confital la presencia de más de cincuenta géneros de gasterópodos, y ocho de moluscos bivalvos, con conchas que se han unido a la roca. Se considera que La Barra, en contra de formarse como consecuencia de las erupciones de La Isleta, pudo haber sido un desprendimiento de la formación del istmo de Guanarteme. Según esta teoría, al unirse La Isleta con el resto de la Isla, del propio istmo, al erosionarse, se desprendió una zona que dio lugar a La Barra con un canal de agua entre ambas formaciones que es ahora la Playa de Las Canteras.

Los estudiosos consideran que tanto La Barra como algunas de las peñas que están presentes en la zona costera y que se aceptan como depósitos de la época Jandiense, son



La Barra fue sobreexplotada durante muchos años para la extracción de piedras que servían de filtro a las tradicionales pilas. En algunos puntos se pueden ver las mordidas de las cuñas con las que se extraían los bloques. (Foto: Tato Gonçalves)

formaciones geológicas de indudable interés científico a conservar. No obstante, La Barra se va degradando como consecuencia especialmente a la fragilidad de sus componentes que con la acción erosiva del mar va rompiéndose, sin que pueda decirse que la frecuente presencia humana en la formación contribuya a la destrucción de la misma, salvo en los casos en que se producen roturas intencionadas para la captura de crustáceos o moluscos que viven en el interior de las cavidades que tiene la lengua arenosa.

Finalizando la década de los ochenta, la Comandancia de Marina bajo la tutela del comandante José María Calvar Martínez realizó un estudio de la situación en que se encontraba La Barra, determinando que su estado era "alarmante" como consecuencia de la acción de las olas, llegando a afirmar que "está a punto de hundirse". Esto no eran solamente conclusiones ya que con el paso del tiempo pueden verse desprendimientos de gran magnitud que van cambiando la fisonomía de La Barra. El propio Ayuntamiento ha intentado en varias ocasiones realizar un estudio de la formación y sus posibles soluciones, aunque precisamente la enúrd y el arraigo de la Playa de Las Canteras en ocasiones provoca miedo a realizar actuaciones que puedan derivar en enfrentamientos con los vecinos y usuarios.

El trabajo realizado por la Comandancia de Marina daba algunas soluciones que permitirían afianzar La Barra, entre las que se encuentran las inyecciones de cemento, además de variaciones sobre una barra artificial a base de tetrápodos y otra a base de chatarra. Con ello lo que se pretende es que el mar, en su batir, lo haga contra la piedra o el cemento, preservando la superficie de La Barra de caer al fondo, lo mismo que las paredes venicales que se van desgastando hasta desaparecer. Detrás de La Barra emergida, a unos cien metros de distancia de ésta, existe otra barra sumergida de naturaleza sedimentaria, cuyo paisaje se cubre de arcos, grietas y cuevas como consecuencia de la erosión a la que está constantemente sometida.

Si bien las barras son formas comunes en los litorales, concretamente la de la Playa de Las Canteras no tiene comparación en el Archipiélago e incluso no es muy común en otras partes del mundo. Los estudios realizados sobre La Barra de Las Canteras intentando encontrar similitudes en otros lugares han sido prácticamente negativos. Aunque se encuentran muchos arrecifes coralinos, las arenas compactadas como en Las Canteras sólo tienen algunas indicaciones en Sri Lanka, Australia y algunas en Israel y el Mar Caspio que en comparación son bastante inestables. Los autores no se ponen de acuerdo en el proceso de formación de las barras en los litorales, aunque la hipótesis de Gilbert (1885) es la más aceptada cuando explica que proceden de los materiales que el oleaje arrastra desde los fondos y que siguen la línea de los rompientes en lugar de la de la cosía, "siendo necesario un fondo de perfil muy suave para su formación".

La playa y sus peñas

Tan populares como la propia Barra son algunas de las peñas que se distribuyen a lo largo de todo el litoral que conforma Las Canteras. Muchas de estas formaciones se

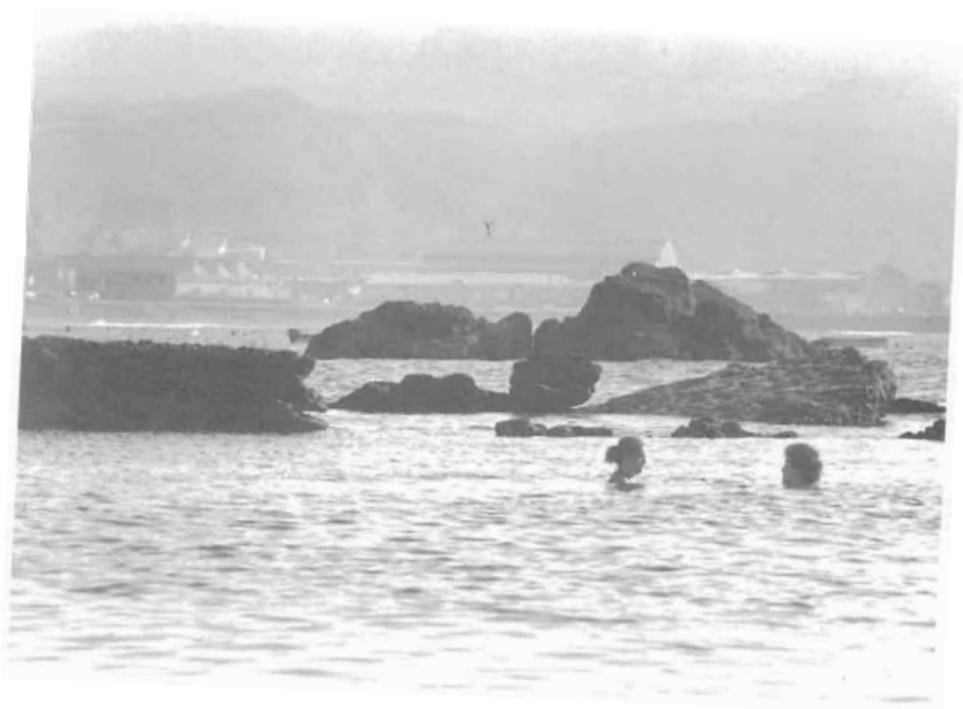
atribuyen a restos de la propia lengua que forma La Barra, aunque otras son determinadas por fragmentos producidos en el proceso de formación de Las Canteras. De todas las peñas, como se denomina a las rocas en la Playa, la más popular -ya desaparecida la Peña de la Gaviota con su casa encima, que aunque quedaba fuera del arco de Las Canteras estaba dentro del arco de visión de la Playa-, es la Peña de la Vieja. Se trata de una roca a la que se le superpone otra algo más pequeña, que es punto de referencia de toda la Playa por ser la mayor de cuantas se encuentran en el agua de Las Canteras.

La Peña de la Vieja es una roca de una altura superior a los tres metros a ras del agua, que salvo en casos extremos de pleamar, jamás es tapada por el oleaje. Allí los más jóvenes se divierten saltando al agua como si fuera una auténtica palanca. En su tiempo estuvo incluso dotada de un trampolín que permitía saltar con una mayor facilidad, pero restaba emoción a los concursos que posteriormente se celebraban para saltar desde diferentes puntos. Tiene la forma de una tarta y tanto a su derecha como a su izquierda encuentra los apoyos de dos rocas de menor tamaño que llegan a llenarse de bañistas en los meses de verano.

Saliendo de la orilla para llegar a Peña de la Vieja y tras atravesar un marisco menos abundante que el de Los Lisos, al pie de Nicolás Estévez, se encuentra la Peña del Camello, cuya forma simula una joroba. Ese es el punto de partida hasta llegar a la Peña del Peligro, nombre que le viene, según cuentan en la zona, por su forma socavada que, al meterse los bañistas debajo e intentar salir, ha provocado más de un golpe en la cabeza al no percatarse del saliente de la roca: en paralelo a ella, la Peña del Descanso, primera parada para aquellos que no llegan a Peña la Vieja de una sentada. A la derecha de la Peña del Camello, la Peña del Balcón, y más a la derecha aún, la Peña de la Palangana.

Así se llega a Los Lisos, donde sin duda se concentra el mayor número de peñas y sus nombres respectivos. Los Lisos es un marisco poco accidentado por la formación de charcos que deja a marea vacía. Las peñas cubiertas de limo le dan aún una mayor sensación de lisos y está rodeado de rocas aisladas que reciben sus propios nombres, como es el caso de la Peña del Piano, con esa forma aproximada; la popular Peña de la Bandera, una plataforma que sirve también como trampolín o lugar de descanso; la Peña de la Resbaliza, que la naturaleza quiso inclinar para que los chiquillos cuando subieran por ella se resbalaran casi irremediadamente, y coronarla con éxito fuera uno de los entretenimientos del baño en la zona u otras como la Punta del Barraco, dentro también de Los Lisos, por ser tradicional la pesca de esta especie en aquella zona. Los Lisos es el lugar donde se inician en la pesca del cabozo los playeros, donde se cogen cangrejos, jacas y caracolillas así como gusanas para pescar, debajo de cualquier piedra.

La Playa Chica también tiene sus peñas características, principalmente en forma de barras. Así, lo mismo hay una Barra Grande que una Barra Chica. Hay que decir que las distinciones entre las barras es algo más nuevo e incluso más técnico que playero. En la Playa, La Barra es toda la formación, y La Barra Chica es la de la Playa Chica, apenas a veinticinco metros de la orilla y, como consecuencia de la abundancia de arena, ya cada vez más cerca. Para los que no se atrevían a ir nadando a la Barra Grande, estaba la Barra Chica, y para los más pequeños estaba también la Barra de Los Niños, cerca de Los



Dos bañistas en El Charcón, la laguna que forma entre peñas la zona de Los Lisos. Inclinada, la Resbaliza. Al fondo, la Peña de la Vieja destaca como una enorme tarta. (Foto: Gerardo Montesdeoca)

Lisos, pero que ya ha quedado enterrada en la arena. Detrás de la Barra Chica, la zona de baño es estupenda. Las dos barras se encargan de formar una piscina que tiene arena de fondo y el agua limpia y tranquila.

De Playa Chica a La Puntilla, El Peñón es la peña que destaca, más enterrado en la orilla que nunca. El Peñón era y sigue siendo un enorme ropero donde muchos playeros dejan sus prendas para no llenarlas de arena, pero también un lugar excelente para mariscar. Allí acude a diario Martín, con su albornoz marrón y su bolsa con comida para los pcces, que ya lo conocen y acuden a comer de su mano como cualquier cosa, llegando hasta el punto de cogerlos y sacarlos del agua en un constante juego. Después viene la Peña de los Perros o de las Pulgas, y las peñas del Pico y el Pastel a la altura de la Casa de Galicia, consuante referencia de los barquilleros, hasta rematar en El Cabrón y El Confital.

La arena

Uno de los mayores atractivos de la Playa ha sido de siempre el color de su arena que, en los momentos del atardecer, cuando la bajamar recibe los contrastes de los últimos rayos de sol, el brillo que recibe convierte la imagen en una estampa idílica. La Playa recibe cada vez más arena como consecuencia de que las construcciones que se hicieron tanto en la primera línea como en general en todo el istmo, interrumpieron el transporte cólico. La arena, sin las construcciones, llegaba a la orilla, se secaba, y era transportada por el viento hasta los arenales, formando extensos campos de dunas como los que citaba Domingo J. Navarro.

Por los análisis de la calidad de la arena, se ha podido conocer la procedencia de la misma, determinándose tres aportes fundamentales de La Isleta, La Barra y la zona Oeste, los acantilados de Tinoca, siendo fácilmente reconocibles porque cada uno tiene una composición diferenciada, desde los restos volcánicos de La Isleta a la calcarenita de La Barra, pudiéndose determinar además en qué proporción están representados. Igualmente, el interior de la isla aporta parte de los sedimentos a través de los barrancos que hasta hace pocos años se derramaban en algunas partes de la Playa, como por ejemplo La Cícer, con sus características arenas negras que no son más que restos del arrastre de estos barrancos.

Otras aportaciones provendrían de arenas sumergidas. Ignacio Alonso Bilbao, que realizó su tesis en el año 93 sobre la arena de Las Canteras, defiende que toda la Bahía del Confital, entendiéndose bajo esta denominación la zona comprendida entre El Confital y la Punta de Arucas, son unos enormes arenales que pudieran haber sido un campo de dunas considerable hace miles de años, igual que el que fue el istmo. Según Alonso, ésta sería la explicación a la compactación de La Barra que no se ha encontrado igual prácticamente en ninguna parte del mundo. Asumiendo esto, La Barra habría sido hace miles de años la primera línea de playa que, con las oscilaciones del nivel del mar, quedaría posteriormente a doscientos metros aproximados de la orilla.

Esto explicaría además la forma de La Barra, una vez descartado su origen volcánico, plana y horizontal, aunque con una leve inclinación hacia el mar. De las variaciones del nivel del mar hay pruebas en zonas concretas de la Isla. En la Punta de Arucas, por citar un ejemplo, a alturas de hasta 80 metros pueden encontrarse fósiles marinos, que son precisamente el último aporte que recibe la Playa de Las Canteras para la composición de su arena. Los restos de conchas y organismos vivos componen, dependiendo también de qué zona, el 40% de la arena.

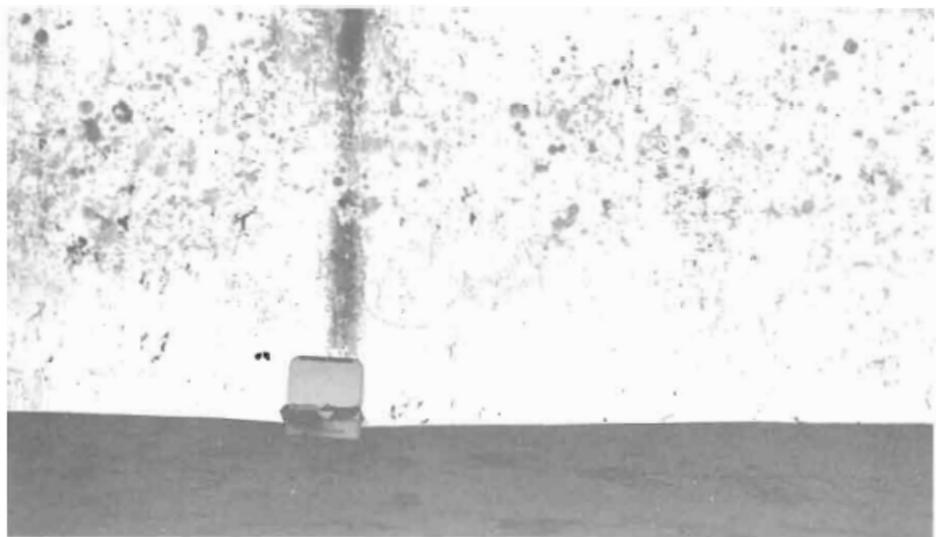
En la zona de La Cícer, la arena presenta un color negruzco que no tiene nada que ver con presuntas contaminaciónes como en ocasiones se ha oído decir a los bañistas. El color lo aportan materiales metálicos como el óxido de hierro o de titanio. En esta parte, la arena es más densa y de ahí que, pese a carecer de Barra, no se vaya. Antes bien, atendiendo a la teoría de Alonso Bilbao, recibiría aportaciones de arena del campo de dunas que describe que la taparían dejando en superficie arena tan rubia como la del resto de la Playa. A lo largo de los años, la industria de La Cícer ha formado una especie de barranco sumergido del que aún quedan evidencias en el fondo. El oleaje actúa de forma más enérgica en la parte más baja, por lo cual no ha permitido que esa especie de barranco se haya destruido pese a que la actividad de la industria ya no es la misma.

La acumulación de arena es otro de los aspectos que siempre se han puesto de manifiesto como negativos para el entorno. El problema no es nuevo. En el año 1884, Juan de León y Castillo envió un informe al Museo Canario para que solucionase la problemática de la acumulación de arena en la Playa, y no se resolvió. En la actualidad, principalmente en las zonas comprendidas entre el Reina Isabel y La Puntilla, donde más acumulación se produce, la bahía llega a asumir unos 300 metros cúbicos mensuales que, con el paso de los años hacen miles y decenas de miles de metros cúbicos que, salvo que se ponga el remedio adecuado, llegarán a colmar la dársena hasta provocar que la Playa comience a partir de La Barra hasta adentro.

Los aportes, que continuarán existiendo mes tras mes, han ido acobardando con la flora y como consecuencia con la fauna de la Playa, por lo que en numerosas ocasiones se ha solicitado un dragado controlado de los fondos que no altere su formación. Sin embargo, los planes de la Demarcación de Costas para ampliar Las Canteras prevén que se pueda redistribuir esa arena para otras zonas de la bahía, en una inmensa polémica que sólo acaba de empezar.

La evolución en el estado sanitario

El estado sanitario de la Playa ha cambiado de la misma manera que los tiempos que corrían al otro lado del Paseo. Así las cosas, la superpoblación en torno a la zona ha venido a saturar la primera línea de costa con vertidos continuados, sobre todo a partir de los años 70 y 80, situaciones que han sido posteriormente corregidas por el Ayuntamiento capitalino, que se mostró sensible a mantener la bahía en un perfecto estado sanitario, consciente de lo que significaba y de hecho ya había significado para la ciudad.



La abundancia de la arena es innegable. Las fotos hablan por sí mismas. (Foto: Tato Goncalves)

No obstante, parece increíble que hace tan sólo diez años, la Playa tuviera puntos de vertido importantes, sobre todo en la zona de La Isleta, con El Confital en primer plano, consecuencia de la población chabolista de la zona e incluso de la parte militar y el barrio de Las Coloradas. Años antes, los vertidos procedían en el lugar de las industrias conserveras de pescado que arrojaban todos sus desperdicios al mar y la arena. Por la zona de La Cicer, la industria vertía fundamentalmente el agua que recogía a través de las tuberías de Los Muellitos y que utilizaba para enfriar algunas de sus máquinas, sin que se demostrara que causarían un perjuicio contaminante, mientras que el Ayuntamiento tenía unas cloacas en la parte litoral del barrio de Guanarteme, que vertían directamente al mar. Algo parecido ocurría en la zona de Peña de la Vieja y Playa Chica, donde los vertidos de aguas fecales a la arena eran un espectáculo deplorable por el caudal con que se producían.

Evidentemente, la situación ha cambiado como consecuencia de la mejora de las canalizaciones y estos vertidos fecales ya no llegan a la arena, que varias veces presentó contaminación por hongos que afectaban a los usuarios. La corrección de estas situaciones dan una visión de la capacidad de regeneración de la Playa de Las Canteras, sometida además a una enorme presión humana que ha sido capaz, asombrosamente, de asumir sin que pueda decirse que ello representa trastornos importantes a aquella parte del litoral capitalino.

De otro lado, las corrientes marinas tienen mucho que decir en los vertidos que llegan a la Playa, fundamentalmente a la zona de La Cicer, provenientes del Norte. Estando en funcionamiento el Matadero Municipal de Costa Ayala, era frecuente que en la costa aparecieran restos de animales que eran arrastrados por el agua. Los vertederos incontrolados en la zona Arucas, Moya y los barrios periféricos del municipio, descargaban en el agua los desechos que después era fácil encontrar en Las Canteras, lo mismo que los cartuchos que se utilizaban para el tiro al pichón en la zona de Punta Camello y que una vez usados eran arrojados al mar. La limpieza de algunos barcos frente a la dársena llevaron en más de una ocasión basura a la arena, pero todas estas situaciones se fueron remediando con el cierre del matadero y las clausuras de los vertederos incontrolados con la colaboración de los municipios limítrofes.

La limpieza de la playa

En la segunda mitad de la década de los 80, el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria comprendió que la limpieza de la Playa se le iba de las manos. Hasta entonces se contaba con una cuadrilla de trabajadores del Servicio de Limpieza integrados en lo que entonces se llamó Plan de Acción Inmediata (PAI), con más voluntad que buenos resultados, pero no se contaba con el apoyo de máquinas especializadas como se hacía en otras playas de la península. Los trabajadores del PAI no daban abasto, pese a que su labor se completaba con otras campañas como la popular *Canario cuida tus playas* que estuvo auspiciada en la ciudad por la Asociación de Amigos de Las Canteras y con la

que se pretendía concienciar a los usuarios de la necesidad de mantener limpio el litoral, en beneficio de todos.

Ante esta situación, el Ayuntamiento capitalino realizó un concurso que resultó ganado por la empresa Construcciones y Contratas, que la ha mantenido a lo largo del tiempo salvo en un corto periodo. Con la contrata llegaron las primeras técnicas de limpieza de la arena, que era el objetivo fundamental puesto que en ella se concentraban los bañistas, aunque el agua recibida con el paso del tiempo un tratamiento especial con el apoyo de embarcaciones para la recogida de vertidos menores como plásticos y similares.

En la actualidad, la limpieza de la Playa está distribuida en tres turnos de trabajo, mañana, tarde y noche todos los días del año, incluidos los festivos. Se basa en la recogida de residuos gruesos en la superficie de la arena como latas, botellas, plásticos, papeles, colillas y pequeños desperdicios. Además se incluye la recogida de sebas en las épocas en que el mar las arroja a la orilla, el vaciado de contenedores y la recogida de residuos que quedan depositados en las peñas. A esta limpieza intensiva se le añade un repaso mediante el rastrillado, barrido y recogida de colillas manual. Es de destacar que no son precisamente las colillas las que más daño hacen a la arena, puesto que hay vehículos especialmente dedicados a su recogida, sino la ceniza de los cigarrillos. Esta descomposición del tabaco, al mezclarse con la arena, es imposible de recoger y por tanto va creando una capa fina de color blanquecino que llega a notarse en la piel de los bañistas.

Por otra parte, la contrata de limpieza se encarga también de la desinfección, con equipos autónomos de accionamiento manual, contra hongos y bacterias en los más recónditos lugares desde las duchas a las pasarelas, pasando por las escaleras de acceso, rampas, contenedores, etcétera, un servicio que se realiza diariamente. El mantenimiento y reparación de las duchas y pasarelas también corre de su cuenta.

El turno de la tarde incide fundamentalmente en el Paseo, que se realiza en dos direcciones partiendo desde los balnearios a La Cicer y a La Puntilla, barriendo la Avenida, retirando las colillas y los papeles de los parterres y vaciando las papeleras. El servicio vuelve a repetirse en horas de la noche. Una parte del trabajo consiste en la oxigenación de la arena a diario mediante vehículos especiales hasta los treinta centímetros de profundidad. Con ello se evita que la arena llegue a ensuciarse de forma importante por el paso de usuarios con zapatos o el vertido de las cenizas de los cigarrillos a las que antes se hacía referencia.

Los datos de la retirada de basura son indicativos de los meses en los que mayor uso se hace de la Playa o, en todo caso, los meses en los que más descuidados son los usuarios con el litoral. En agosto del pasado año se retiraron 401.800 kilos de basura de Las Canteras frente a los 30.000 kilos de basura que se sacaron de Las Alcaravaneras. Esta cifra va progresivamente bajando y en octubre o noviembre, pese a ser temporada alta en términos turísticos, no se pasó de los 146.000 kilos de desechos. En febrero, estas cantidades bajan hasta los 80.000 kilos.

La empresa Fomento de Construcciones y Contratas, que actualmente realiza el servicio de limpieza de todas las playas capitalinas, cuenta además con un convenio



El Ayuntamiento adjudicó a una empresa, FCC, la limpieza de la playa. Con la contrata llegó la maquinaria especializada a hacer un trabajo que hasta entonces se hacía sólo con medios humanos. En la imagen, recogida de sebas a cargo de dos operarios. (Foto: Francisco Socorro)

firmado con la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria por el cual se realizan muestras semanales del estado sanitario del agua en diferentes zonas de la playa para, si arroja un resultado no apto, tomar las medidas que se consideren oportunas. En total se presentan veinticuatro muestras mensuales del agua del mar que, hoy por hoy, presentan una calidad adecuada para el uso público pese a la masificación que sin duda presenta la playa.

La flora de Las Canteras. Las algas

Las aguas de la Playa de Las Canteras sirven de cobijo a 210 especies diferentes de algas aproximadamente, de las 650 especies de algas macroscópicas que se han catalogado en las Islas Canarias, lo que representa un 30% de la totalidad de las especies existentes en el Archipiélago y es indicativo además de la riqueza vegetal de la primera playa capitalina. La razón de esta abundancia, aparte de las características especiales de este ecosistema, es el hecho de que, siendo una playa orientada al Norte, presenta una Barra natural de protección que contribuye a frenar el oleaje, que es una de las características que limitan las poblaciones de algas en el Norte de todas las Islas Canarias; esto da lugar a la creación de una dársena entre La Barra y la orilla que, debido a la falta de impulso del oleaje del Norte unido a la diferencia de temperaturas que hay con el agua que se dispone por detrás de La Barra, condiciona la presencia de especies subtropicales de algas que sólo se encuentran en el Sur de las Islas.

Además, se cuenta con la presencia de otros ecosistemas marinos importantes que son los sebadales, muy difíciles de localizar en la costa Norte y que en el caso de Gran Canaria sólo se disponen en el Norte en la zona de Sardina. Los sebadales de Las Canteras causaban terror a los chiquillos que se aventuraban a pasar desde la orilla a La Barra, por la oscuridad del fondo. El roce de un pie con las fanerógamas provocaba todo tipo de reacciones e incluso enseñaron a más de uno a nadar deprisa con tal de no toparse con ellos. En los sebadales de Las Canteras podían encontrarse hace apenas diez años caballitos de mar que ahora no se ven como consecuencia de la progresiva desaparición de esta especie vegetal.

Los sebadales cubrían prácticamente el 75% de los fondos arenosos de la Playa. Sin embargo, al acumularse la arena a gran velocidad produjo un retroceso de esos sebadales y cambios importantes no sólo en la composición de la vegetación marina de Las Canteras, sino también en la fauna, ya que estas alfombras vegetales son ecosistemas importantes porque en ellos se producen puestas de huevos de peces, de invertebrados marinos, o encuentran refugio los alevines. Los tapices tenían zonas de claros, tal y como ocurre en los bosques. En esta especie de bosque submarino, los claros tenían el nombre de calveros, generalmente en forma de hoyos, y en ellos las carmelitas campaban a sus anchas. Desde que desaparecieron los sebadales, se fueron también las carmelitas o al menos su localización es más dificultosa que antes.

Los datos más antiguos que se poseen de las características vegetales de Las Cante-

ras son consecuencia de los estudios y las muestras realizadas por Borgensenn en 1925. Estos se refieren especialmente a El Confital, cuyo nombre como se señaló anteriormente proviene de *confite*, que no es otra cosa que una formación de algas calcáreas de forma redondeada.

Las algas de Las Canteras no son un secreto para sus usuarios. A principios del verano sobre todo es especialmente notoria la presencia de este tipo de vegetación en la playa, que se acumula en la orilla tapizándola por completo y que la empresa encargada de la limpieza del litoral retira en camiones, pesando toneladas de ellas. La llegada de las algas a la orilla de la Playa se da en dos momentos puntuales: como consecuencia de los temporales de febrero, en que son arrastradas y sacadas por el mar a la orilla, y en la época de verano, a finales de julio, aproximadamente. La primera de estas invasiones se da de manera natural, no porque haya temporales, sino porque acaba el ciclo de vida de las algas y como todas las plantas, mueren. Lo único que en este caso, en vez de caer al suelo como las plantas terrestres, son arrastradas por el mar hacia la orilla, dándose grandes acumulaciones de algas que sufren procesos de putrefacción y atraen a determinados insectos.

Incluso la llegada de las algas a la orilla ha cambiado con el tiempo. En los tiempos en que había grandes sebadales dentro de Las Canteras, los arrastres mayores en la Playa eran de sebas, no de algas, mientras que en la actualidad son sebas lo que llegan, generalmente rojas en verano, porque acaba su ciclo natural. El único inconveniente que tienen es que cuando el bañista se mete en el mar tiene hasta dos metros de algas putrefactas a modo de pasillo, e incluso puede encontrarse algunas flotando en el mar que hacen que visualmente no sea agradable meterse en el agua, aunque no tiene mayor inconveniente. Estos cambios seguirán existiendo en la Playa mientras haya una dinámica natural de las poblaciones de algas y las poblaciones de sebas que, en diez años, se redujeron a la tercera parte debido a la acumulación de arena.

Generalmente las algas emplean como sustrato la roca en lugar de la arena, y se denomina sebas a las especies que crecen en la arena, por lo que se habla genéricamente de la vegetación en la playa y no de las algas de la playa. Al mismo tiempo, es posible ver algas en los sebadales, pero siempre sobre piedras. Sólo hay una especie de algas, las *caulerpas*, que tienen la capacidad de crecer en la arena, gracias a que tienen un sistema de sujeción mediante una especie de estolones, como las fresas. De esta forma va creciendo un estolón bajo la arena y después empieza a crecer cada rama hacia arriba. De resto, todas las demás necesitan el sustrato de roca; lo que sucede y puede llevar a la confusión es que, donde antes había una piedra en medio de la arena, ahora, a causa de la velocidad de sedimentación, han quedado cubiertas. Por ello, las poblaciones están más localizadas en otras zonas donde permanentemente hay piedras.

Las Canteras cuenta incluso con sus algas en exclusiva. Se trata de una especie llamada *Bonnemaisonia hamifera*, que en todo el Archipiélago sólo se ha encontrado en esta zona. Es una especie que tiene dos formas en su ciclo de vida y una de ellas jamás se había encontrado en Canarias hasta que se descubrió en Las Canteras. La Playa cobija especies que en toda la costa Norte de las Islas no se suelen encontrar, sino en las zonas del Sur. Por otro lado, los tipos de algas varían de un lado a otro de la costa. Hay



Las anémonas están presentes en la dársena, en cada peña bajo el mar, y en muchos charcos. Sus células urticantes le permiten hacer capturas de pequeños peces que curiosean a su alrededor. (Foto: Tato Gonçalves)

especies que se encuentran en las zonas aplaceradas donde no existen corrientes, y hay otras que precisan de esas corrientes para vivir y encuentran su entorno en las bocanas de La Barra, donde entra el agua hacia la dársena. Mientras, los sebadales se dan fundamentalmente en las partes más tranquilas, entre las barras y en la zona de La Punuilla que queda resguardada de la entrada del agua.

Desde que leyó su tesina en el año 85, la doctora en Biología botánica, Nieves González, asegura que ha habido un retroceso importante en los sebadales. Las cifras que se manejaban entonces eran, desde el punto de vista biológico, peligrosas porque se habían reducido a una tercera parte. La arena se estancaba a una velocidad superior que el crecimiento de las plantas y éstas fueron quedando tapadas hasta que murieron asfixiadas. La desaparición de La Barra pondría el punto final a la presencia de muchas de las diferentes especies vegetales de Las Canteras.

Entre otras cosas, en la parte exterior de esta formación arenosa hay un veril que además de tener poblaciones de algas de diez o quince centímetros de altura, tiene zonas de grietas y de cuevas donde además de las algas calcáreas se dan también muchas especies de invertebrados y de peces. El problema de la erosión es que estos pequeños ecosistemas desaparecen y de hecho, desde el momento que hay roturas de La Barra, ya lo están haciendo.

La riqueza piscícola. Especies animales

Al igual que las especies vegetales, los animales que viven en Las Canteras deben buena parte de su existencia a la presencia de La Barra. La Bahía del Confital presenta no sólo las características típicas de la zona norteña, sino también de un lugar abierto al Océano, lo que la hace aún más singular. Todos los organismos vivos se distribuyen de tal manera que su supervivencia presente determinadas garantías. Así, por ejemplo, los lenguados, cuyo color es similar al de la arena, estarían localizados en fondos arenosos, por lo que será inútil buscarlos en los fondos rocosos tapizados de algas. En ese caso, su color desiacaría convirtiéndose en presa fácil para un depredador.

La palabra *supervivencia* no sólo debe ser entendida en términos de la relación predador-presa, sino que también se refiere a la posibilidad de encontrar alimento u otros individuos de la misma clase, de tal manera que determinadas especies se localizan en lugares muy específicos cuando se reúnen en grandes cantidades de individuos formando colonias fácilmente detectables a simple vista. Esta unión es la que llevaba en la Playa en muchas ocasiones a echar redes con las que se capturaban especialmente lisotes u otros alevines, lo mismo que con las guelderas. Este tipo de apresamientos en la zona del litoral producía un importante daño, especialmente en las épocas de cría, y fue prohibida.

Desde siempre los chiquillos se dedicaron a la pesca de pequeños peces en la zona intermareal, con capturas superiores cuando iban detrás de La Barra, donde acudían también a pescar morenas, cargados con tripas y vísceras con las que las *engoaban*. Con

las primeras gafas y aletas, acompañados como todo instrumental de urta fija, los más pequeños lo intentaban repetidas veces con los tapaculos, mientras los mayores esperaban que cayera la tarde coincidiendo con la bajamat, o muy temprano por las mañanas, para ir en busca de algún pulpo con un paño blanco que se creía que haría salir al animal de su escondite.

La Playa se divide, por la distribución de la fauna, en tres zonas: supralitoral, intermareal e infralitoral, y los individuos pueden ser bentónicos, cuya vida transcurre de una u otra forma en relación con el fondo (lapas, tapaculos, etcétera) o pelágicos, que no mantienen ninguna relación con el fondo o sustrato (sargos, palomeias, etcétera). La zona supralitoral se corresponde con la parte más alejada del agua, donde sólo llega el mar cuando salpica en grandes temporales. Esta zona está poco representada en Las Canteras, aunque puede notarse en Los Muellitos de Guanartermo o en La Puntilla. En este lugar pueden encontrarse unos caracoles parecidos a los bulgaos, pero más pequeños y si el mar ha arrastrado en su subida algunas algas, debajo podrán encontrarse pulgas de mar (Géneros *Talitrus* y *Orchestia*).

Algo más cerca del mar está la zona intermareal, limitada por las mareas, según sea alta o baja. El número de especies es mucho mayor y los perfiles cambian de una zona a otra de la Playa en función de las características de cada una, como puede ser el grado de exposición al oleaje. Por ello es lógico pensar que a cada lado de La Barra hay dos perfiles totalmente diferentes. En la misma Barra es frecuente la presencia de una especie de costra que evita que nos resbaemos y que se abre al contacto con el agua (*Chthamalus stellatus*). Se trata de la concha de un animal parecido al percebe, aunque de menor tamaño, al que los playeros llaman clacas o *sacabocaos*.

Mezcladas con esta especie es frecuente encontrar algo más familiar como son las lapas (del género *Patella*) y de las que en varias ocasiones los bañistas dan cuenta con la ayuda de una simple piedra para hacerlas resbalar de las paredes a las que se agarran. Las que se localizan en un nivel superior presentan una concha más abombada que las que están más cerca de la marea, lo que les permite acumular una mayor cantidad de agua para evitar la desecación. En la parte inferior se observan los verdaderos bulgaos (géneros *Gibbula* y *Osilinus*) que tanto gustan, y quemones (*Thaïs haemastoma*) que son mayores que los bulgaos, de color marrón y que deben su nombre a su sabor picante.

Cuando de pequeños, enfundados en unas zapatillas *de calamar* o simplemente descalzos, cayendo sobre las rocas de Los Lisos, nos dedicábamos a coger cangrejos, no sabíamos desde luego que no era la misma especie la de Los Muellitos de Guanartermo que la de La Barra, aunque sí había algo de especial en los animales de la formación arenosa. Mientras en Los Muellitos es abundante el cangrejo moro (*Grapsus grapsus*) que no aparece en La Barra, en aquella zona podemos encontrar al cangrejo blanco (*Plagusia depressa*), además del cangrejo de roca (género *Pachygrapsus*) y la popular *jaca pelúa* (*Eriphia verrucosa*).

En grietas y oquedades están los erizos (*Paraeentrotus lividus*) o el erizo de púas cortas que en nuestras primeras inmersiones regalábamos a las niñas de la pandilla que tanto nos lo agradecían por su colorido (*Sphaerechinus granularis*). También están presentes las estrellas de mar (*Coscinasterias tenuispina*), varias especies de esponjas



La pesca en Los Lisos ha sido una estampa común. Algunos aprovechan hasta que la marea empieza a llenar y el agua no les cubre. (Foto: Tato Gonçalves)

(*Chondrosia reniformis*), ascidias (*Botrylloides leachi*) y pepinos de mar (Género *Holothuria*) a los que popularmente llamábaros *pingaburro* y sobre los que clavábaros las lijas para hacerles emanar un líquido blanquecino y pegajoso.

Precisamente la desaparición cada vez más abundante de las estrellas de mar, que era el predador que se airevía con los erizos, ha ido dando pie a que estos -especialmente las erizas- se extiendan por toda la Playa, dejando zonas de blanquízales, donde arrasan con todas las algas que a su vez alimentan a los peces, desequilibrando de manera importante el ciclo natural. Bajo los charcos pueden verse también almejas, camarones, pequeños corales de diversos colores, gusanos, anémonas (*Anemonia sulcata*), vacas de mar (*Aplysia dactylomela*) y babosas de mar (*Berthellina quadridens*) cuya diversidad de formas y colores asombra a diario a quienes las observan.

Tampoco es difícil encontrarse con pequeños pulpos y chocos. Mucha de la gente que vive en torno a Las Canteras y tiene pájaros u otras aves en su domicilio aprovecha la captura de estos últimos para, una vez se le ha extraído el hueso interior, dejarlo secar y dárselo a los canarios, que lo aprovechan como el calcio que es. La representación de peces en Las Canteras es muy variada, desde los cabozos (géneros *Gobius* y *Mauligobius*), hasta las barrigudas (*Coryphoblennius galerita*), pasando por fulas (*Abudefduf luridus*) y pejeverdes (*Thalassoma pavo*), a los que algunos llaman gueldes, hasta alevines de sargo, scifías, sargos breados, conocidos como *sargoriados*, herreras, galanas, e incluso viejas (*Spansoma cretense*) y meros (*Epinephelus guaza*).

Para entrar en el infralitoral es necesario hacerlo con gafas y tubo. La Playa tiene dos clases de fondos: rocoso y arenoso, aparte de los constituidos por los seabadales. Los fondos arenosos cuentan con un menor número de especies, principalmente tapaculos (*Bothus podas maderensis*), peces lagarto (*Synodus saurus*), arañas (Género *Trachinus*), así como pequeños grupos de herreras (*Lithognathus momyrus*) y salmonetes. De la misma manera es posible encontrar peces pelágicos -sin relación con el fondo- que estén de paso, como bicudas y palometas. Ocasionalmente podemos encontrar chuchos (*Dasyatis pastinaca*), angelotes (*Squatina squatina*), tembladeras (*Topedo torpedo marmorata*) y hasta mantellinas. Durante la época estival, las mantellinas (*Gymnura altavela*) se acercan a parir en las zonas de arena donde hay rocas, como en Peña la Vieja, y no sería la primera vez que un bañista al meterse en el agua las pisa con el consiguiente temblor del punto de apoyo. Los jóvenes de la zona suelen bañarse con ellas y hasta acartciarlas por su docilidad.

En cuanto a los invertebrados, organismos sin esqueleto interno, se encuentran especies que nunca aparecen en los charcos junto a otras habituales de estos espacios. A pocos metros de profundidad es frecuente la presencia de la eriza (*Diadema antillarum*), de púas extremadamente largas y depredadora importante de otros organismos; y en cuanto a peces, chopas (*Spondyliosoma cantharus*), galanas (*Oblada melanura*), mujarras (*Diplodus annularis*), gallos (*Stephanolepis hispidus*), rascacios (Género *Scorpaena*) y tamboriles (*Sphoeroides spengleri*).

Los seabadales son auténticas cunas para los alevines de casi todas las especies de peces, siendo esta zona donde buscan refugio y alimento. Aquí es frecuente la presencia de chuchos (*Dasyatis pastinaca*) y tembladeras (*Torpedo torpedo marmorata*) y otros

que sólo pueden encontrarse en esta zona. Los más llamativos sin duda son los caballitos de mar (*Hippocampus ramulosus*) y los peces pipa (*Syngnathus acus*), aunque su observación requiere un alto grado de paciencia pues su capacidad de pasar inadvertidos es grande.

Las aves, el obligado paso migratorio

La costa canaria, lo mismo que la africana, es frecuentemente elegida por distintos tipos de aves como cuarteles de invierno, para protegerse de los fríos que en esta época se extienden por la mayor parte de Europa. Tras los periodos de crías, las aves comienzan un período migratorio en busca de zonas de temperaturas más altas que las obligan a pasar por el Archipiélago, e incluso muchas de ellas optan por quedarse en lugar de proseguir hasta la costa africana. No puede decirse que en Las Canteras exista un determinado tipo de aves que se presente de forma exclusiva en esta parte del litoral, aunque como consecuencia de esas migraciones sí pueden verse ejemplares que no nidifican en Canarias, fundamentalmente limícolas que se alimentan de los distintos organismos que viven en estos ambientes.

Aunque no hay referencias concretas a Las Canteras, por no ser un sitio de interés, cuando el istmo no estaba urbanizado, la zona era un lugar importante para aves esteparias como el alcaraván, que después le daría nombre a la Playa de Las Alcaravaneras y que actualmente sólo puede observarse de forma muy dispersa en el Norte de la isla, o el corredor, una especie que casi no se cita ya en Gran Canaria. La afluencia masiva de bañistas a Las Canteras afecta igualmente a las aves. Las que inicialmente discurrían por la orilla de la playa se han trasladado a zonas más tranquilas como La Barra, donde la presión humana es menor.

Entre las limícolas se han descrito ejemplares de chorlito grande, chorlito chico y chorlito patinegro, dándose el caso además de que estos dos últimos crían en las Islas. Se trata de especies de patas más o menos largas, con un pico muy sensible que contribuye de manera determinante en la búsqueda de pequeños crustáceos que le sirven de sustento, lo mismo que a los zarapitos, vuelvepedras, correlimos tridáctilo, la Aguja colipinta y colinegra, y el chorlito gris. Las garzas son más o menos frecuentes, principalmente la garza real, un espectáculo visible desde la orilla que ha dejado obnubilado a más de un paseante que no podía dar crédito *al tamaño de aquella gaviota* y las garcetas, blancas, de pico y patas negras, con el pic de color amarillo. Son aves con una distancia de huida muy grande, por lo que pocas veces es posible acercarse a ellas. De ahí que el lugar que elijan durante su presencia en Las Canteras sea La Barra, pese a que existen plataformas rocosas, como Los Lisos, donde igualmente podrían encontrar pequeños crustáceos de los que alimentarse. Aunque hay referencias muy vagas del siglo pasado sobre la posibilidad de que La Isleta fuera la base de un nido de garzas, esta especie no se ha detectado en nidificación en la Isla. De la misma manera, aunque se trata de ejemplares divagantes, se encuentran cormoranes o charranes, una especie más

pequeña que la gaviota y con las alas más curvadas, que sobrevuelan el agua a ocho o diez metros de altura hasta que localizan un banco de pequeños peces sobre el que se abalanzan para alimentarse.

Pero sin duda son los láridos los que más presentes están en Las Canteras. A este grupo pertenece la gaviota argéntea, la gaviota sombría y la gaviota reidora. La gaviota argéntea se reproduce en Gran Canaria, no en Las Canteras, en zonas de acantilados inaccesibles puesto que requiere mucha tranquilidad en los períodos de nidificación, y en determinadas épocas su número aumenta de forma apreciable por la presencia de la gaviota sombría, una especie invernante que se confunde con la anterior ya que sólo las diferencia el plumaje, más oscuro en esta última. Otras gaviotas de menor tamaño, como la gaviota reidora se presenta en Las Canteras en invierno, desapareciendo con los primeros calores.

Las pardelas centicas y el Petrel de Bulwer son aves pelágicas que realizan toda su actividad en alta mar, excepto la reproducción, por lo que también han podido verse ejemplares, fundamentalmente jóvenes, que como consecuencia de las luces de la ciudad y su propia inexperiencia, se desorientan y caen. Todas estas aves están protegidas por convenios internacionales y por la propia legislación española.

Cetáceos y mamíferos marinos

El Archipiélago canario acoge a unas veintidós especies diferentes de cetáceos de las setenta y ocho conocidas hasta el momento, desde delfines a cachalotes. Esta cantidad de especies, desconocidas hasta ahora y aún en una primera fase de estudio, no significa sin embargo que las Islas sean una zona especial para estos mamíferos, aunque aquí se den las condiciones que propician su estancia. La práctica carencia de placa oceánica que se traduce en grandes profundidades en las cercanías de la costa y la abundancia de cefalópodos (sepias, calamares, etcétera) que constituyen buena parte de la alimentación de los cetáceos, convierten al Archipiélago en un sitio acogedor. Algunas de las especies que visitan las Islas con frecuencia sólo son conocidas por varamientos, sin que hayan sido vistas vivas jamás en el mar.

Las Canteras cuenta con un importante número de varamientos de estas especies, precisamente por ser zona de paso en sus movimientos migratorios, aunque estos se produzcan a varias millas de la costa. Desde delfines a cachalotes, pasando por calderones, la población de la Playa ha podido observar la presencia de los mamíferos más cerca de lo que muchos puedan creer. No en vano, a una milla de La Isleta vive permanentemente un grupo de tursiones comunes, un delfínido similar a las toninas, y un grupo de calderones grises, además de una comunidad de cachalotes que, según los estudios realizados por la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, podrán moverse entre las islas de Gran Canaria y Fuerteventura.

En muchas ocasiones los mamíferos marinos se acercan a la Playa, probablemente desorientados. En La Puntilla se han visto con frecuencia ejemplares de cachalotes,

algunos de los cuales han varado, y toninas incluso por dentro de La Barra, dando sustos mayúsculos a los jóvenes que cogen olas en la zona, pese a lo inofensivo de estos animales. Pero quizás uno de los episodios que con mayor nitidez se recuerda en la Playa fue cuando, en torno al año 83, un grupo de calderones merodeó durante un día entero por la dársena.

Las hembras, asustadas, seguían a un macho que se había empeñado en varar. Primeramente fueron avistados por la zona de Peña de la Vieja, por donde accedieron probablemente a la dársena interior a través del pasadizo. Quienes tuvimos la ocasión de disfrutar del espectáculo, apreciamos una imagen inédita de la enorme peña, alrededor de la cual salían los chorros de los calderones, también denominados ballenas piloto pese a pertenecer a la familia de los delfínidos, que iban y venían de un lado a otro. Al caer la noche, el macho encontró en la orilla de la zona de La Cicer el final que venía buscando. A esa hora ya se había extendido la voz y todos perseguíamos a los cetáceos por toda la Playa a través de sus surridores e incluso, un joven de unos quince años, no se lo pensó para saltar al agua en calzoncillos y ver más de cerca a los animales para comprender qué hacían en Las Canteras. El niño se llamaba Vidal Martín que, con el tiempo, se ha convertido quizás en el mayor experto sobre cetáceos del Archipiélago, y uno de los mejores conocedores de estos animales de todo el país.

Hasta que la policía, que había llegado al lugar para evitar que los curiosos pudieran lanzarse al agua, no se dignaron a escuchar a Vidal, los calderones continuaron dando vueltas por La Cicer, empeñados en salir a la orilla. El chiquillo propuso entonces sacar al macho del agua, y así se hizo con una grúa. De resto, Vidal organizó la actuación de salvamento. Se trataba de empujar a las hembras hacia mar abierto para evitar que vararan. Decenas de curiosos nos metimos en el agua a empujar las masas de grasa que se giraban entre las olas y resplandecían al brillo de la Luna iluminándolo todo. Fue una noche larga a la que siguió una mañana no menos fatigosa, puesto que después de haber cogido agua, las ballenas piloto, aún gritando, se resistían a dejar Las Canteras y paseaban por Playa Chica y Peña la Vieja como el día anterior, hasta que fueron remolcadas al exterior de La Barra, y desaparecieron.

Algunos pescadores de La Puntilla aseguran haber visto orcas de paso por la zona, pero son fundamentalmente las especies descritas las que pasan por Las Canteras sin opción a quedarse, ya que sus aguas no son todo lo profundas que estos animales necesitarían. No obstante, esto no quita para que ocurra que algunos de estos animales decida dar un paseo por la dársena interior, aunque no es lo más frecuente salvo en el caso de las toninas, que llegan a saltar por encima de una barca sin tener contemplaciones con sus ocupantes, para demostrar que están presentes, juguetonas y veloces.

CAPITULO V
Mirando al siglo XXI

Las Canteras del siglo XXI

Tuvieron que pasar muchos años para que finalmente, tras conocer una grave crisis turística, el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria se planteara que si el *boom* había nacido a las orillas de Las Canteras, allí volvería siempre y cuando la playa y su entorno fueran adecuados a los tiempos que se vivían. Las inmediaciones de la Playa, todo aquello que le daba algo más que sol a la parte más popular del litoral capitalino, no había conocido reforma alguna desde que en los años 30 se comenzaron a colocar las más que gastadas baldosas blancas y rojas sobre las que tantos recuerdos guardaron los asiduos a la zona, y en general todos aquellos que la conocieron. Las Canteras, primer eslabón de la larga cadena del turismo en Gran Canaria, debía mirar hacia el siglo XXI.

Comenzaba a correr la última década del siglo, 1990, cuando el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria optó por adecentar los lugares más vistosos de la ciudad por lo que ello representaba de cara a los visitantes, y porque los *escaparates* del municipio dejaban mucho que desear. De esta manera se planteó la redacción de una serie de proyectos que iban a convertir una determinada zona de la ciudad que se dio en llamar eje Santa Catalina-Canteras, en el punto estelar de la gran operación de regeneración urbanística que en poco tiempo iba a darse en el municipio capitalino. La Playa de Las Canteras, ama de cría de miles de personas de toda la Isla, tenía en este capítulo una atención especial, puesto que cada año es frecuentada por prácticamente todos los habitantes del municipio al menos una vez. Era y es la zona peatonal por excelencia y, sin embargo, carecía por entonces de una serie de dotaciones básicas que eran reclamadas cada vez con más fuerza.

Los servicios no eran del todo satisfactorios y el acceso a las obras en el subsuelo prácticamente imposible sin tener que romper el pavimento blanco y rojo de hace más de cuarenta años, que ya empezaba a presentar un parcheado constante como consecuencia de las continuas operaciones a las que era sometida la popular Avenida para enmendar averías de importancia. El alumbrado presentaba igualmente un importante deterioro, dándose el caso de muchas partes en las que no se sustituía con la frecuencia conveniente por la dificultad que ello entrañaba, y los tramos de barandilla de diferentes partes del Paseo se habían ido cayendo como consecuencia del paso del tiempo sin un retén específico que se encargara de reponerlos pese al peligro que suponía para los paseantes. La ciudad había crecido y el foco máximo de atracción del turismo se había anclado en los años del *boom*, que, además, había disminuido considerablemente.

Los técnicos tasaron entonces la idea municipal del proyecto y los sueños se tornaron números y operaciones matemáticas que dieron como resultado que las arcas municipales, por sí solas, eran incapaces de hacer frente a una obra de tal magnitud si lo que se pretendía era hacerla con visión de futuro como se hizo la primera vez. Europa fue la solución. El Fondo Europeo para el Desarrollo Regional (Feder) aportó las cantidades necesarias y el resto fue contratar y ejecutar, lo que no fue poco. Los trabajos se pusieron en marcha con una aportación de 974 millones de pesetas del Feder, 385 millones de pesetas aportadas por el Gobierno de Canarias y 433 millones de pesetas

que puso el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, lo que dejaba el costo total del Paseo en 1.792 millones de pesetas.

La obra, dada su gran extensión, se dividió en fases con diferentes adjudicatarios, pero siempre con un mobiliario en común, a fin de no provocar parcheos. Así, el primer tramo quedaba comprendido entre las calles Prudencio Morales, en La Puntilla, hasta la calle Gomera, donde se alza el hotel Meliá Crisúna; y el segundo tramo discurría desde allí hasta la calle Viriato, quedando pendiente una tercera fase que se decidiría con posterioridad.

Se empezó con el modificación de las tripas del Paseo, o lo que es lo mismo, con sus canalizaciones. Sin lugar a dudas, la parte más emblemática de la remodelación de Las Canteras de este fin de siglo está bajo la Avenida, siendo la fase de obras más difícil y la menos vistosa de cara a los ciudadanos, pero al mismo tiempo la realmente imprescindible. Bajo el Paseo se construyó una galería de servicios que ha supuesto que, para cualquier arreglo de la red de Telefónica, Unelco, Alumbrado Municipal o canalizaciones de agua, no sea preciso romper el pavimento como ocurría antes, sino que los trabajadores de cada servicio pueden acceder a ella por medio de entradas distribuidas a lo largo de la Avenida y caminar sin problemas de altura u otras incomodidades para proceder a las reparaciones, sin que ello afecte a la vida que se desarrolla en la superficie.

Esta era la primera vez que una obra de este tipo se realizaba en la ciudad y el ahorro que supone a las empresas que la usan, así como las molestias que evita a los usuarios de la Playa, compensan su ejecución. Igualmente permite conocer en todo momento por dónde discurren las líneas de los servicios esenciales de la ciudad en aquella zona, un problema con el que con demasiada frecuencia se encuentra el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria y que ha causado enorme perjuicios en diferentes obras públicas desarrolladas a lo largo de la última década.

La nueva Playa de Las Canteras buscaba continuar luciendo la Bandera Azul de la Comunidad Europea durante muchos años, por lo cual fue dotada de servicios renovados como los balnearios, donde hasta un detalle tan simple como puede ser la colocación, el color y el material de las perchas donde los bañistas debían colgar su ropa fue objeto de debate entre los técnicos. El local que hasta entonces ocupaba la Policía Local de Playas pasó a convertirse en el centro de distrito del servicio y fue ubicado en los bajos de la plaza de Saulo Torón, igualmente remodelada en su totalidad.

Los trabajos dieron comienzo en enero de 1991 e incluyeron además del reformado de la Avenida de Las Canteras, las calles que terminaban en ella. Estas fueron peatonalizadas con el mismo pavimento que se usó para el resto de la obra y, de esta manera, el Paseo se prolongó por cada una de ellas, aprovechando los huecos que servían de nexo entre las calles y la Avenida para colocar bancos y parreros que sirvieran como lugar de descanso para los paseantes que, sentados en ellos pueden mirar al mismo tiempo el Paseo, curioso y singular por la variedad de quienes lo transitan, o relajarse de cara al mar.

La parte peatonal fue dotada con nuevas esculturas que han seguido incorporándose con el paso de los años, desde la reposición del busto del poeta Saulo Torón en la plaza de su mismo nombre, al final de la calle Tenerife, hasta el grupo escultórico *Los*



Desde hacía casi medio siglo era imposible tomar esta foto. Se trata de la colocación de los primeros adoquines de la remodelación del Paseo. El pavimento cambió de forma, color y tamaño. (Foto: Gerardo Montesdeoca)



La galería de servicios construida para evitar tener que romper el pavimento en cada intervención fue la estrella de las obras, aunque su lucimiento, al estar bajo el Paseo, no ha sido grande. Por este paso discurre todo el cableado de los servicios básicos de Las Canteras. (Foto: Gerardo Montesdeoca)

niños de La Barra, obra en bronce de Juan Bordes, dispuesto a lo largo del primer tramo del Paseo, alternado con farolas y distinto amueblamiento. Igualmente se le concedió un paseo a Librada Alvarado, a Los Pescadores de La Puntilla, se instalaron los bustos de Pepe González junto al Club Victoria y el de Bartolomé Apolinario junto a la Clínica de San José, se inauguró la Plaza de las Naciones en la Playa Chica, y se colocó una placa conmemorativa de los trabajos de acuerdo con los fondos europeos del Feder.

Los materiales del nuevo Paseo

Los materiales empleados en el amueblamiento de Las Canteras fueron analizados uno a uno para dotar a la más importante franja del litoral capitalino de un vestido que resultara acorde con el uso que se hace de ella, sin que ello repercutiera en la belleza de la Playa. Los vecinos, casi de manera unánime, mostraron su desagrado hacia el pavimento escogido, acaso la parte más difícil de elegir entre todo lo que significaba nuevos materiales. La costumbre de ver las baldosas blancas y rojas dificultaba aún más que se aceptara un frío gres alemán de color gris terroso dispuesto en pequeños baldosines. Durante su colocación, la obra parecía que nunca se iba a acabar. Además, al no estar cogidos con cemento ni ningún otro tipo de pegue, los vecinos no tardaron en adoptar como un juego más de la Playa el arrancado del baldosín, con lo cual durante los primeros meses era fácil ver huecos en los que no había adoquinado. Según se decía, eran muy útiles para afilar los cuchillos de cocina, lo que los cotizó aún más.

Los arquitectos que se habían hecho cargo del reformado, Javier Mena Márquez y Ramón Chesa Padrón, coordinados con el ingeniero municipal Ignacio Salas, manifestaban en defensa del nuevo suelo que estaba hecho de un material poroso que ayudaba a no resbalar cuando se caminaba descalzo por la Avenida, no retenía el calor como las antiguas baldosas, que hacían correr al más valiente en los soleados días de verano y, además, como su superficie era lisa, permitía a las señoras caminar sin miedo a partir los tacones de sus zapatos entre las ranuras que tenía una parte de las baldosas que se había colocado en la década de los 30.

El baldosín resultó frío, más apropiado quizás a las construcciones de la Europa Central que al cálido clima de Las Canteras, aunque terminó imponiéndose, e incluso muchos cambiaron de opinión al verlo totalmente colocado desde La Puntilla a La Cícer. Por otra parte, dadas sus condiciones de colocación, el adoquín es fácil de quitar si fuera necesario hacer alguna obra, ya que con sólo retirar una pieza, el resto salta sin tener que romperlo, como un puzzle. Además, a la hora de volver a colocarlo, es inapreciable puesto que el nuevo suelo no absorbe materias grasas y mantiene el color original. Esto evitaba el parcheo que presentaban los ladrillos anteriores, de los que ni siquiera había suficientes piezas de repuesto, con lo cual había que recurrir a algunos modelos parecidos. Antes de la remodelación, algunas partes del Paseo parecían una trapería de las que tejían las abuelas con los restos de sus ovillos.

Ocho mil wattios configuran cada una de las farolas de más de treinta metros ubica-

das cada 150 metros de principio a fin de la Avenida. De esta manera se sustituía el antiguo alumbrado, compuesto de farolas de las corrientes ubicadas en toda la ciudad, por un menor número de báculos que, no obstante, daban la misma luz. La opción era preferible, puesto que además dejaba una mejor vista al mar. Los nuevos soportes, dada su altura y su potencia, permiten que los focos orientados hacia la playa alumbren la arena hasta aproximadamente la mitad de distancia entre la orilla y La Barra y, por supuesto, la totalidad de la Avenida, que dejó de tener fases de sombra. La mayor altura beneficia también a los vecinos de la primera fila de la Playa, que no se ven ahora perturbados por el foco de la farola a la altura de sus ventanas.

La primera fase tiene un alumbrado con los pies de menor altura, 21 metros, a fin de mantener un paralelismo con los grupos escultóricos de la zona. El total de torres de iluminación es de dieciséis postes a lo largo de toda la Avenida que, con sus coronas de focos móviles, posibilitan su descenso para la reposición de luminarias hasta la altura de un operario, lo que además salvaguarda el pavimento, en tanto que no tiene que sufrir el paso de los pesados camiones del servicio de Alumbrado Municipal.

El diseño de los bancos del Paseo guarda la filosofía de casi todos los que acuden a Las Canteras para desarrollar una u otra actividad, desde los bañistas a los que se limitan a hacer pasar las horas entre el movimiento de gente y el acecho a posibles cuerpos esculturales que se doran al sol. De esta manera se dispone del banco de hormigón al borde de la arena, sin respaldo, y que puede ser usado tanto para mirar a la Avenida como para mirar al mar. Fueron colocados fundamentalmente junto a los accesos a la zona de baño, a fin de que los usuarios los aprovechen para quitarse la arena cómodamente. Al mismo tiempo, permiten al servicio de Limpieza municipal incidir fundamentalmente en esas zonas, puesto que no habría, según se planeaba, restos de arena en otras.

Otros bancos de hormigón en forma de U, fueron colocados en torno a los quioscos, también sin respaldo, y con el fin de que fueran usados fundamentalmente para leer la prensa, tomarse un helado o como punto de encuentro de los ciudadanos, mientras que los bancos con respaldo y bajo marquesinas se convirtieron en el feudo de los que quieren descansar o mirar a los paseantes como entretenimiento. Todos estos bancos están preparados contra el vandalismo, que en las últimas décadas del siglo arrasa con todas las obras de la ciudad y encarece considerablemente los costos de este tipo de amueblamiento.

Las barandillas, otro de los elementos de difícil composición en la Playa de Las Canteras, dejaron de ser de madera para hacerse de metal. Sin embargo, uno de sus componentes atraió, a modo de imán, partículas de hierro que una vez fijadas comenzaban a oxidarse por su cercanía al mar. La obra tuvo que ser desmontada en su totalidad, después de haber pagado por ella un total de 30 millones de pesetas, para aplicarle un tratamiento que dejara sobre el aluminio una película de barniz que anulara el efecto imán, tras no pocas discusiones, críticas e incluso haber forzado una sesión plenaria en el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria con este único punto dentro del Orden del Día. Los gastos, al estar la obra aún en período de garantía cuando se apreciaron las primeras anomalías, corrieron a cargo de la empresa, lo mismo que la sustitución de algunos baldosines, que se revelaron como demasiado estrechos para mantenerse fijados en el suelo el tiempo que se esperaba.



Los nuevos materiales contribuyeron a rehabilitar el Paseo, casi cincuenta años después de que se terminara la Avenida por primera vez. La colaboración de la Comunidad Europea fue fundamental. (Foto: Fernando Ojeda)



Con la remodelación , la Playa fue escenario de nuevos usos. El caso más reciente fue el Festival Womad con decenas de miles de asistentes. (Foto: Arcadio Suarez)

Los nuevos usos

La Playa de Las Canteras había logrado conseguir de nuevo la prestancia que los continuos años de dejación le habían hecho perder. De aquel florecimiento cultural, de ocio y de esparcimiento, apenas quedaba nada hasta que el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria decidió acometer las obras de remodelación del Paseo que, al principio, fueron recibidas con asombro por los ciudadanos, tal vez incluso acostumbrados a aquel deterioro. Sin embargo, quedaba por hacer lo más difícil: llenar la playa y que el ciudadano la viviera.

Aunque pudiera parecer que el continuo trasvase de gente por Las Canteras tenía descubierta la playa, lo cierto es que esto no era así. Los peatones habían elegido otras zonas, ninguna con la prestancia de la Avenida, en tanto duraron las obras, y el Consistorio capitalino se vio en la obligación de presentarla en sociedad con su nuevo traje. Hasta el momento, la Playa, después de aquel floreciente momento de la mitad del siglo, había servido para poco más que para bañarse, practicar algún deporte y pasear por las gastadas losetas blancas y rojas.

La Concejalía de Playas pretendía que se realizara una serie de eventos que permitiera dar a la zona un uso polivalente que se conjugara con la actividad matutina de la misma y, así, la nueva plaza de Salo Torón se convirtió en el epicentro de la playa para cuestiones como conciertos de la banda municipal o de artistas que llegaban de otros puntos del mundo. Celebraciones festivas como el Día de Canarias o Rock en la Playa, lo mismo que la Gala del Carnaval, llenaron la arena de gente que buscaba compartir en Las Canteras las actividades que en otra escala se celebraron en sociedades y clubes a la orilla del Paseo en otros momentos.

Así las cosas, el Consistorio se aventuró a celebrar un macroconcierto musical que duraría un fin de semana completo y que permitió dar a conocer las posibilidades de la playa. El World of Music, Art and Dance (Womad) sirvió tanto para promover el desarrollo de actividades en Las Canteras como para exportarla a buena parte del mundo, dada la afluencia de periodistas de otras nacionalidades que se desplazaron a Las Palmas de Gran Canaria para dar cuenta del evento en sus respectivos países. Con dos escenarios situados en la zona del hotel Meliá y La Punilla, la diversión fue una buena manera de descubrir la playa para algo más que para tomar el sol. Las Canteras se ganó ser el gran espacio peatonal que la ciudad demandaba, y su arena fue sustituta y aglutinadora de todos los clubes y entidades sociales.

Con el tiempo, no cabía esperar menos, la operación de remodelación de la Playa dio los frutos esperados y, según los datos de la Concejalía de Urbanismo, las viviendas del entorno de Las Canteras han duplicado su valor en el corto plazo de dos años y muy especialmente aquellas que se encuentran en la primera línea del Paseo. Igualmente, se han duplicado las solicitudes de licencia en la zona en tanto que los vecinos, que habían mantenido sus casas cerradas o que las usaban para veranear, han empezado a hacer obras con el fin de fijar en ellas su residencia habitual. Una casa en las inmediaciones de Las Canteras pasa ya de los 20 millones de pesetas y en la primera fila es alcatario el precio que le quieran poner los vecinos, llegando a pagarse cifras del todo desorbitadas.

Desde que se terminó la remodelación del Paseo, siempre según las fuentes de la Concejalía de Urbanismo del Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, se han construido al menos quince edificios nuevos, reconviéndose aquellos que habían quedado obsoletos, mientras que los hoteles de tipo medio han ido sobreviviendo con rehabilitaciones pese a que algunos han pasado a convertirse en viviendas residenciales. El ciclo, pues, podría repetirse con los planes turísticos ideados por el Ayuntamiento para ello, con la colaboración de los empresarios hoteleros. Hoy como antes se está creando la infraestructura que permita tener algo que ofrecer a quienes nos visiten.

El objetivo prioritario municipal desde el punto de vista urbanístico está en salvar la primera línea de playa. Las fuentes municipales indican que todas aquellas residencias que habían pasado a ser servicios de actividades marginales como consecuencia del decaimiento general de la zona de Las Canteras han cerrado, con lo cual se ha garantizado su cambio de uso para la construcción de nuevos pisos o para revitalizar la oferta turística.

Los remates de la Playa

Pero la Playa de Las Canteras estaba muy por encima de las pequeñas dificultades que pudieran surgir en torno al Paseo y la colocación de su amueblamiento. El Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria había encontrado en Bruselas a un auténtico amigo, el amigo europeo, que no escatimaba elogios en el momento en que la nueva playa fue presentada a los ciudadanos. La administración local pasó de haber hecho posible un proyecto ambicioso, a plantearse uno nuevo que casi se consideraba imposible y en el que aún trabajan los dirigentes municipales.

Tratándose de la primera playa de la ciudad y una de las más populares del Archipiélago, no se podía perder la oportunidad de ampliar aún más su recorrido, y los dirigentes políticos entendieron que la Avenida tenía que encontrar continuación más allá de los muros de la industria de La Cicc, y llegar casi a La Isleta a través de La Puntilla, hasta la zona conocida como El Confital, posiblemente la más soleada de la Playa. Como consecuencia de este crecimiento que iba a tener la playa, incluso se tuvo que dotar a la Policía Local de unos vehículos específicos que les permitieran moverse por Las Canteras de punta a punta con la máxima celeridad. La Concejalía de Urbanismo adquirió entonces, al precio de 250.000 pesetas, cuatro coches eléctricos de los utilizados en la exposición universal de Sevilla, Expo 92, que quedaron bautizados como *poli móvil* y que no tardaron en hacerse populares en la Avenida.

Sin embargo, el paisaje era más abrupto en ese tramo de paseo que dejaría el nuevo adoquinado al borde de El Confital y las soluciones tenían que variar con respecto a las que se habían dado para Las Canteras. Los arquitectos que el Ayuntamiento eligió para dar continuidad al Paseo eran los mismos que lo habían rehecho después de décadas de deterioro.

Ramón Chesa Padrón y Javier Mena Mátquez se encargaron de dar una serie de



Para los desplazamientos en lo que será Las Canteras una vez ampliada, el Ayuntamiento adquirió cuatro coches eléctricos para la Policía Municipal. (Foto: Gerardo Montesdeoca)

soluciones en un anteproyecto a lo que será en un futuro el recorrido desde La Puntilla a El Confital. Antes de eso, la zona de La Puntilla, donde hace años se elevaban unas factorías derribadas por el propio Consistorio al estar en desuso, se utilizó para plaza pública, coronada por un juguete del viento realizado antes de su muerte por el artista lanzaroteño César Manrique. En sus bajos, un aparcamiento intenta dar solución a los miles de coches que en estas fechas, en contraposición con lo que era el principio de siglo, se acercan a Las Canteras para disfrutar de la Playa.

Este espacio, criticado por los vecinos por considerar que se trataba de un elemento que acababa con una parte del marisco allí existente, aunque finalmente aceptado, compatibiliza el uso de garaje con una serie de dotaciones tales como balneario, inexistente en aquella zona, o escuela de vela para el Rcal Club Victoria, que tantos cursos ha dado teniendo como toda base las instalaciones del club y alguna porción de arena donde depositar los barcos.

Los arquitectos del Plan Especial de Reforma Interior (PERI) de La Puntilla-El Confital, se plantearon ir más allá del planeamiento y aportar también los detalles urbanos de que se dotará aquella parte de la costa. Así se sucedieron las negociaciones con los vecinos de la zona para dar a conocer las intenciones municipales y evitar que, una vez comenzadas las obras, pudieran producirse actos de protesta que implicaran la paralización de los trabajos.

Los técnicos han fijado como prioritario que los vecinos tengan conocimiento de lo que se va a hacer en el lugar, buscando su aprobación y llegar a acuerdos con ellos. De cualquier forma, el PERI Puntilla-El Confital no será tan problemático como las ordenaciones en otras zonas de la ciudad, puesto que no habrá expropiaciones, aunque algunas construcciones abandonarán el sitio donde ahora están emplazadas. Debido a las posibilidades del lugar se trabajará con un sistema de compensaciones.

El plan partirá de la plaza de La Puntilla, obra de los mismos arquitectos, que entienden que el Paseo que se haga no será continuación del anterior, sino por el contrario, un reanate de La Isleta en su conexión con el Istmo de Guanarteme. A partir de esa plaza se mantendrán algunos de los bares existentes como forma de recuperar el tipismo tal y como se había proyectado en el proyecto Urban de la Comunidad Europea, y las construcciones no podrán tener más de tres pisos de altura. El plan propone recuperar la serie de pequeñas calas existentes en la zona, mediante accesos que permitan su uso por parte del público. Hasta ahora, en aquellas peñas vive un singular personaje al que se le conoce con el sobrenombre de El Peligroso, que cuenta con el permiso municipal para tener su casa sobre el mar con la única condición que de cuando en cuando, se descuelgue hasta La Caleta para limpiarla de desperdicios. En esas inmediaciones, la continuación del Paseo se resolverá con un puente que será uno de los elementos característicos de esta franja costera.

En el lugar conocido como Los Caletones será donde único se procederá al derribo de algunas construcciones que serán ubicadas en las inmediaciones, y desaparecerá también la construcción del actual Club Hespérides que, no obstante, volverá a levantarse en el lugar después de pasar por una importante sesión de maquillaje. El recorrido estará salteado de miradores, puentes, quioscos y arboledas, con una gran explanada

donde se ubicará un centro cultural. Entre las calles Duodécima y Blas de Lezo se abrirá una gran explanada que será dotada con aparcamientos. Además irá una construcción que será la sede de la asociación de vecinos del lugar y a su lado, una gran plaza pública.

La continuación hasta El Confital estará marcada por un gran espacio peatonal, y una vez a las puertas de aquella zona se cederá el testigo con el remate de un muro de piedra con espacios libres. El anteproyecto, casi un proyecto por lo avanzado, intenta recuperar una serie de espacios a los que hasta ahora los ciudadanos no acceden bien por la dificultad, al no estar dotados de escaleras o rampas para bajar, o bien por la incomodidad de los mismos, una situación que cambiará con los nuevos equipamientos.

El Confital

El Confital, un espacio que goza del privilegio de contar con más tiempo de sol que el resto de la Playa es una extensión donde, antaño, el sol era aprovechado para evaporar los charcos en los que se asentaban unas salinas. Está englobado en el Espacio Natural de La Isleta y se abre a los pies de estas montañas como prolongación del mar de donde irrumpió. Los surferos de Las Canteras tienen el orgullo de decir que en *El Confi*, nombre por el que lo conocen, se origina la mejor ola *de derecha* de Europa. Esto quiere decir que la ola que nace en El Confital comienza a romper por la izquierda, permitiendo al surfero ir desplazándose hacia la derecha hasta que el rompiente da lugar a un *tubo* por el que se deslizan los jóvenes en su cabalgar entre el salitre.

Se entiende por Confital, según los estudiosos de los términos del habla canaria, "la zona de la orilla del mar cubierta de piedrecillas menudas de color blanquecino y a veces semejante a pequeños caracoles", y ahí puede estar el origen de su nombre. La zona playera fue el último sueño del artista lanzaroteño César Manrique que, no obstante, dejó para los arreglos que quiere emprender el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, sus ideas en maqueta y papel que serán retomadas por el Consistorio.

Según la idea de Manrique, el presupuesto a invertir en El Confital sería del orden de 4.750 millones de pesetas, estando previsto que las obras duren aproximadamente dos años. La parte quizás más llamativa del proyecto la constituye la denominada *zona náutica*, en la que destaca un gran lago artificial que se planteaba crear cerca de la costa y que constituirá el corazón de las instalaciones. Junto al mismo se ubicaría una serie de cafeterías, kioscos, jardines de cocoteros, solarium, terrazas y otras instalaciones hasta ocupar una superficie de 100.000 metros cuadrados.

Si bien el proyecto del artista lanzaroteño será la base de la obra que se ejecute en la zona, el Consistorio podría decidir una serie de modificaciones. No obstante, y ateniéndonos al proyecto de Manrique, las zonas del lago y las terrazas se llevarían más de la mitad del presupuesto, unos 2.500 millones de pesetas. El lago tendrá una serie de islotes visitables, así como piscinas de menor calado y zonas para tomar el sol. También allí se hará una piscina llamada de la cascada, bajo cuyas aguas se podrá pasar usando

un pequeño tren eléctrico para, a través de sus ventanas, observar « un lado a los baños y al otro a los peces. El plan contempla también la creación de una zona de divertimento para los niños con toboganes incorporados al terreno y esculturas infantiles.

La zona de contacto entre el aparcamiento y el solarium inferior, donde se ubicará el lago, será destinada a uso comercial y se ha valorado la posibilidad de que sea precisamente a través de la empresa privada como pueda llegar a financiarse la remodelación de El Confital, aunque la voluntad municipal es que el acceso sea libre y gratuito para el público.

Otro aspecto que destaca del proyecto es el gran restaurante circular que se prevé construir en lo alto de la montaña de El Confital, desde el que se podrá observar el paisaje a ambos lados de La Isleta y el discurrir del istmo de Santa Catalina. A este restaurante, construido en piedra y cristal, se accederá por medio de un tren de cremallera que discurrirá pegado a la montaña. La zona conocida como las cuevas de El Canario, donde podría haber restos aborígenes, se respetará a la hora de elegir la ubicación del restaurante. Manrique proponía incluso que, tomando las precauciones necesarias, el lugar se convirtiera en un centro de atracción cultural e histórico.

También se apunta la posibilidad de aprovechar las faldas de la montaña para construir un anfiteatro en el que poder celebrar todo tipo de espectáculos al aire libre, cuyo eje central esté alineado con el eje de la pista por un gran chorro de agua que irá ubicado en el extremo norte del lago. Para El Confital, el artista conejero sugirió también la construcción de una sala de fiestas sobre una superficie de 1.200 metros cuadrados, con una torre de cincuenta metros de altura sobre la que sostener un restaurante giratorio. Igualmente, la construcción de un acuario de 2.400 metros cuadrados y una gran zona comercial y dos espacios libres de considerables proporciones, para un uso a determinar según las ofertas que reciba el Ayuntamiento.

Las instalaciones deportivas tampoco se han quedado atrás y, a continuación de la zona náutica, los planos dejaron recogido un campo de golf de nueve hoyos, pistas de tenis y voleibol, a las que seguirán en paralelo con la costa edificaciones de arquitectura canaria de una planta que serán destinadas a caballerizas, casa club, hípica, etcétera. En esta misma zona y rodeando el campo de golf se ha proyectado el acondicionamiento de un paseo para caballos. Al final del campo de golf se ha dejado también una parcela de unos 30.000 metros cuadrados donde se prevé construir un hotel de gran lujo.

Otra de las ideas del artista se basa en la instalación de un local de alquiler de bicicletas, ya que la circulación de vehículos dentro del parque no será posible, y en todo caso se tenderá a la inclusión de vehículos eléctricos. El parque contará con un acceso para vehículos que llegarán hasta un aparcamiento subterráneo que, de forma escalonada, se integrará en el paisaje, y en cuya parte superior se instalarán terrazas con jardines y bancos desde donde se podrá ver el lago artificial y todo el litoral de Las Canteras.

No obstante, han pasado tantos años desde la idea de Manrique, que el Ayuntamiento capitalino se ha replantado algunos de los puntos expuestos, como es el caso de los lagos artificiales, entendiéndolo el Consistorio que el mantenimiento de estas pis-

cinas sería muy elevado y considerándolo de poco interés dada la cercanía del mar, lo mismo que se han planteado el rendimiento que sacarle al campo de golf al borde de la playa. Las ideas, de cualquier manera, continúan donde las dejó Manrique y será en el momento en que se consiga definitivamente la financiación para poder llevar a cabo la obra, que el Ayuntamiento ha presentado a los representantes europeos como remate de Las Canteras, cuando se decida con certeza qué se va a hacer en El Confital.

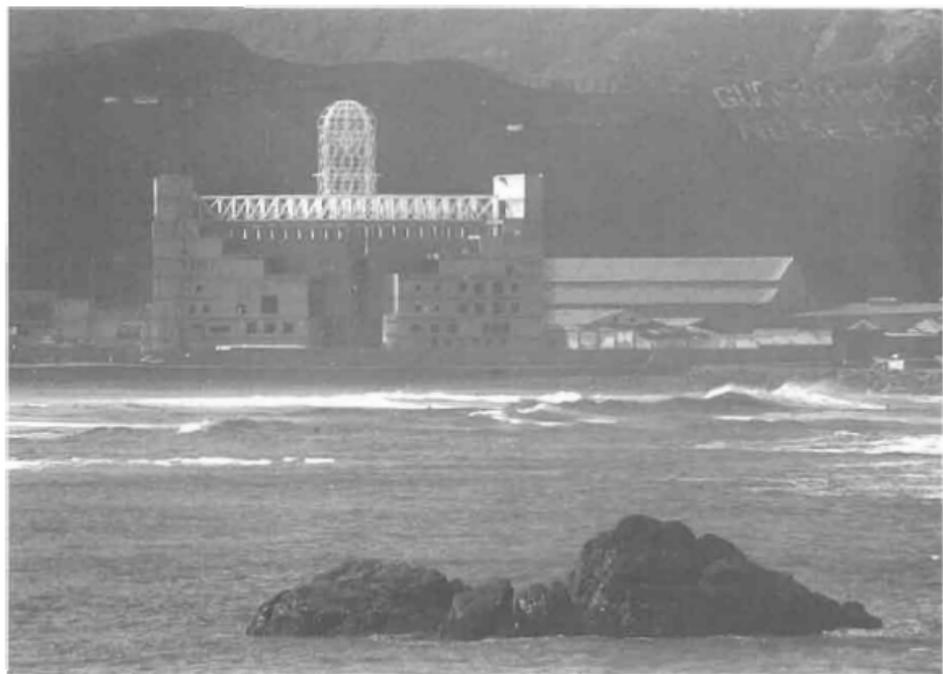
El Auditorio

Allá por el año 86, el entonces alcalde de la ciudad, Juan Rodríguez Doreste incluyó en sus sueños de conformación urbana un edificio singular que tuviera presencia en la zona en que fuera ubicado y que sirviera para tomar el relevo del teatro Pérez Galdós y para diversificar la oferta de espacios para uso cultural del municipio capitalino. La Playa de Las Canteras fue el lugar elegido por los concejales para ubicar un Auditorio que estaría diseñado por el arquitecto catalán Oscar Tusquets con el apoyo del arquitecto canario Agustín Juárez. Por aquel entonces se pensó en el solar de La Puntilla para ubicar el edificio. Se creía que con ello se daría notoriedad al barrio e incluso serviría para salvar parte de aquella depresión económica que se comenzaba a vivir en La Isleta en unos momentos en los que el Puerto veía venir su receso, y el comercio tradicional se veía afectado por la proliferación de zonas comerciales de importancia y la implantación de los grandes almacenes.

Los proyectos municipales tendían a que el Auditorio se convirtiera, de cara al mar, en una réplica del existente en Sydney, mundialmente famoso entre otras cosas por su ubicación. Pero los vecinos de La Isleta y los partidos de la oposición no aceptaron el envite y por contra presentaron una batalla sin cuartel para que el edificio se desalojara de aquel solar donde incluso la empresa Cubiertas y Mzov llegó a realizar los primeros movimientos de tierra. Así, la obra ya adjudicada, se paralizó haciendo caso a la voluntad popular.

Pero las elecciones siguientes arrojaron del poder a Doreste y por espacio de dos años la construcción del edificio quedó bloqueada, hasta que en una sesión plenaria del año 91, los ediles gobernantes, con el alcalde Emilio Mayoral a la cabeza, decidieron que el Auditorio iría ubicado en El Rincón, donde posteriormente se conectaría con la ampliación del Paseo de Las Canteras y sería complementado por el proyecto del Parque de la Música que ya comenzaba a pensarse. A partir de ahí, el 4 de abril de 1993 se falló el concurso que dio como adjudicataria de las obras a la empresa Dragados y Construcciones, y el 19 de julio del mismo año se colocó la primera piedra con la asistencia de diversas autoridades que quisieron ver en el acto el despegue de Las Palmas de Gran Canaria por haber conseguido sacar adelante un proyecto que había quedado alejado durante años.

El coste del Auditorio, aún no acabado aunque previsto para el verano de 1997, se estima en torno a los 2.700 millones de pesetas, cantidad que está siendo financiada



El Auditorio fue pronto asumido por la Playa, siendo visible desde cualquier parte. La Peña de la Vieja ha sido testigo privilegiado de cómo se ha ido levantando el edificio de Oscar Tusquets. (Foto: Tato Gonçalves)

por el Ministerio de Cultura, la Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias y el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, que fue quien realizó todas las gestiones para que el edificio fuera una realidad.

El edificio ocupa una superficie de 11.800 metros cuadrados y está ubicado en los terrenos que antes serían de base a las antiguas factorías de pescado de Lloret, erigido sobre una base rocosa que pretende darle la sensación de surgir de la tierra como una fortaleza que mira de frente al Océano. Este aspecto va reforzado con una superficie proyectada en forma de jardín de rocas marinas ordenadas como olas que en la bajamar dejan entre sí unas zonas horizontales de agua o arena.

Aprovechando su enclave privilegiado de cara al mar, se proyectó un fondo de escenario sin precedentes consistente en un gran ventanal desde donde se podrá contemplar el mar mientras se escucha un concierto sin interferencias debido a la insonorización minuciosa que se ha llevado a cabo a través de inaquejas para el estudio de la reverberación del sonido. Por ello se ha optado también por un esquema de planta en forma de abanico, en el que se optimizarán las condiciones acústicas situando fuertes desniveles en las gradas del patio de butacas. Esta disposición permite visiones de la escena muy diferenciadas aunque sin que ello implique que haya zonas buenas y malas dentro del patio de butacas.

La sala de conciertos tendrá una capacidad máxima de 1.700 espectadores, con un volumen por persona de 10,6 metros cúbicos. El escenario podrá albergar a 125 músicos y a un coro compuesto por 150 personas. El edificio contará también con una sala de ensayos con capacidad para 320 espectadores y un salón de actos o usos múltiples con espacio para 78 personas. En su configuración se ha tenido en cuenta la posibilidad de un uso alternativo de este centro cultural como Palacio de Congresos, por lo que el Ayuntamiento ha requerido en los últimos meses al arquitecto a fin de que se creen unas salas polivalentes para este tipo de reuniones con las que se pretende además potenciar la ciudad a nivel turístico.

La gran sala del Auditorio tendrá forma hexagonal y a la misma se adosarán, por cada una de sus caras, otros cuerpos geométricos que, a la vez que refuerzan y complejizan la imagen del volumen pesado y compacto del edificio, albergarán servicios para el público y los artistas en los lados mayores, y la prolongación del escenario y el acceso, en los menores. También dispondrá de las lógicas dependencias de descanso para artistas, áreas de ensayo, vestuarios y camerinos, así como de oficinas de administración, biblioteca y hemeroteca.

Igualmente, una parte importante se destinará a los servicios de mantenimiento e instalaciones. En cuanto a los materiales que se han usado, todas las fachadas llevan piedra de Tindaya con chapas de cobre, y zonas de acceso en madera noble. El vestíbulo y las zonas públicas tendrán mármol y terracota en los suelos, mienas que en la sala de conciertos se colocará mármol y linóleo. Maderas nobles y estucos de color en los techos y paredes, así como un lucernario central con vidrio emplomado en el techo de la sala de conciertos son los materiales más significativos que se van a utilizar en la instalación. Las fachadas del edificio irán adornadas con esculturas de los artistas Martín Chirino y Juan Bordes.

Quizás uno de los momentos más significativos en torno a la construcción del edificio haya sido la instalación de la cúpula hecha con una estructura de hierro que irá cubierta de cristal a modo de faro de esa fortaleza que ya comienza a erguirse en el extremo de la playa. Transportada desde la península en barco, su montaje resultó espectacular por las dimensiones de la misma, que ya se ha convertido, junto al edificio en sí, en un punto de referencia en la Playa de Las Canteras, lo mismo que el puente que se alza sobre El Rincón para dar entrada a los vehículos procedentes del Norte de la Isla, y que aporta, como carta de presentación, una vista privilegiada de la Playa antes de conectar con el barrio de Guanarteme.

Pero el Auditorio no se limitará a ser un edificio concebido para las actividades musicales o congresales de Las Palmas de Gran Canaria, sino que contará a su alrededor con un importante aparcamiento para todos aquellos que acudan a alguna representación al borde del mar, además de un cuidado jardín que será el nexo de unión entre el edificio y lo que será la prolongación del Paseo por Guanarteme, a través de un convenio firmado entre el Ayuntamiento capitalino y la empresa Uneleo, por medio del cual ésta cede en retranquear la vieja central eléctrica con el fin de dar continuidad al adoquinado nuevo de la Avenida.

Según la pretensión municipal, los jardines serán un punto de encuentro para los ciudadanos cuando en el Auditorio no se estén celebrando representaciones de otro tipo, e incluso, con la creación de un parque aledaño, se pretende que una zona de la ciudad hasta ahora en un momento bajo como consecuencia del crecimiento impresionante de otros puntos determinados del municipio capitalino, pueda llegar a ser un lugar de reunión que genere actividad con la que impulsar también el barrio de Guanarteme y revivirlo.

El Parque de la Música

En el mes de noviembre del año 1987 un pequeño núcleo de artistas y profesionales denominado Asociación de Música Actual hace nacer la idea del Parque de la Música y deciden darle ubicación en la zona de El Rincón, aún sin saber que ese iba a ser el lugar definitivo para el emplazamiento del auditorio. El arquitecto urbanista José Miguel Fernández-Aceytuno presentó con ese motivo en mayo de 1989 un recurso de reposición contra el planeamiento urbanístico de la zona de El Rincón, diseñado en el Plan General de Ordenación Urbana de Las Palmas de Gran Canaria, que no contemplaba la realización del Parque de la Música como había sido el sueño de la asociación de la que formaba parte.

Ese mismo año se desata en la ciudad una auténtica campaña promovida por esta iniciativa popular que pretende hacer ver a los responsables de las administraciones públicas que un Parque como el que proponen no tiene antecedentes en España y que por ahí se puede captar la presencia de miles de visitantes si, una vez realizado, se gestiona de forma correcta. Las adhesiones se multiplican y en el mes de marzo de

1990, la propuesta del Parque de la Música es incorporada al avance del Plan Insular de Ordenación del Territorio (PIOT) con el rango de Operación Estratégica. En noviembre se aprueba la modificación del Plan General de Ordenación Urbana y el Parque de la Música es incorporado al mismo.

Ni siquiera los más soñadores podían prever que el Parque de la Música fuera a llevarse a cabo, pero el tesón de los representantes de la Asociación de Música Actual -ellos llegaron a decir que lo habían conseguido por agotamiento- pudo más que los incrédulos y en 1992 el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria y la Consejería de Política Territorial del Gobierno de Canarias invitan al ingeniero José Antonio Fernández Ordóñez a que redacte el proyecto del Parque de El Rincón, expropiándose los primeros terrenos para su ejecución al año siguiente y entregando el ingeniero el proyecto a finales del año 1994.

Con la designación de El Rincón por cuenta del alcalde Emilio Mayoral para la ubicación del Auditorio, el Parque ganó aún más fuerza, aunque sus actividades se fueron diversificando hasta convertirlo en lo que se ha dado en llamar un *parque inteligente* y plural donde cada ciudadano tenga a su alcance la posibilidad de gastar en él su tiempo de la manera que más le apetezca.

El Parque será a la vez un extenso jardín, un paseo marítimo, un Auditorio cubierto -el diseñado por Oscar Tusquets- una estación internacional de la música que se basará en un lugar de paso de artistas internacionales bien para grabar discos o componer, una acrópolis escultórica, un valle de recreo y esparcimiento con zonas concretas para pasar el día al aire libre sin tener que acudir decenas de kilómetros, incluyendo barbacoas e instalaciones similares, o un centro de gestión de todo el espacio que ocupa, a través de los más avanzados modelos informáticos y técnicos.

Al mismo tiempo se instalará en sus miles de metros cuadrados un museo botánico, una sala de exposiciones, un laboratorio de experimentación musical con salas de ensayos, estudios de grabación, un centro de reuniones, conferencias y pequeños congresos y una pequeña red de quioscos musicales y terrazas, así como un auditorio al descubierto que se haría aprovechando la montaña escalonada del Barranco de Tamaraceite, con una capacidad para 80.000 personas y que estaría exento de gradertos a fin de no manipular en demasía el aspecto natural de la vaguada. Toda esta composición cultural diversa e insólita hasta ahora en el país significará un desembolso de 2.800 millones de pesetas, según los cálculos aproximados que hasta ahora han hecho los técnicos que trabajan en el proyecto.

Contará también con un hotel de lujo que según las previsiones iniciales hará posible la financiación de los usos culturales y artísticos del resto del campus, así como su urbanización, sin excesivas inversiones por cuenta de la administración. El proyecto incluye la construcción de terrazas en las laderas situadas a la derecha del barranco que permitan su uso como acceso al Parque, a modo de jardines colgantes, con la inclusión de caminos que sirvan para acceder a la acrópolis de esculturas, que serán ubicadas en el punto más alto del parque con representaciones de alturas superiores a los quince metros.

En realidad, el Parque podría decirse que ha comenzado a ejecutarse, desde el mo-

mento en que la Demarcación de Costas de Canarias ha comenzado a rehabilitar la parte litoral de El Rincón con el adecentamiento de los terrenos que antes ocupaban las factorías de Lloret e incluso ha pensado plasmar un programa específico para aquella zona que pretende recuperar el lugar conocido como el Muro de Lloret y ganarlo para el uso ciudadano, de forma que el Parque de la Música tenga una especie de playa-jardín de las cuales en la actualidad no existe ninguna en la isla de Gran Canaria.

La Consejería de Política Territorial y el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria estimaron que esta intervención debía entrar en las actuaciones estratégicas del Plan Insular de Ordenación del Territorio aceptándola como una de las maneras de recuperación turística de Las Canteras, que ahora encara con valentía el siglo XXI, ya a la vuelta de la esquina, con la veteranía que supone poder contar con cien años de existencia llenos de anécdotas, historias urbanísticas, noches de parranda, días de suecas e inglesas, sol y salitre, y con la responsabilidad de volver a coger el testigo para ser el punto de partida del pretendido nuevo boom del turismo en Las Palmas de Gran Canaria.

BIBLIOGRAFIA

- Hansen, A. (1987) *Los volcanes recientes de Gran Canaria*. Ed. Cabildo Insular de Gran Canaria. Ed. Rueda, Madrid.
- Domingo J. Navarro. *Recuerdos de un noventón*. Ed. Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 1991.
- Alfredo Herrera Piqué, *Las Palmas de Gran Canaria*. Ed. Rueda, Madrid, 1984
- Juan Francisco Apolinario Navarro, *Breve historial de la fundación benéfica Casa-asilo San José*. Ed. La Caja de Canarias. Las Palmas de Gran Canaria, 1986.
- Luis García de Vegueta, *Nuestra ciudad*. Ed. Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria. Las Palmas de Gran Canaria, 1988.
- Sebastián Hernández, *Arquitectura y urbanismo en el turismo de masas*. Tenerife, 1987.
- Magaly Miranda, *Destino Gran Canaria*. Ed. Idea, 1995
- Pancho Guerra, *Memorias de Pepe Monagas*. Madrid, 1958.
- J. González J. y otros, *Peces de Canarias*. Ed. Lemus. Santa Cruz de Tenerife, 1994
- José Miguel Pérez Sánchez y otros, *Invertebrados marinos de Canarias*. Ed. Cabildo Insular de Gran Canaria. Las Palmas de Gran Canaria, 1991.

REVISTAS Y PERIODICOS

- ITGE (1990) Plan Magna, memoria y mapa geológico de Las Palmas de Gran Canaria. 1:25.000, nº 1.101-I-II
- Revista Vector Plus, nº 1 Fundación Universitaria de Las Palmas, 1994.
- *Estudio sobre la evolución y condiciones de estabilidad de la playa de Las Canteras efectuado por Amico, S.A. Año 1978*. Publicado en *Canarias7*, año 1987.
- *Las Canteras, operación rescate*. Serie de artículos publicada en *Canarias7* por la Asociación de Vecinos La Barra.
- *Estudio sobre la evolución y condiciones de estabilidad de la playa de Las Canteras efectuado por Ahimco, S.A. Año 1978*. Publicado en *Canarias7*, año 1987.
- José Barrera Artilles, *Las Canteras, siglo XXI*. *Canarias7*, 1993.
- Víctor Rodríguez Gago, *Un parque sin porqué*. *Canarias7*, febrero 1995.
- José Barrera Artilles, *Dotaciones desde la orilla del mar a la cuenca del barranco*. *Canarias7*, febrero 1995.
- José Barrera Artilles, *El plan de La Puntilla a El Confital*. *Canarias7*, febrero de 1995.
- *Suplemento especial de Las Canteras*. Diario de Las Palmas, 1983.
- Sergio T. Pérez Parrilla, *Crónica Arquitectónica*. La Provincia, marzo de 1986
- José Barrera Artilles, *Cetáceos en Canarias*. *Canarias7*, mayo de 1993

VIDEOS

- *Canarias bajo el mar*. *Canarias7*, 1994. Varios, con colaboraciones del autor.



BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



302344

BIG 908.649 BAR can



Jose Barrera Artilles nació en Las Palmas de Gran Canaria el 15 de diciembre de 1967, muy cerca de Las Canteras. Desde muy joven, apasionado por el periodismo, encontró como la mejor manera de acercarse a aquel mundo, aceptar un puesto para la venta de periódicos en la calle. Así comenzó a tomar contacto con el mundo de la prensa y en el año 87, comenzó sus colaboraciones con Diario de Las Palmas.

Durante ese tiempo, alterna sus artículos con comentarios en distintas emisoras locales y la organización de un gabinete de prensa para la celebración de recitales de música. En el año 89 es llamado para trabajar en el periódico Canarias7, donde actualmente ejerce su profesión en la sección de local, con especialidad en los asuntos que atañen al municipio.

Ha colaborado en distintas revistas y es habitual comentarista en la emisora Radio Libertad. Su afición a todo lo que incluya al mar le ha llevado a participar en la elaboración de la colección de videos de Canarias7, Canarias bajo el mar, siendo el autor de muchos de los artículos de las revistas editadas para este coleccionable. Las Canteras (1900-2000) es el primer libro que publica.

